

J. Herculano Pires



La Agonía de las Religiones

Esta Fundación no persigue fines de Lucro, pues sus miembros trabajan ad honorem al servicio de la Causa Espírita.

Sólo las religiones estacionarias pueden temer a las conquistas de la ciencia, dado que estos adelantos sólo son funestos para aquellas creencias que se distancian de las ideas progresistas y se inmovilizan en el absolutismo de sus dogmas. En general, poseen una idea tan mezquina de Dios que no llegan a comprender que si esas creencias asimilaran las leyes de la Naturaleza reveladas por la ciencia, ello sería glorificar a Dios en sus obras. Mientras que con su ceguera prefieren honrar al espíritu del mal. *La religión que no contradiga las leyes de la Naturaleza no tiene nada que temer del progreso, puesto que es invulnerable.*

Allan Kardec

La Génesis, los Milagros y las Profecías
Según el Espiritismo, Capítulo IV, 10.

J. Herculano Pires

La Agonía de las Religiones

Traducción del portugués
por: Héctor Centrón



Para

Xenia

Que me sugirió este ensayo en su programa de
la TV Bandeirantes, Canal 13, Brasil.

La religión implica la decisión del hombre de no aceptar con simpleza la vida que le es dada. En la vida, el busca el poder. Si no lo encuentra, o si lo encuentra en una medida insuficiente, trata de introducir en su vida el poder en que cree. Procura elevar su vida, acrecentarla, darle un sentido más profundo y más amplio.

Esa es la línea horizontal de la religión, la de la ampliación de la vida hasta su límite extremo. El hombre religioso desea tener una vida más rica, más profunda y más amplia. Tiene ansias de poder.

Es en ese punto que encontramos la unidad esencial de la religión y la cultura. Toda cultura, en último análisis, es religiosa. Y toda religión, en esa línea horizontal, es una cultura.

G. Van Der Leeuw

La teoría del conocimiento implica las áreas culturales de la ciencia, la filosofía y la religión. Más a partir del Renacimiento la religión se apartó de ese contexto. Se desarrolló la cultura laica y las religiones se enclaustraron en el concepto de su origen divino, decurrente del dogma de la revelación. La cultura se dividió en dos áreas conflictivas: La religiosa y la profana.

Descartes proclamó -en el Discurso del método- la existencia de dos tipos humanos homo sapiens: El de los hombres más que hombres, que recibirían la sabiduría del propio Dios, y el de los hombres simplemente hombres, que buscan el conocimiento por medio de la razón y de la investigación. Kant sancionó -en su Crítica de la razón pura- esa distinción que, realmente, se hacía necesaria. ¿Cuáles fueron las consecuencias de ese episodio cultural en la crisis religiosa contemporánea? ¿Dónde se encuentra la solución posible para esa crisis? ¿Cuál es la situación actual de las religiones?

El comienzo de la Era Cósmica ya produjo profundas conmociones y modificaciones en ambos campos. ¿Habrá una posibilidad de reunificar la cultura general de nuestra civilización? ¿Cuál es la razón de las súbitas modificaciones en las religiones tradicionales y en sus propias teologías? ¿Que significado tienen las tentativas de elaboración de un Cristianismo ateo?

Introducción Tiempos de Agonía

El desenvolvimiento de la humanidad está dividido en etapas de agonía y de muerte, seguidas de fases más estables de resurrección y de reconstrucción. Las fuerzas que determinan esa espantosa sucesión se hallan en la misma criatura humana. Sería inútil que buscáramos una explicación teológica fundada en las supuestas iras de Dios o de la justicia divina, como igualmente sería inútil procurar encuadrarla en las brillantes teorías relativas a la influencia de los ritmos telúricos. La misma doctrina aristotélica de la generación y corrupción no podría darnos los elementos concretos del fenómeno. Según Toynbee, las civilizaciones se desarrollan en las líneas conceptuales de una religión fundamental y entran en agonía cuando se desvanece su poder vital. La relación sociedad-religión parece perfectamente válida, pero no nos ofrece el secreto de esa extraña mecánica de la agonía.

Los procesos socio-culturales de cada civilización tienen su fuente de origen en el hombre, pues la sociedad se presenta objetivamente como un conglomerado humano. Por tanto, es evidente que el ritmo agónico debe estar ligado a las entrañas y al psiquismo del hombre. Como ahora estamos viviendo, precisamente, en una de las curvas agudas de ese ritmo -tal vez la más aguda por la que ha pasado la humanidad-, el momento es propicio para examinar el fenómeno en vivo, palpando con los dedos sus elementos determinantes. La agonía actual de las religiones es generalmente considerada como una resultante de la situación crítica de la sociedad en su acelerado desarrollo tecnológico.

El mundo de lo superfluo, en contradicción con el mundo de escasez, que conforma la estructura social en que vivimos, llevaría a la civilización actual a un callejón sin salida. Las religiones agonizan porque el hedonismo social y la correspondiente pedantería cultural vaciaron igualmente las arcas metálicas de los ricos, los baúles de creencias y credulidades de los pobres, las ansias de éxito de la clase media de la sociedad, las fuentes de riqueza del planeta, como así también el conjunto de sueños sobre la Luna y las esperanzas de un cielo convertido en fríos desiertos siderales en los que giran mundos áridos y despoblados.

Inviértese la tesis de Toynbee. Las religiones serían generadas y mantenidas por las civilizaciones, como la miel por las comunidades de las abejas. Dios, hijo del hombre, está muerto, según manifiestan los teólogos más avanzados. Y mientras los religiosos vuelven a matarse recíprocamente en nombre del Dios muerto, las grandes potencias de la civilización preparan, sin otra perspectiva, los funerales atómicos de la Tierra. La opresión estatal ahoga al hombre en las áreas capitalistas y socialistas. El Leviatán, de Hobbes, amenaza al mar, a la tierra y al cielo; ¿Cómo descifrar el enigma de estos tiempos apocalípticos cuando el propio acto de pensar parece estar sujeto a controles telepáticos? Los defensores de la libertad se convierten en terroristas y secuestradores o en líricos distribuidores de flores mustias perfumadas con las palabras muertas de amor y paz. La inocencia de los niños se pierde en la vorágine de la criminalidad infantil, y los ancianos quebrantados y de ojos vacíos no encuentran más en los templos los estímulos de la fe que los alentó en la infancia, en la adolescencia, en la juventud y en la madurez. Los padres sin sotanas y las monjas sin hábitos, los monjes sin escapularios y los santos casados ya no pueden consolar a los creyentes.

¿Qué es lo que acontece para que todo se subvierta de esa manera total y violenta? ¿Fue la muerte de Dios que vació al mundo o fue el vacío del mundo que mató a Dios?

Las estructuras sociales son coercitivas. Desde el clan a la tribu y a la horda, y de ésta a la civilización, la ley del aglomerado humano es una sola, más se desarrolla a un ritmo de presión creciente. La coerción aumenta en razón directa de la estructuración. Desde la cabaña del paje hasta la sacristía, la religión sigue ese mismo ritmo. La masificación del hombre en la sociedad moderna hizo el camino de retorno sobre las conquistas del individualismo ateniense. Esparta suprimió a Atenas.

El sueño frustrado de La República de Platón ya preanunciaba el Leviatán de Hobbes. El desenvolvimiento tecnológico aumentó la presión social sobre el hombre, como el desenvolvimiento de la institucionalización religiosa generó el totalitarismo eclesiástico de las grandes civilizaciones orientales -leviatanes teocráticos-, y forjó el engranaje férreo del milenio medieval. Los sueños del Renacimiento -un instante para respirar- apagáronse impotentes en las garras de acero de la tecnología contemporánea. La tenaza social de la moral y de la religión aplastó a las generaciones en nombre de la utopía conjugada de civilización y libertad.

La desesperación existencial de Kierkegaard y la náusea de Sartre fueron los frutos amargos del ocultamiento de la naturaleza humana por la hipocresía farisaica de los formalismos sociales y religiosos. El hombre formalizado perdió la naturalidad y sólo tuvo una salida para su angustia existencial: Matar a Dios y rebelarse contra la sociedad. El hecho no es nuevo. Se repitió en la historia con los episodios de represión violenta de los rebeldes en las civilizaciones teocráticas y masivas del Egipto faraónico, de la Mesopotamia, de Israel con sus leyes de pureza, de la Edad Media y de la etapa victoriana en Inglaterra. Los libertinos medievales, la prostitución romana, el nudismo de las comunidades religiosas que buscaban el estado de gracia del paraíso perdido, el deslumbramiento de la Europa del siglo XVI ante la supuesta libertad absoluta de los salvajes de América, son antecedentes de la era pornográfica que caracteriza al libertinaje de nuestro tiempo.

Bastan esos hechos para poder palpar con nuestros dedos lo íntimo de la verdad. En Los demonios de Loudun, Aldous Huxley nos ofrece un cuadro elocuente de las medidas eclesiásticas y de las providencias estatales en la Europa de los siglos XVI y XVII, con repercusiones en el siglo XVIII, para aliviar la presión moral y religiosa de la caldera social. Informa Huxley: “Los prelados franceses y alemanes estaban acostumbrados a recibir el cullasium de todos los padres e informaban a aquellos que no tenían concubinas que podrían tenerlas, si quisiesen, pero que deberían pagar para eso una licencia, y, además, que esa licencia debería ser pagada incluso por quienes no las tuviesen”. El celibato forzado se manifestaba de tal manera que era conveniente reglamentarlo, a fin de salvarse por lo menos la apariencia de santidad de los clérigos. En una de las notas de su Diccionario, Bayle cuenta como el Senado de Venecia toleraba los escándalos del clero para desprestigiarlo ante la opinión pública, en favor de las conveniencias del Estado.

La deformación de la criatura humana por las exigencias antinaturales de las religiones nos da la clave del proceso cíclico de la muerte de las civilizaciones. Eso no quiere decir que tengamos que aceptar las teorías actuales de una psicología libertina, sino que debemos comprender el error y el peligro de las represiones extremas en nombre de la moral y de las religiones. Podemos comprender claramente que ese extremismo equivale a la medicación del disfraz, que esconde el mal permitiendo su desarrollo oculto en el organismo social. La Inglaterra de la moral victoriana está hoy en lucha con la explosión de situaciones incontrolables. Su Parlamento majestuoso es llevado a establecer leyes y medidas deletéreas, como las referentes a los problemas de la homosexualidad juvenil.

El misterio de los ciclos agónicos es fácilmente descifrado cuando levantamos la máscara de la hipocresía de las sociedades antinaturales. Lo mismo se da en lo relacionado con las religiones represivas, que acaban vencidas por la rebelión de los instintos naturales, agonizando en el descrédito o siendo sustituidas por otras. Acúsase al Cristianismo de ser el responsable de la universalización de la hipocresía, pero los mismos Evangelios testimonian la actitud racional de Cristo frente a quienes pretendían lapidar a la mujer adúltera. En el caso de Zaqueo, Cristo acepta su hospitalidad cuando aquél promete devolver a los pobres el fruto impuro de sus robos. Magdalena, arrepentida, se convirtió en la seguidora dedicada y la escogida para ser la primera en verlo después de la resurrección.

No hay ninguna duda de que los excesos represivos del Cristianismo no han sido determinados por Cristo, sino por sus apóstoles judíos, contaminados por la hipocresía farisaica y de otras sectas judías. El

apóstol Pablo, el que mejor comprendió la posición de Cristo en tantos aspectos, no consiguió escapar a los prejuicios del judaísmo -dada su formación judía-, refiriéndose a los procesos de represión y haciéndolos aún más agudos en la religión naciente.

Explícate la actitud paulina con los abusos y excesos de las religiones paganas, mitológicas, en que las prácticas fálicas, los rituales dionisiacos, toda la herencia de la vieja Sumeria, de la Mesopotamia, del libertinaje de Grecia y de Roma contaminaban a las ingenuas comunidades cristianas, amenazando con sus excesos los principios espirituales de la nueva religión. Pablo, extremadamente celoso, apegábase a los residuos de su formación farisaica, actuando con violencia para impedir que los cristianos volvieran a las prácticas de irresponsabilidad moral. Mas hay una enorme distancia entre las medidas enérgicas de Pablo, que no usaba la máscara de la hipocresía, y las medidas represivas que más tarde judaizarían las religiones cristianas. Él, que combatió sin cesar a los apóstoles judaizantes, cometió el mismo error que tanto condenara, pero justificado por las circunstancias de una época de ignorancia y de costumbres generalmente condenables.

El punto crucial del problema religioso se llama hipocresía. Y la hipocresía resulta de las actitudes egoístas, de la falta de comprensión del verdadero sentido de la religión, que es el camino y no el punto de llegada de la espiritualización del hombre. Los religiosos que pretenden lograr la santidad de la mañana a la noche, que se revisten de pureza exterior, encubriendo la podredumbre interior, son los hipócritas condenados enérgicamente en el Evangelio. La solución de este grave problema, que responde por la muerte cíclica de las civilizaciones, esta en la comprensión de la verdadera naturaleza del hombre, del proceso natural de su desarrollo espiritual. Los artificios purificadores solo sirven para disfrazar a los individuos pretenciosos. Las prácticas ascéticas no pueden ser forzadas. Las pasiones y los instintos del hombre son manifestaciones de fuerzas vitales que, bajo el control de la razón y del sentimiento, pueden y deben guiar al Espíritu con rumbo a lo trascendente.

Repetimos ahora los ciclos agónicos de Oriente, de Grecia y Roma, de Israel, de la Europa medieval. La explosión pornográfica se sobrepone a los instintos vitales y a los controles sociales, y la agonía de las religiones anuncia la muerte de la civilización tecnológica. No obstante, existe una esperanza para la brillante civilización condenada. Las fuerzas del Espíritu reaccionan contra el derrocamiento moral. Como en la caída de Bizancio, mientras los clérigos cantan y predicán en medio de la destrucción, hay vigías de una nueva era que avizoran el futuro en las alturas. Es lo que procuro demostrar en este libro, en una rápida confrontación de las estructuras envejecidas con las nuevas construcciones que emergen de la misma tierra, bajo nuestros pies. Contaminada, envenenada, devastada, amenazada, la Tierra de los hombres, nuestra madre, nos invita a subir -con Saint-Exupéry-, hacia nuevas dimensiones de una realidad en la que estamos perdidos.

1. La Agonía de las Religiones

Las religiones están muriendo. Este es uno de los hechos más notables de nuestro tiempo, más precisamente, del siglo XX. El poder de las religiones no es más religioso, sino simplemente económico, político y social. Las iglesias están vacías, los seminarios son cerrados, la vocación sacerdotal desaparece, el clero de todas ellas recurre en el mundo entero a los más variados recursos para conservar sus rebaños, haciéndoles concesiones peligrosas. Pero todos esos recursos se muestran incapaces para restablecer el prestigio y el poder religiosos, sirviendo solo de remiendos de paño nuevo en ropa vieja, según la expresión evangélica. Comienzan entonces a aparecer los sucedáneos, millares de sectas forjadas por videntes y profetas de la última hora, en su mayoría legos que se presentan como misioneros, taumaturgos populares, místicos improvisados y de ojos vueltos más hacia los bienes terrenos que hacia los tesoros del reino de los cielos.

Esos bastardos del espíritu, que pululan por todas partes, caracterizan al fenómeno socio-cultural de la muerte de las religiones. El hecho es bien conocido por quienes estudian la sociología de la cultura. Cuando un sistema institucional se vacía en el tiempo, tragado por la vorágine de las mudanzas culturales, los aprovechadores invaden los dominios abandonados y socorren a su modo a los huérfanos desesperados. Las grandes revoluciones políticas y sociales se muestran como tiranuelos del populacho, asumiendo las funciones de los nobles que cayeron y sustituyendo a la autoridad tradicional por el mandonismo de los clanes resucitados. Podemos aplicar a este caso una parodia de explicación metafísica del horror a lo vacío, diciendo que las sociedades tienen horror al caos y salvan la falta de autoridad legítima -o por lo menos legitimada- a través del autoritarismo de los sátrapas.

Ese evidente síntoma de agonía de las instituciones tradicionales está presente en toda el área religiosa de nuestro tiempo. Es el carisma de las fases de mudanza. Por tanto, no hay duda de que las religiones agonizan, y el responsable de ese hecho alarmante, como siempre, es la propia víctima que, por imprevisión, por abuso del poder y por apego a las comodidades institucionales se deja llevar por la ilusión de su indestructibilidad. Las propias religiones cavaron su ruina durante el desarrollo del proceso histórico. Respaldadas en su superioridad, confiadas en el privilegio de su origen y de sus naturalezas sobrenaturales, se rehusaron a integrarse en la cultura natural, excluyéndose ellas mismas. La evolución cultural agrando progresivamente el foso entre la cultura y la religión, tomando irreversible la situación de las instituciones religiosas. Así, dialécticamente, el concepto arbitrario de lo sobrenatural, que era el fundamento de su seguridad, se convirtió en el motivo de su decadencia.

En Occidente, las primeras señales de la crisis religiosa contemporánea aparecieron en plena Edad Media, con el episodio trágico-romántico de Abelardo, preanunciando la Edad de la Razón. Esa nueva etapa, que se inició con el Renacimiento, traerá la revolución cartesiana, Rousseau, Chaumette y el culto de la Razón por la Revolución y, posteriormente, a Augusto Comte y la Religión de la Humanidad. En el año de la muerte de Auguste Comte -1857-, Hippolyte Leon Denizard Rivail iniciaba en Francia el movimiento de la Fe Racional. De tal manera Francia, que centralizaba el proceso cultural en el mundo moderno, presenta una secuencia de tentativas para la integración de la Religión en el desarrollo del sistema cultural, todas ellas rechazadas por la soberanía eclesiástica, apoyada en el concepto de lo sobrenatural. Paralelamente a los movimientos renacentistas de Francia, se desencadenó en la Alemania del siglo XVI el movimiento de la Reforma, iniciado por Lutero.

En Oriente, la reacción frente a las religiones tradicionales fue más lenta y tardía, menos precisa y definida, con menores consecuencias, que solo se fueron acentuando en el siglo XIX. No por eso deja de producir efectos que se intensificaron en el transcurso de ese siglo hasta el presente, bajo las influencias occidentales. En Rusia, bajo la inspiración francesa de Rousseau, Tolstói promovió la revolución religiosa del siglo XIX en la línea luterana de la vuelta al Cristianismo primitivo, realizando una nueva traducción

de los Evangelios con sentido místico-racional. Todos esos movimientos revelan una insatisfacción cultural en lo relacionado con la soberanía de las religiones, fundada esta sobre el concepto de lo sobrenatural, que las mantenía desligadas del proceso cultural. Todavía en el siglo XIX la obra de Renan, en Francia, conservaba la tendencia del espíritu francés, con respecto a la historia del Cristianismo, en el sentido de establecer la verdad sobre los principios de la religión dominante, apartándola del campo dudoso de lo sobrenatural.

En este esbozo de un vasto panorama histórico, tenemos la visión objetiva de los procesos que venían preparando, desde fines del milenio medieval, la derrota de las religiones. En nuestro siglo, el desenvolvimiento acelerado de las ciencias, la laicización del Estado y de la educación, la disgregación de la familia, la expansión cultural y la rápida modificación de las costumbres y del sistema de vida por el impacto de la tecnología -que abraza prácticamente a todo el mundo-, fortalecieron la concepción pragmática y materialista, dando así el golpe de gracia a lo sobrenatural y a los sistemas religiosos que en él se apoyan. La etiología de la decadencia de las religiones es un hecho palpable. Sería una locura querer negarlo.

No obstante, el sentimiento religioso del hombre no fue aniquilado. Por el contrario, el subsiste y viene siendo considerado, particularmente en los países del área dominada por el marxismo, como un residuo del pasado que tendrá que desaparecer totalmente con el avance irresistible de la cultura. La propia URSS, que se excedió en campañas violentas contra la religión, se vio obligada a hacer concesiones significativas al llamado *opio de los pueblos*. En los Estados Unidos de América del Norte, el pragmatismo de William James y el instrumentalismo de John Dewey atemperaron la situación, permitiendo una especie de tregua en la cual, según Rhine, las concepciones antípodas del hombre -la religiosa y la científica- pueden encontrarse al pie del lecho de un moribundo sin que haya contradicción alguna. Pero las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial generaron en Alemania un movimiento de reforma radical de las teologías tradicionales, el que se proyectó en los Estados Unidos y viene penetrando sutilmente en toda América, por medio de traducciones de libros de los nuevos teólogos que anuncian la muerte de Dios y predicán la novedad del Cristianismo ateo.

Los teólogos, una vez más, se engañan. La teoría de la muerte de Dios, que ellos procuran inútilmente explicar como un acontecimiento actual, de nuestro tiempo, nunca se produjo ni podrá producirse. Dios no es un ser ni es mortal, dado que es el Ser Absoluto, el Bien -según Platón-, la idea Suprema de la que derivan todas las demás ideas y, por tanto, todas las cosas y todos los seres. Los teólogos de la llamada Teología Radical de la Muerte de Dios, y sus compañeros de otras ramas teológicas consecuentes, sufren de un proceso de alucinación por transferencia. Quien está muriendo no es Dios, son ellos mismos y sus teologías, ellos y las religiones formalistas y dogmáticas.

La concepción nueva de Dios, que nace de los escombros de la concepción antropomórfica del pasado, es la de una Inteligencia Cósmica que preside a toda la realidad existente. Los cosmonautas soviéticos, después de dar unas vueltas alrededor del grano de arena que es la Tierra, declararon eufóricos que Dios no existe, pues no tuvieron el placer de hallarlo en los microscópicos suburbios de nuestro planeta. Hicieron, de tal modo, como el estudiante de La ciudad y las sierras, de Eça de Queiroz, que, para probar la inexistencia de Dios, sacó un reloj del bolsillo del chaleco frente a sus colegas y dio el plazo de algunos minutos para que Dios lo fulminase. Como no fue fulminado, declaró que estaba probada la inexistencia de Dios, guardando su reloj en el bolsillo. Esos alardes sirven para mostrarnos el estado de ignorancia en que todavía nos encontramos, a la vez que prueban, eso sí, que estamos muertos en nuestra estupidez frente a la grandeza del Cosmos. Decir que Dios murió es como decir que la vida se extinguió. El hecho de estar vivos y hacer esa afirmación demuestra lo contrario.

Los teólogos radicales son tan radicales que no admiten la única explicación posible para su teoría de la muerte de Dios. Esa explicación sería la de que el dios convencional de las religiones murió, como

idea hoy inaceptable. Pero ellos se oponen a eso y dan explicaciones que nadie puede entender, pues solo entendemos lo que es racional. El problema es aun más serio de lo que piensan los teólogos, que hacen alusión maliciosa al decir que han colocado a Cristo en lugar de Dios, de lo que resulta un Cristianismo ateo, última novedad de las religiones del siglo XX.

A pesar de todo eso, se observa que lo que ellos pretenden es ubicar el problema de la existencia de Dios en términos más accesibles a la razón. Esa pretensión coincide con los objetivos del pensamiento francés, en la secuencia histórica mencionada más arriba. Es una pena que esos teólogos actuales no tengan la facilidad de expresión y la lucidez que caracterizan al pensamiento francés. Si entre ellos hubiese un teólogo galés, seguramente les explicaría que el concepto celta de Dios podría satisfacerlos. Los celtas, que fueron un pueblo monoteísta como los hebreos y vivieron en la Antigüedad, podrían corregir a los teólogos actuales y dar lecciones de lógica a las religiones en agonía. Ellos fueron considerados bárbaros y sufrieron en su piel la barbarie de los civilizados romanos, pero Aristóteles afirmó que fueron el único pueblo filósofo del mundo.

De todo lo expuesto parece evidente que la agonía actual de las religiones nada tiene que ver con la Religión. En efecto, puesto que la Religión es una de las características fundamentales de la naturaleza humana. Parodiando la definición aristotélica del animal político, podemos decir que el hombre es un animal religioso. La falsa teoría que atribuye al temor como causante de la Religión -que hasta el mismo Van der Leeuw aun sostiene-, no puede mantenerse en pie ante la prueba antropológica de que nunca existió en el mundo un pueblo ateo, desde los hombres de las cavernas hasta nuestros días. La idea de Dios es innata en el hombre, como Descartes afirmó, después de encontrarla en el fondo misterioso del cogito. Es una idea evidente por si misma e indispensable para la comprensión de nosotros mismos y del mundo.

Ciertas personas obstinadas, muy pagadas de si mismas, acostumbran decir que Dios no existe porque nadie puede probar su existencia. Hasta la misma ciencia enseña que la causa se prueba por el efecto. Basta con que observemos una flor o un grano de arena para saber que es preciso que Dios exista, que necesariamente existe. Lo que no podemos aceptar es el dios de las religiones, porque ese dios -ilógico y absurdo, como decía Aristides Lobo- pertenece a un pasado remoto en que la humanidad necesitaba de él. La esencia de la Religión esta constituida solo por un núcleo y una partícula, como el átomo de hidrogeno. El núcleo es la idea de Dios, y la partícula es el sentimiento religioso.

La Religión verdadera, que jamás agonizó y nunca muere, tiene en ese átomo simple y puro su raíz simbólica.

Pero para que la Religión pueda desempeñar libremente su papel fundamental en la evolución humana, es necesario que la reintegremos a la cultura general, como una de sus áreas más importantes. Para liberar al conocimiento de la dispersión producida por las especializaciones científicas, fue necesario que se crease la Filosofía de la Ciencia. Para liberar a la Religión de la pulverización sectaria es indispensable expurgarla del formalismo dogmático, del profesionalismo eclesiástico, del fanatismo de iglesia. La agonía de las religiones es determinada por la asfixia de las estructuras antiguas, del irracionalismo basado en el concepto de lo sobrenatural y de la revelación divina. Los dos tipos de religión analizados por Bergson, el social y el individual, deben fundirse en la síntesis de la Religión del Hombre, que resalta históricamente de las aspiraciones francesas y mereció del poeta bengalí, Rabindranath Tagore, un estudio lucido y lírico. El conocimiento es un todo, es global. Teoría y práctica son anverso y reverso de un mismo proceso. El homo sapiens y el homo faber son una y la misma cosa: El hombre. Las especializaciones son simples formas de la división del trabajo, de acuerdo con las diferentes tendencias individuales. Ciencia y técnica, filosofía y moral, metafísica y religión son sólo divisiones metodológicas del campo del saber, formas disciplinarias del pensamiento y de la acción.

La era de la comunicación -que según McLuhan ha hecho de la Tierra una aldea global- resquebrajó el mundo chino del pasado, de murallas y mandarinos. La dicotomía kantiana, que negó la imposibilidad del conocimiento extrasensorial, fue superada por las conquistas físicas y psicológicas de hoy. Lo sobrenatural cambió de nombre, es apenas lo natural desconocido que la investigación científica va integrando velozmente con el conocimiento global de la realidad una. Tenemos que adaptarnos a las condiciones nuevas y a las nuevas dimensiones del hombre y del mundo. Las mismas iglesias están abriendo las puertas de los conventos y de los monasterios para no morir asfixiadas. Las ciencias rompen con el pasado, la filosofía se libera de los sistemas para enfrentar con desenvoltura la problemática del pensamiento, los tabúes son destruidos por el hombre nuevo, los maestros y gurúes se hacen discípulos de la única fuente real de sabiduría que es la Naturaleza. El sacerdocio es una especie en vías de extinción. Los teólogos han sido confundidos por Dios, que no quiso entregarse a sus manos inhábiles.

Si queremos salvar a la Religión de ese maremoto de transformaciones que la afectan, hagamos urgentemente la liquidación de las religiones en agonía y mandemos sus artículos de fe, sus imágenes y sus medallitas al museo del hombre, como un simple testimonio de un tiempo superado.

Todo eso será aflictivo para los espíritus rutinarios y acomodaticios, así como el mensaje cristiano era escandaloso para los judíos y espantoso para los griegos y romanos. Pero los espíritus flexibles, valientes, lucidos y empeñados en la búsqueda de la verdad -esa relación directa del pensamiento con lo real- no se atemorizan, sino que vibran jubilosamente con la liberación del hombre. Está es la verdad flagrante del momento que vivimos: El hombre se libera de sus temores, de la ilusión de su fragilidad existencial, del confinamiento planetario, del embuste y de la hipocresía para vivir la vida como ella es, en la plenitud de sus potencialidades corporales y espirituales. El hombre se emancipa y toma conciencia de su naturaleza cósmica. Frente a él está el futuro sin límites, la inmortalidad dinámica y demostrable que se opone al concepto limitado de la inmortalidad estática e hipotética. Su herencia no es el pecado ni la muerte, sino la vida en una nueva dimensión.

2. La Religión como hecho social

El hombre contemporáneo, que vive una fase de crisis universal determinada por cambios rápidos en todos los campos de su actividad, se enfrenta con un grave problema subjetivo: Ser o no ser religioso. Los estudios sobre el origen y desenvolvimiento de la Religión, su naturaleza, su significación para el comportamiento humano, sus efectos en la dinámica social y en los procesos de renovación de las estructuras económicas y administrativas de la sociedad, así como en el desarrollo cultural y, más específicamente, en las investigaciones científicas, le ofrecen opciones contradictorias que no lo llevan a ninguna solución, agravando en cambio la crisis con la generación de nuevos conflictos aparentemente insalvables.

Culturalmente marginalizada a partir del Renacimiento, la Religión se transformó en una cuestión opinable. Para los materialistas y ateos es apenas un residuo del pasado supersticioso; para los pragmatistas, una cuestión de conveniencia; para los espiritualistas, un problema vital del cual depende la misma supervivencia de la humanidad. Las posiciones opinables, en todas esas áreas, motivan la desconfianza y la indiferencia en el seno de las masas populares, desprovistas de los elementos para una evaluación del problema y mucho menos para intentar hallar su solución.

Lo que hoy se convino llamar Ciencia de la Religión, y que abarca varios aspectos de la cuestión religiosa con diversas perspectivas científicas, fuera del campo religioso, utiliza el análisis frío del proceso religioso tomando como base los datos objetivos de la historia. Incluso la Psicología de las Religiones se ve obligada a detenerse en el plano de las estructuras de las escuelas psicológicas sin penetrar en la esencia del fenómeno religioso, bajo pena de perder su calificación de científica.

Acontece con la Religión lo mismo que verificamos en lo relacionado con el problema de la vida, cuya solución se busca presuponiendo que el impulso vital se origina por la acción de los aminoácidos. La materia, considerada como la fuente de toda energía -a pesar de la comprobación científica actual de que es el producto de la acumulación energética-, sigue siendo considerada como la generadora de la vida. De esta manera se persiste también en la búsqueda del secreto de la Religión en sus formas de manifestación, en su estructura y en su funcionamiento, como si ella se originase en las entrañas del hombre y no en las profundidades de su psiquismo. La vida, el alma, el sentimiento y el pensamiento no serían más que epifenómenos, efímeras consecuencias del fenómeno orgánico, destinadas a desaparecer con este.

No pretendo promover una revolución copernicana sobre este tema, sino apenas mostrar, si es posible, la conveniencia de un cambio de posición. Basta que encaremos a la Religión como un hecho social -según la tesis de Durkheim-, sin limitarnos a los aspectos puramente estructurales y funcionales del hecho en si, para que las perspectivas del análisis se tornen más amplias y flexibles. Religión y sociedad se muestran conjugadas indisolublemente en el plano histórico. Si tomamos como ejemplo el clan judaico de Abraham, del grupo étnico de los Habiru, en la Caldea, veremos que allí se formaba al mismo tiempo una nueva sociedad y una nueva religión que irían a ejercer un papel fundamental en el desenvolvimiento de la civilización. Ambas -sociedad y religión-, nacían en el seno de otra sociedad y de otra religión, organizadas, tradicionales, y de ellas se distinguían por las características étnicas y por su destino histórico típicamente carismático, determinado por la tendencia monoteísta del clan, bajo el impulso de creencias que se corporificaban en las manifestaciones de entidades mitológicas. Abraham, Isaac y Jacob habrían de asumir la dirección del clan y lo llevarían, a través de Egipto, a las tierras de Canaán, en la Palestina, en la sangrienta epopeya de los relatos bíblicos.

Tenemos que distinguir en este caso dos elementos conjugados que provocan el nacimiento de la nueva religión: Primero, el elemento étnico, determinante del agrupamiento social; segundo, el elemento mítico, determinante de la nueva orientación religiosa. Este último no se muestra como subjetivo, pero se caracteriza por su objetividad. Son las intervenciones activas de influencias exógenas en la vida del clan,

provenientes de manifestaciones concretas de entidades espirituales. Por más que eso pueda repugnar a los adeptos de la interpretación psicológica de los hechos, que sólo aceptan las manifestaciones espirituales como de orden subjetivo, los resultados de las investigaciones modernas y contemporáneas en el terreno de las ciencias psíquicas -actualmente confirmadas por las investigaciones parapsicológicas, con la anterior comprobación de la fenomenología metapsíquica-, muestran que la intervención espiritual puede haber sido objetiva, según la descripción de los relatos bíblicos.

Admitiéndose la realidad de esa manifestación concreta, que corresponde a millares de otras verificaciones en todas las latitudes del planeta, podemos llegar a la conclusión de que las religiones se originan por obra de una conjugación de factores humanos y espirituales, no pudiendo ser excluidos ninguno de ellos en un análisis honesto del hecho social, salvo que se violente la realidad mundialmente comprobada. Los fenómenos paranormales aparecen, entonces, como el elemento básico del hecho social al que llamamos religión. Y no es posible, en el estado actual de desarrollo de las ciencias, incluso en el sector de la Física, oponer a esa realidad el simple desmentido de los argumentos, sin pruebas evidentes respecto a su imposibilidad.

Por tanto, la consideración del problema religioso de una manera opinable a esta altura de nuestra evolución cultural, ya sea en términos materialistas, pragmáticos o espiritualistas, sería incurrir en una verdadera herejía científica. No obstante, el desenvolvimiento de las religiones y su institucionalización, en todo el mundo, ofrecen motivos de sospecha a los espíritus objetivos que pretenden analizarlos en su estado actual. En ese proceso histórico se incluyen naturalmente los elementos del psiquismo común, en sus manifestaciones puramente subjetivas y no raramente de orden patológico. Inclúyense también los elementos psicológicos, hoy bien conocidos, que determinan la creación del sectarismo religioso y de las ordenaciones institucionales, cuyos objetivos son característicos de los intereses sociales. Posiciones psicológicas individuales o de grupos, tradiciones, intereses políticos, preconcepciones, supersticiones, compromisos sociales pasajeros, a veces incluso personales, y otros más, son factores que se mezclan en el proceso de institucionalización de las religiones, por lo general desde el mismo momento y en la misma fuente en que ellas nacen. Más que difícil, es casi imposible distinguirlos, por tanto, a la vez que precisar la importancia que han tenido en el proceso histórico.

Las religiones se dividen en dos categorías fundamentales: Las reveladas, o naturales, y las inventadas, o artificiales. Independientemente de las clasificaciones existentes, podemos disponerlas en esas dos líneas de análisis. La religión natural, en este caso, surge espontáneamente entre los pueblos primitivos o civilizados, partiendo de la enseñanza de un maestro. Las artificiales son creadas en el medio civilizado, en momentos de crisis religiosa, como en el caso del Culto de la Razón, de Chaumette, o de la Religión de la Humanidad, de Augusto Comte. Las reformas religiosas no originan tipos nuevos; apenas modifican los ya existentes en virtud de divergencias o de la verificación de distorsiones habidas en el proceso de institucionalización. La religión individual, de la tesis de Bergson, que corresponde a la Moralidad de la tesis anterior de Pestalozzi, no se encuadra en ese panorama por constituir una superación del plano social y una liberación total de todo condicionamiento institucional. No obstante, por su connotación inevitable con la realidad social en que se halla inserta, aunque individualmente, no escapa a la clasificación general de hecho social.

De esta manera tenemos una posibilidad mayor de esclarecer lo que se puede entender por religión como hecho social. No es sólo un hecho aislado que ocurre en la dinámica de una sociedad, sino un hecho que brota de la realidad social como expresión de su propia alma, de sus tendencias y aspiraciones, bajo la forma de una síntesis conceptual que engloba, en sus representaciones simbólicas y en su estructura racional, los elementos básicos del todo social concreto y los vectores o direcciones del psiquismo colectivo. Sin esa comprensión intuitiva, y por tanto social, del hecho social de la religión, todas las formas de encarar e interpretar el fenómeno religioso nos llevarán fatalmente a condicionamientos

restrictivos y esquemáticos que solo podrán aumentar la confusión y agravar los errores cometidos en la ubicación del problema.

Esa complejidad del fenómeno religioso parece explicar de una manera más profunda la marginalización cultural a la que la Religión fue relegada a partir de los inicios del mundo moderno. Confinada en las instituciones eclesiásticas, enmarañada por el profesionalismo clerical, transformada en *opio del pueblo* y sustentáculo de situaciones sociales profundamente injustas, catalogada entre los productos espurios de las fases de ignorancia supersticiosa, revertida a la condición de promotora de guerras, masacres y asfixia de las libertades humanas, utilizada como arma poderosa en las más inhumanas guerras ideológicas, responsabilizada por las más crueles deformaciones de la criatura humana, la religión se constituyó en una barrera para todo el progreso cultural, por lo que fue excluida del mundo de la cultura como indeseable.

No obstante, gracias al poder subyacente en las estructuras formales de las religiones y la connotación vital de sus principios con las exigencias naturales de la conciencia humana, su posición en el proceso cultural moderno y contemporáneo se caracterizó por su ambivalencia. Su exclusión no puede ser total, aun en las áreas políticas dominadas por el materialismo ideológico. Encarada al mismo tiempo con odio y respeto, en una extraña mezcla de desconfianza y temor, encontró en la interpretación pragmática, utilitaria, de mal necesario, el salvoconducto que le permite ser tolerada en los medios culturales de la actualidad.

Sin embargo, su presencia en tales medios culturales es siempre conflictiva. No hay posibilidad de armonización perfecta entre cultura religiosa y cultura secular, a no ser en el plano de la religión individual, que rompe el envoltorio formal de las religiones sociales y es encarada por estas como una aberración. El resultado más negativo de esa situación conflictiva lo marcó la aparición de otro mal necesario: La implantación mundial de la educación laica, que frustró, a su vez, las posibilidades de reelaboración de la experiencia religiosa por las nuevas generaciones y determinó la sedimentación interesada de su posición de ambivalencia en el mundo contemporáneo. Como no podía dejar de acontecer, esa posición ambigua, indefinida y contradictoria en si misma, llevó a proporciones catastróficas la crisis de las religiones en nuestros días.

Felizmente, la naturaleza vital de la religión, sus profundas raíces ónticas -y no ontológicas- y su innegable condición de síntesis de toda la realidad social, determinaron la aparición de una síntesis cultural en que la religión, reunificada la rebeldía de la fragmentación institucional de las religiones, resurge entrañada en los factores del progreso cultural. No podemos tratar de la crisis de las religiones en nuestro tiempo sin encuadrarlas en las dimensiones de ese hecho cultural, donde todos sus problemas se esclarecen de una manera coherente y profunda. Las personas integradas en el formalismo cultural del siglo, apegadas a principios exclusivistas y ajenos a la recomendación contra el preconceito y la precipitación, han de negar, seguramente, como negativa y parcial la posición que asumo. Mas la coincidencia con la verdad histórica -simplemente incontestable- con la conflictiva realidad cultural de nuestros días y con las perspectivas científicas abiertas por esa síntesis cultural, ya en parte realizada, aseguran la validez de esta interpretación por encima de cualquier posición facciosa. No sería posible despreciar la evidencia de los hechos y de las connotaciones de principios filosóficos y científicos con el panorama real, objetivo, de los cambios que se verifican día a día ante nuestros ojos, solo para satisfacer a determinadas normas convencionales. Por sobre las convenciones transitorias y las conveniencias de acomodamiento al impreciso espíritu de la época, debe prevalecer el amor a la verdad.

“La filosofía existencial establece una diferencia entre las expresiones óntico y ontológico, que la escolástica considera ordinariamente como sinónimos. Óntico significa, entonces, el ente todavía no descubierto por el espíritu -inteligible en potencia-; ontológico, el ente que ha devenido uno con él, y por esta vía ha sido dilucidado -intellectum in acto-” Lotz. (Diccionario enciclopédico de la psyche, del Dr. L. c. BelaSzekely, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1966). (Nota del traductor)

Acelérase el proceso de las transformaciones. Ampliáanse los conflictos entre lo viejo y lo nuevo en todas las áreas de las actividades humanas. Se descontrolan los sistemas de seguridad en todas las instituciones. Las religiones, hasta ayer más sólidas y poderosas, agonizan en sus lechos de riquezas milenariamente acumuladas. Las teologías, hasta ayer imperturbables, como estrellas fijas del pensamiento religioso, se alteran, como la unidad pitagórica, para desencadenar la década de nuevos universos. Rásganse las fronteras del tiempo y del espacio. El hombre, nervioso e inquieto, se equilibra en la faja estrecha de la atmósfera planetaria, entre dos infinitos que se abren ante los abismos del microcosmos y del macrocosmos.

No es esta la hora de las concesiones a la ignorancia –ilustrada o no- ni el momento de ironizar líricamente a la caída del día. Estamos en la hora de la verdad, de las proposiciones claras y precisas, de la posición intemorata de estar alertas y vigilantes. Necesitamos ver, sentir, percibir por todos nuestros sentidos y más allá de los sentidos, a través de la intuición y de la percepción extrasensorial, que las piezas envejecidas del ajedrez cultural están siendo cambiadas en el tablero del mundo. No hay más cabida ya para las contemporizaciones imperturbables del pasado que ocultaban piadosamente los gérmenes de los conflictos actuales. Ahora los conflictos explotan y tenemos que encararlos con decisión.

Enfrentando a la crisis de las religiones como un proceso sociocultural integrado en la realidad circundante, no podemos escamotear la verdad de las soluciones que ya fueron propuestas para ella con gran antecedencia histórica. Se trata, por lo demás, de un proceso cíclico demasiado conocido por los estudiosos de la historia. Solo hay una novedad en la crisis actual: la súbita ampliación de las dimensiones de la crisis, ante la cual se presentan panoramas y visiones dantescas del pasado y del futuro. En el pasado, nos encontramos de nuevo con las regiones infernales recorridas por el genio de Dante; en el futuro, con las pinturas angélicas de la creación artística de Gustave Doré. No hay razón para temer. El pasado agoniza y el futuro nos arrebató, por las manos de Beatriz, hacia las regiones celestiales. Estamos pisando los límites de la Era Cósmica y las constelaciones brillan ante nuestros ojos.

3. La Experiencia de Dios

Sacerdotes y pastores, hombres de fe, sinceros y buenos, han procurado demostrarme que las religiones no están en crisis. Sostuvieron que la crisis es del hombre y no de las instituciones religiosas. Las religiones continúan vivas y actuantes en el corazón de los creyentes -dijeron-, pero los hombres mundanos que se entregan a la locura del siglo, conturban el paisaje terreno. Es necesario que los hombres busquen a Dios, que tengan la experiencia de Dios. Y esa experiencia sólo es posible cuando el hombre se desliga del mundo para unirse a Dios, por medio de la oración y de la meditación. Hablaron de millares de personas que, en el torbellino de la vida contemporánea, procuran todos los días y a determinadas horas, el refugio de los templos o de un cuarto solitario para intentar un encuentro personal con Dios. Muchas de esas personas ya han conseguido la audiencia secreta con el Todopoderoso. Son seres felices, iluminados por la gracia divina, que sustentan con su fe inquebrantable la continuidad de las religiones y garantizan su expansión.

Es bueno que existan personas así, dedicadas vestales que cuidan del fuego sagrado. Son los últimos baluartes del formalismo religioso, flores de invernadero cultivadas en la penumbra de las naves sagradas. Cuidan de la fe como jardineros especializados que cultivan una especie vegetal extremadamente delicada. Creen que sus canteros floridos darán simientes para siembras ilimitadas por toda la superficie de la Tierra. No perciben esas almas elegidas que se cultivan exclusivamente ellas mismas, mientras ocultan con la apariencia piadosa sus conflictos profundos, con lo cual no hacen más que huir de la realidad escaldante de la vida. No esconden la cabeza en la arena, pues se hallan sumergidas de cuerpo entero en el sueño egoísta de la salvación personal.

Las prácticas místicas del pasado demostraron su ineficacia en sus consecuencias. Desde Oriente a Occidente infinidad de generaciones de creyentes desfilaron sin cesar, a través de los milenios, por los templos de todas las religiones, convencidas de haber alcanzado la salvación personal, mientras hordas feroces y ejércitos en guerras de exterminio brutal cubrían el mundo de ruinas, cadáveres inocentes, sangre y lagrimas. Los que han oído a Dios en audiencia particular no se han negado a unirse con las armas para destruir a sus hermanos considerados réprobos e infieles. Santos obispos y padres, pastores calvinistas, creyentes populares, fidelísimos y humildes, no encendieron sus lámparas votivas para iluminar las noches tenebrosas. Prefirieron encender hogueras inquisitoriales y, cuando despuntaba el día, someter piadosamente a los herejes a la muerte redentora del vil garrote, replica religiosa de la guillotina profana.

Recuerdo el episodio histórico de Jerónimo de Praga. Después de haber asistido, desde las rejas de su prisión, a la muerte de su maestro Juan Huss, quemado vivo en la plaza pública, él también fue glorificado con la gracia especial de una hoguera semejante. En el momento en que las llamas comenzaban a iluminar su extraña figura, caritativamente amarrada al palenque del suplicio, -para salvación de su alma rebelde-, vio a una pobre ancianita acercarse a la hoguera con un leño, tirándolo al fuego. Era su contribución piadosa a la salvación del impío. Jerónimo exclamó apenas: “¡Santa simplicidad!” Poco después estaba reducido a cenizas, para gloria de Dios, y ellas fueron arrojadas ritualmente a las aguas del Rin.

Todas las formas de culto, todos los ritos, todos los sacramentos, todas las ceremonias religiosas, todos los cilicios fueron empleados a través de los milenios sombríos del fanatismo religioso para salvación de la humanidad. Resulta ahora que llegamos a una etapa de descreencia generalizada, de materialismo y ateísmo oficializados, de hipocresía pragmática erigida en sustentáculo de las religiones fracasadas. Dios hablaba directamente con su siervo Moisés en el desierto: Háblale Cara a Cara, ordenando matanzas colectivas, genocidios tenebrosos, destrucción total de los pueblos que impedían el acceso de los hebreos a la tierra de los cananeos, que sería tomada a filo de espada. Dios continúa

hablando en particular a sus siervos en nuestros días para sustentación de las iglesias, mientras el diablo no pierde el tiempo, fascinando a millones de almas perdidas, induciéndolas a las prácticas del terrorismo, a la matanza de seres y criaturas inocentes, a violaciones y ataques en todos los lugares de la Tierra.

La experiencia de Dios sustenta a los creyentes privilegiados y alienta a las iglesias salvacionistas. Y mientras no llega la salvación, católicos y protestantes se matan gloriosamente en las luchas fratricidas de Irlanda, en plena era de las más brillantes conquistas de la inteligencia humana. ¿Que extraña experiencia es esa que no revela sus frutos, que no prueba su eficacia? ¿Dios no estará, tal vez, demasiado viejo para no percibir la inutilidad de sus métodos de salvación personal en audiencias privadas? Y sus servidores, los clérigos investidos de autoridad divina para implantar en la Tierra el reino del cielo, ¿por qué no avisan al viejo monarca de la ineficacia milenariamente probada de su técnica extremadamente lenta?

¿No sería más positivo intentar la revisión de los conceptos religiosos que nos legaron la herencia de tantos fracasos y de tan espantosa expansión del materialismo y del ateísmo en el mundo? Todas las grandes religiones afirman la omnipresencia de Dios en el Universo. No obstante, todas consideran al mundo -creado por Dios- como profano, es decir, como una región en que las tinieblas dominan y el diablo realiza una incesante caza de las almas de Dios. Es curioso recordar que en los tiempos mitológicos el mundo era considerado sagrado, la vida una bendición, los placeres naturales y las leyes de la procreación eran gracias concedidas por los dioses a los hombres. El monoteísmo judaico, desarrollado por el Cristianismo, impregnó al mundo con la omnipresencia de Dios y el mundo se transformó en profano. Si Dios está presente en un grano de arena, en una hoja de hierba, en un hilo de nuestro cabello y en una pluma de las alas de un pájaro, ¿cómo es que, a pesar de esa impregnación divina, el hombre se enfrenta con la impureza del mundo? ¿Por qué extraños motivos necesitamos de ritos especiales para purificar la inocencia de una criatura, si Dios está presente en su mirar puro y límpido, en su lloro, en la ternura de su carita aun no afectada por las señales de las pasiones terrenas? ¿Por qué precisa el cadáver de una recomendación con aspersión de agua bendita, si la resurrección de los muertos se produce, conforme señala el apóstol Pablo en la Primera Epístola a los Corintios y como Jesús ejemplificó con su propia muerte, en el cuerpo espiritual y no en el cuerpo material?

Son esos y otros muchos problemas acumulados entre los errores milenarios de los teólogos que llevan al hombre contemporáneo a la descreencia y al materialismo, al ateísmo y al nihilismo. Son todos esos errores que colocan a las religiones en crisis y las llevan a la muerte sin resurrección. Sin embargo, si consideramos, a la luz de la razón, ese extraño panorama religioso de la Tierra a través de una perspectiva histórica, comprenderemos fácilmente que los errores de ayer, sustentados hasta hoy por las religiones, fueron útiles y necesarios en los tiempos de ignorancia en que los problemas espirituales no podían ser tratados a nivel racional. Hay justificativos validos de su existencia en el pasado religioso, pero no hay justificativos posibles para que perduren, contradictoria y absurdamente, en el presente. La tesis, más que absurda, del Cristianismo ateo, con que los teólogos rebeldes procuran hoy remendar las ropas destrozadas de las iglesias, sólo viene a sumarse a la gran confusión que reina en este momento de agonía de las religiones envejecidas.

El problema de la experiencia de Dios podría ser resuelto con un mínimo de reflexión. Si Dios está en nosotros, y por eso somos dioses en potencia, según la propia expresión evangélica, ¿por qué necesitamos de una búsqueda artificial de Dios para tener la experiencia de su realidad? Si fuimos creados por Dios y si Dios puso en nosotros su marca -como afirmó Descartes-, la idea de Dios en nosotros, que es innata, ¿no traemos ya, al nacer, la experiencia de Dios? Además, ¿si durante el desarrollo de la vida humana el hombre no hace otra cosa que cumplir un designio de Dios, asistido por los Ángeles guardianes, ¿Por qué tiene él que buscar a Dios por medio de una práctica artificial y egoísta, intentando salvarse el solito en un mundo en que la mayoría se pierde irremediabilmente? Moisés suponía haber oído

al propio Dios en el Sinai, más el apóstol Pablo explicó que Dios le había hablado a través de mensajeros, que son Ángeles. Las personas que buscan hoy la experiencia de Dios en audiencia privada ¿serán más dignas que Moisés? ¿No será que oyen la voz de un ángel, que tanto puede ser bueno como malo, pues las mismas iglesias admiten que los ángeles caídos andan sueltos por la Tierra procurando atraer hacia el infierno las almas de Dios? ¿Quién estará libre, en esa piadosa tarea de salvarse a si mismo, de ser tentado por el diablo, que tentó al mismo Jesús en sus meditaciones solitarias en el desierto?

Las prácticas místicas del pasado no sirven para la era de la razón en que nos encontramos, en la antevíspera de la era del Espíritu. Orar y meditar es, evidentemente, un ejercicio religioso respetable y necesario en todos los tiempos. La oración nos liga a los planos superiores del Espíritu y la meditación sobre cuestiones elevadas desarrolla nuestra capacidad de comprensión espiritual. Pero el dogma de la experiencia de Dios, a través de un pretencioso coloquio directo y personal con la Divinidad, es una proposición egoísta y vanidosa. Si Dios es lo absoluto y nosotros somos relativos, ¿la humildad no nos aconseja tener mas cautela en lo concerniente a nuestras relaciones personales con la Divinidad? Son muchos los casos de perturbaciones mentales, de obsesiones peligrosas, de lamentables desequilibrios psíquicos originados por exageradas pretensiones de ciertas personas en el campo de las prácticas religiosas. La historia de las religiones está marcada por terribles experiencias en tal sentido. Basta con recordar los casos de perturbaciones colectivas en conventos y monasterios en la Edad Media, donde los excesos del misticismo transformaron a criaturas piadosas en víctimas de ellas mismas, siendo sometidas por ello a la condenación de la propia iglesia a la que pertenecían y a la que procuraban servir.

Los dogmas de fe, que forman la estructura conceptual de las iglesias, son las piedras que causan los tropiezos en su camino evolutivo. Partiendo del principio de que la revelación divina es la propia palabra de Dios dirigida a los hombres, las iglesias se anquilosaron en sus dogmas intocables, pues la exégesis humana no podría alterar las ordenaciones del propio Dios. En realidad, y a pesar de todo, la alteración se verificó en varios casos, pero decisiones conciliares pusieron la última palada en los cimientos de los errores cometidos. Las estructuras eclesiásticas se tornaron rígidas y las iglesias pusieron en evidencia, en su espíritu, la osamenta de piedra de sus catedrales. Se vanaglorian todavía hoy de su inmutabilidad, en un mundo en que todo evoluciona sin cesar. Los resultados de esa actitud ilusoria y pretenciosa sólo podrán ser nefastos, como vemos actualmente en el lento y doloroso proceso de agonía de las religiones. Cayeron, así, en el pecado del apego, contra el cual los Evangelios advirtieron a los hombres. Se apegaron de tal manera a la propia vida, que perdieron la vida superior que Jesús prometió a quienes se desapegasen. Las liberalidades actuales llegaron demasiado tarde.

La palabra *dogma* es griega y su sentido original significa opinión. Adquirió, en filosofía y religión, el sentido de principio doctrinario. En las Escrituras religiosas aparece algunas veces con el sentido de edicto o decreto de autoridades judías o romanas. Entre el *dogma* religioso y el filosófico hay una diferencia fundamental. El *dogma* religioso es de fe, principio de fe que no puede ser rechazado, pues proviene de la revelación de Dios. El *dogma* filosófico, en cambio, es racional, *dogma* de razón, es decir, principio de una doctrina racionalmente estructurada. El sentido religioso preponderó por razones de las consecuencias muchas veces desastrosas de su rigidez y de su inmutabilidad. Si hablamos, por ejemplo, de *dogmática*, ese termino es generalmente entendido con referencia a la estructura de los dogmas fundamentales de una religión. Por eso la adjetivación de *dogmática*, que implica también el masculino, como en las expresiones: Persona *dogmática*, posición *dogmática* u hombre *dogmático*. Significa intransigencia de opiniones. Lo mismo acontece con el sustantivo dogmatismo, que designa un sistema de opiniones intransigentes.

Estas influencias religiosas en la semántica revelan la intensidad de la rigidez a la que las iglesias se han entregado, a través de los siglos y los milenios, en defensa de la supuesta eternidad de sus principios básicos. Tenemos, por tanto, en el dogma de fe, uno de los motivos fundamentales de la crisis

de las religiones en nuestros días. En el Espiritismo, como en todas las doctrinas filosóficas, existen dogmas de razón, como el de la existencia de Dios, el de la reencarnación o el de la comunicabilidad de los Espíritus después de la muerte. Muchos adeptos extrañan la presencia de esa palabra en los textos de la Doctrina, que se afirma antidogmática y abierta al libre examen de todos sus principios. Son personas todavía apegadas al sentido religioso de la palabra. No hay ninguna razón para esa extrañeza, como ya vimos, desde el punto de vista cultural.

El problema de la religión en el Espiritismo ha provocado innumerables discusiones y controversias, porque esta Doctrina no se presenta como religión, en el sentido común del término. Allan Kardec, discípulo de Pestalozzi, adoptó la posición de su maestro en lo relacionado con la clasificación de las religiones. Pestalozzi admitía la existencia de tres tipos de religión: La animal o primitiva, la social y la espiritual. Pero se negaba a calificar a esta última de religión, denominándola moralidad. Eso porque la religión superior, o espiritual -según él-, sólo era profesada individualmente por la persona que superaba el ser social y lograba el desarrollo en sí del ser moral. Kardec se negó a expresar religión espírita, sosteniendo que el Espiritismo es una doctrina científica y filosófica de consecuencias religiosas y morales. Más dio a esas consecuencias una enorme importancia al considerar al Espiritismo como el desenvolvimiento del Cristianismo, destinado a restablecer la verdad de los principios cristianos, desvirtuados por el proceso natural del sincretismo religioso que originó a las iglesias cristianas.

Esa posición espírita mantuvo a la Doctrina y al movimiento doctrinario excluidos del campo religioso. Para los espiritas, sin embargo, esa posición de la Doctrina no es marginal, sino superior, pues el Espiritismo representaría el cumplimiento de la profecía evangélica de la religión en espíritu y verdad, que se desenvolvería bajo la égida del mismo Cristo. La religión no se organizó bajo la forma de una iglesia, pues no admite sacramentos ni adopta forma de autoridades religiosas de tipo sacerdotal. No hay bautismo ni casamiento religioso en el Espiritismo, como tampoco indulgencias ni confesiones. Todos esos formalismos son considerados como de origen pagano o judío. Se entiende el bautismo como rito de iniciación que Jesús sustituyó por el bautismo del espíritu, según el texto del libro Hechos de los Apóstoles, en que se relata la visita de Pedro a la casa del centurión Cornelio, en el puerto de Jope, y que puede referirse a los Médiums en el momento en que se verifica en ellos, espontáneamente, la eclosión de la facultad medianímica.

Esa posición espírita en el campo religioso causa numerosas dificultades a los espiritas en lo relacionado a las relaciones de las instituciones doctrinarias con los poderes oficiales, afectando el resguardo de los derechos escolares frente a la enseñanza religiosa y a la declaración de religión en los censos de población, hasta que medidas oficiales reconocieron esos derechos. En compensación, el Espiritismo quedó libre de las consecuencias de la crisis religiosa, que no lo alcanzaron. Demostraré en los capítulos siguientes la posición de la religión espírita frente a esa crisis, que es evidentemente una posición de vanguardia. Su contribución a la ración de los principios religiosos, a la reintegración de la religión en el plano cultural, particularmente a lo relacionado con los problemas científicos de la actualidad, es realmente sustancial. En el campo filosófico la posición espírita es también de vanguardia, pues desde el siglo pasado su filosofía se presenta como libre de los prejuicios del espíritu de sistema, conservándose abierta a todas las renovaciones provenientes de los descubrimientos científicos logrados. Libre de la *dogmática* religiosa como de la filosófica, apoyada enteramente sobre la investigación científica, la Doctrina Espírita está, de hecho, por encima de la crisis de la actualidad.

4. La experiencia en el tiempo

El hombre realiza la experiencia de Dios en el tiempo, durante el transcurso de su evolución natural. No se puede tener una experiencia artificial de Dios en algunos minutos o unas pocas horas de meditación. Esa experiencia natural -y de naturaleza vital- es parte integrante de la vida y de la existencia humana. Podemos recordar la expresión de Descartes: La idea de Dios en el hombre es semejante a las características del obrero en su obra. Descartes fue el precursor de Kardec, como Juan el Bautista lo fue de Cristo. Tenemos, por tanto, una curiosa correlación histórica entre el advenimiento del Cristianismo y la aparición del Espiritismo, que se complementa en otros numerosos aspectos.

Recordando la teoría de la reminiscencia formulada por Platón, según la cual las almas nacen en la Tierra marcadas por el recuerdo del mundo de las ideas, comprenderemos más fácilmente la existencia de la idea innata de Dios en el hombre. Esa idea innata no es solo una marca, sino también el punto inicial o el eje en torno del cual se procesa todo el desarrollo espiritual de la criatura humana. Podemos seguir ese proceso desde la adoración de los elementos naturales por el hombre primitivo -a partir de la litolatría, adoración de la piedra y de otras formaciones minerales- hasta la aparición del monoteísmo, con la idea de Dios único, que Kant consideró como el más elevado concepto formulado por la mente humana. Vemos, entonces, que la idea de Dios representa, histórica y antropológicamente, una especie de marcapaso de toda la evolución humana.

En el hallazgo del cogito, de la cogitación de Descartes sobre la realidad o no de la existencia, el descubre, en lo más profundo de sí mismo, una idea extraña que es la de la existencia de un Ser Absoluto y, por tanto, absolutamente perfecto. Esa idea no podía haber sido originada por sus experiencias de ser relativo e imperfecto. Descartes la consideró extraña porque sólo podría provenir de fuera de él, de la existencia real de ese Ser Absoluto. Así descubrió que tuvo una experiencia de Dios, enteramente independiente de todas sus experiencias terrenas.

La importancia de esos hechos históricos y culturales fue deliberadamente negada por la cultura legítima que se desarrolló en el Renacimiento y dio forma al mundo moderno. El predominio creciente de las conquistas materiales de la civilización occidental asfixió a esas conquistas del Espíritu. El hombre se olvidó del significado de esos hechos, de esos episodios culminantes de la cultura humana, y las religiones *dogmáticas* transformaron la idea de Dios en una simple creencia desprovista de raíces experimentales. Fue merito del Espiritismo el restablecer la verdad y colocar la experiencia de Dios en su debido lugar dentro del vasto panorama de la evolución de la humanidad. Se trata de la más importante y profunda experiencia del hombre, de una experiencia que deberá llevarlo a la comprensión de su verdadera naturaleza y de su auténtico destino. En consecuencia, es imposible reducirla a una conquista particular y eventual de algunas solas personas que hoy se entregan a las prácticas de la meditación.

Aclaro que no pretendo negar ni disimular el valor de la meditación como disciplina mental y recurso de elevación espiritual. Sólo sostengo que la meditación es el resultado y no la generadora de la experiencia de Dios, pues esa experiencia ya acompañaba al hombre mucho antes que el hubiese adquirido el poder del pensamiento abstracto y pudiese meditar. La vivencia religiosa, por el simple hecho de ser vivencia y no reflexión, es inherente al hombre desde su aparición en el planeta. Esa es una cuestión que hoy se nos muestra de una manera evidente.

La concepción espírita va aún más lejos y más profundamente, pues niega al hombre actual el derecho de aislarse del mundo para buscar a Dios y, por tanto, de buscar a Dios o a los poderes espirituales por medio de procesos artificiales. El medio natural de evolución, para el hombre y para todas las cosas y todos los seres, es la relación. Si cortamos nuestro contacto social y cultural para elevarnos, nos estamos ubicando en una situación errada y tomando un camino ilusorio.

La búsqueda solitaria de Dios es un acto egocéntrico y preferencial. El místico vulgar no bucea en si mismo para encontrar en Dios la relación con el mundo -como lo hizo Descartes-, sino que, por el contrario, lo hace para desligarse del mundo y unirse aisladamente a Dios. No es guiado por el amor a la humanidad, sino por el amor a si mismo. Prefiere elevarse por encima de los demás, para encontrar en Dios el refugio y la fortaleza con los que podrá construir y usufructuar, solito, su felicidad particular. Prefiere la fuga del mundo basada en su superioridad personal y, por tanto, egoísta y antirreligiosa, a su ligación con el mundo y con Dios para la realización de la unidad global, que es el objetivo de la religión.

La diferencia absoluta entre la posición de Cristo y la posición de Buda y de las llamadas religiones orientales, es esa, precisamente. Mientras Buda abandona el mundo para buscar a Dios en la soledad, Cristo se sumerge en el mundo para religar a los hombres en y con Dios. La acción de Buda es subjetiva y contraria a la experiencia del mundo, mientras que la dinámica de Cristo es objetiva, pues considera a la experiencia del mundo necesaria para el desenvolvimiento de la experiencia de Dios en el hombre. Medio millón de personas entregadas a la meditación con el fin de intentar la unión personal de cada una de ellas con Dios, no representa un esfuerzo colectivo de unidad -una acción religiosa-, sino una simple coincidencia de esfuerzos particulares y aislados, como sucede en la búsqueda de oro en las regiones auríferas. No se trata, pues, de un esfuerzo colectivo, sino de millares de intentos individuales y egoístas.

Tampoco quiero negar -de ninguna manera-, el valor espiritual de Buda, cuya enseñanza correspondía a la necesidad de orientación de una comunidad de almas extrañas a la Tierra, exiliadas en nuestro planeta, que tenían por objetivo el regreso a su mundo de origen. En ese caso, la negación individual del mundo -de nuestro mundo- se manifestaba en forma colectiva en razón del objetivo común del retorno al paraíso perdido. La teoría espírita de la migración entre los mundos -apoyada en la teoría cristiana de las muchas moradas de la casa de mi Padre- es la clave indispensable para la comprensión de este problema.

En la evolución de cada mundo llega un momento en que su población se divide en dos campos bien diferenciados, como se observa hoy en la Tierra. Uno de ellos evolucionó lo suficiente para integrar una humanidad planetaria superior, mientras el otro continúa en un estado de inferioridad. La población de ese plano inferior necesita, entonces, ser transferida a otro mundo que esté en su mismo nivel evolutivo a efectos de que recupere allí el tiempo perdido. Cuando esa población haya alcanzado en ese otro planeta el progreso necesario, retornará a su mundo de origen. En esa situación, la vivencia aislada en las prácticas solitarias de la meditación constituye una recapitulación del aprendizaje. A esas almas emigradas era a las que Buda dirigía su mensaje superior, como otros lo habían hecho antes que él.

En nuestra humanidad terrestre solamente la acción de Cristo -venciendo al mundo, según sus propias palabras-, impulsó el aceleramiento evolutivo que viene transformando a la Tierra no sólo en las áreas cristianas, sino en toda su extensión. El Cristianismo institucional, de iglesia, absorbiendo elementos espirituales de las religiones orientales, que se oponían a los principios de entregarse al mundo de las religiones mitológicas, se sumergió en el ascetismo de las órdenes monásticas de Oriente y en el aislacionismo de la concepción socio céntrica de Israel. Las sectas cristianas se encerraron en si mismas, desde la comunidad apostólica del libro Hechos de los Apóstoles, estableciendo una división arbitraria entre los escogidos de Dios y los abandonados por él. La practica del bautismo del espíritu, del tiempo de Jesús, que daba a la criatura la experiencia directa de la realidad espiritual, se convirtió en la forma de evocación ritual y privilegiada del Espíritu Santo, que da al creyente la ilusión de una condición conferida por la gracia. Las iglesias cristianas se transformaron en islas de santidad y de pureza en medio de la impureza del mundo, como el Israel antiguo en el mundo mitológico.

La experiencia de Dios, personal e intransferible, sustituyó a la experiencia de Dios en el mundo, a la vivencia universal de la enseñanza y del ejemplo de Jesús. Es por esa causa que los cristianos de hoy se organizan en grupos socios céntricos cerrados.

Contrariamente a eso, la revelación espirita considera a la gracia, sencillamente, como la fuerza que Dios concede al hombre de buena voluntad para vencer sus imperfecciones, sea él de tal o cual religión o de ninguna. El bautismo antiguo del espíritu es sustituido por el bautismo exclusivista y sectario, mientras que aquél era accesible a todos, no según el criterio eclesiástico, sino de acuerdo al criterio de Dios. Nada ejemplifica mejor esa cuestión que el episodio de Hechos de los Apóstoles en que el apóstol Pedro, en Jope, se niega a atender al centurión Cornelio, más, advertido por el mundo espiritual lo atiende y descubre el sentido universal del bautismo del espíritu. Pedro, aun imbuido de los principios aislacionistas del judaísmo, no podía comprender que le fuese permitido socorrer a una familia de romanos en que la mediumnidad comenzaba a manifestarse. Fue necesario que el Espíritu le advirtiese -a él, que había seguido y oído a Cristo hasta el momento de ser aprisionado- de que Dios nada había hecho impuro, para que su conciencia se abriese a la verdadera comprensión del mensaje cristiano.

El egocentrismo humano, esa centralización del hombre en si mismo, que genera y alimenta el orgullo, es una consecuencia natural de las bases de formación de la conciencia, de formación del individuo como una unidad espiritual específica opuesta a la pluralidad y diversidad del mundo. Mas ese egocentrismo, que debe abrirse al altruismo en la proporción en que el hombre va madurando, es alimentado por el ansia de los privilegios que las iglesias satisfacen con sus concesiones ilusorias a sus fieles. Todo tiene su utilidad en un determinado tiempo, pero después se convierte en inútil y hasta perjudicial. En el mismo medio espirita esa tendencia a conservar ciertas posiciones propias del pasado aun subsisten, particularmente en el plano institucional, donde los puestos de comando reencienden en el Espíritu la llama de las viejas y desviadas ambiciones. El hombre, Espíritu encarnado -envuelto por la neblina de la carne, como lo define Emmanuel- está siempre propenso a reincidir en sus errores del pasado. El regreso a las condiciones de la vida material lo colocan de nuevo ante la posibilidad de disfrutar las oportunidades que fueron útiles o desagradables en el pasado. Las ilusiones renacen en su corazón humano. Las perspectivas espirituales se pierden en las tinieblas. En las religiones formalistas ese llamado del pasado adquiere mucha fuerza.

La lucha contra los residuos del pasado exige oración y vigilancia, como Jesús enseñó. No obstante la idealización del diablo, como personificación mitológica del mal, todas las grandes religiones reconocen que la tentación está dentro de nosotros mismos. Mucho más que la influencia de los Espíritus inferiores, lo que nos arrastra nuevamente a los viejos caminos del error son las propias tendencias que traemos en nuestro íntimo. La oración consciente, hecha con sinceridad y fe, ilumina nuestro ser y proyecta luz sobre los oscuros panoramas profundos del alma, haciéndonos discernir el contorno real de las cosas. Nada se modifica en nosotros, pero nos iluminamos por dentro. Y si mantuviéramos nuestra vigilancia con la intención sana de acertar, veríamos fácilmente lo que nos conviene y lo que no nos conviene hacer. Entonces, podemos repetir con Pablo: **Todo me es lícito, más no todo me conviene.** Siguiendo así el camino que la prudencia esclarecida nos indique, todo lo modificaremos para mejorar en nosotros mismos, tornándonos aptos para auxiliar a los demás a mejorarse.

Tenemos a cada instante, a cada minuto de nuestra vida diaria la experiencia de Dios, dado que la vida misma es, en si misma, esa experiencia. Desde el momento en que nacemos hasta el instante final de nuestra existencia estamos en relación permanente con Dios, no el dios particular de tal o cual iglesia, sino el Dios en espíritu y materia que se manifiesta en una hoja de hierba, en la belleza gratuita de una flor, en el brillo de una estrella, en un perfume, en una voz, en una nota musical aislada, en un apretón de manos y, principalmente, en una idea, en un sentimiento, en una aspiración que brota del ansia de trascendencia de nuestra alma.

Lo que nos hace falta es estar más atentos, más despiertos para la percepción consciente de esos múltiples e infinitos milagros de la vida cotidiana. El hombre sin Dios es solamente aquel que se niega a aceptar la presencia de Dios en si y en su entorno. Para ese hombre, la meditación es un ensayo en el campo de la frustración, una inmersión en el mundo opaco del sin sentido.

5. Dios, Espíritu y Materia

Para entender mejor la expresión Dios en espíritu y materia, que usé en el capítulo anterior -y entender mejor el problema de la experiencia de Dios en el tiempo-, considero necesario tratar los principios de la cosmogonía espírita, en la cual se integra la teoría de la génesis y formación del espíritu. El contrasentido de la afirmación bíblica de que Dios creó al mundo de la nada –que tanto trabajo ha dado a los teólogos-, es explicado en la Revelación Espírita por la teoría de la trinidad universal. Dios, el Ser Absoluto, es la fuente de toda la Creación. Existiendo esa fuente única, es lógicamente necesario admitir un medio en que ella exista. Ese medio, que sería el espacio vacío, fue considerado la nada. Para considerar lo absoluto en un plano relativo, como el nuestro, es preciso usar expresiones relativas.

La concepción espírita del Cosmos no admite la existencia de la nada. El Universo es pleno, es una plenitud, no habiendo en él ninguna posibilidad de vacío. Esta teoría espírita de la plenitud está siendo confirmada hoy por la investigación científica del Cosmos. Las regiones siderales que podríamos considerar vacías se nos muestran como campos de fuerzas, cargados de energías que no perciben nuestros sentidos. Ese PRE-universo energético sería lo que Buda definió como el mundo siempre existente, que nunca fue creado. Pitágoras, en su filosofía matemática, consideró a Dios como el número uno, que desencadenó la década. El UNO, número primero, existía inmóvil y solitario en lo Inefable -en aquello que para nosotros sería la nada-, y en tal caso la nada sería la inmovilidad absoluta. Hubo en cierto momento cósmico, no se puede saber como ni por qué, un estremecimiento del número 1, que de tal manera produjo el 2 y, seguidamente, los demás números hasta el 10. Completándose la década, tuvimos el Todo, la Creación se realizó por sí misma, el Universo había surgido, y con él el tiempo. Es indudable que no disponemos de recursos para investigar los primeros orígenes, y todas las teorías no pasan de tentativas de explicaciones lógicas, destinadas a proporcionarnos una base alegórica e hipotética para una posible concepción del misterio de la Creación.

El Espiritismo sustenta la posibilidad de conocer la verdad al respecto, cuando hayamos desarrollado las potencialidades espirituales que nos elevan por encima de la condición humana. Mientras ellas no sean alcanzadas, esas hipótesis deben servir para mostrarnos que disponemos de capacidad para ir más allá de los límites del pensamiento dialéctico, mas allá del pensamiento inductivo basado en el juego de los contrastes.

Por tanto, no podemos aceptar la alegoría bíblica de la Creación al pie de la letra, como verdad revelada, ni refutarla orgullosamente con la arrogancia del materialismo. En la actitud del creyente tenemos la ingenuidad, y en la posición del materialista nos hallamos con la arrogancia del hombre, ese pedacito de fermento pensante, como decía el lobo de mar que fue Jack London.

El espiritualismo simplista y el materialismo atrevido constituyen los dos polos de la estupidez humana. El buen sentido, que es la regla de oro del Espiritismo, nos libera de los estúpidos y nos ofrece la posibilidad de lograr la sabiduría sin mucho barullo, ni disputas inútiles.

Partiendo del presupuesto de que el mundo debe tener un origen y aceptando la idea de que fue creado por Dios -pues así lo afirman todos los Espíritus superiores que se refieren al asunto y que revelan una sabiduría superior a la nuestra-, el Espiritismo admite que la fuente inicial es una inteligencia cósmica. Mas, ¿por qué una inteligencia y no un centro de fuerzas casualmente aglutinadas en el caos primitivo? Porque el Universo se muestra organizado inteligentemente en todas sus dimensiones, hasta donde podemos observarlo. Sería ilógico y absurdo suponer que esa inteligencia manifestada en la estructura universal -aun en los detalles más pequeños e inaccesibles a la investigación científica, desde las partículas atómicas hasta los genes biológicos y sus códigos admirables-, sea resultado del simple acaso. Ninguna cabeza equilibrada podría admitir tal cosa.

La teoría espirita -teoría y no hipótesis, pues ya probó su validez por medio de todas las investigaciones posibles- puede ser resumida en este axioma doctrinario: No hay efecto inteligente sin causa inteligente, y la grandeza del efecto corresponde a la grandeza de la causa.

Ubicando al problema de esta manera, su ecuación se hace más fácil. El Espiritismo la elabora en términos dialécticos: La fuente inicial, Dios, existiendo en un medio inefable, constituido de materia dispersa en el espacio, emite su pensamiento creador que aglutina y estructura a la materia. Tenemos, así, la trinidad universal que las religiones presentan de una manera antropomórfica. Esa trinidad no está formada por personas, sino de sustancias regidas por una Inteligencia, con la cual se integra esta tríada: Dios, espíritu y materia.

El espíritu que la constituye no es una entidad definida, sino el pensamiento de Dios que se expande por el Cosmos en forma de sustancia. Esa sustancia espiritual penetra el océano de materia rarefacta y dispersa, aglutinando sus partículas y estructurándolas para la formación de las cosas y de los seres. De la tesis espiritual y de la antítesis material resulta la síntesis de lo real: El mundo creado por un poder inteligente.

¿Cuál es la razón de ser, el objetivo, la finalidad y el sentido de esa Creación? El Espiritismo admite que no podemos conocer todo eso en nuestro actual estado de desarrollo, pero podemos, por medio de nuestra inteligencia humana, indagar, inquirir, investigar y llegar a resultados lógicamente posibles. Los datos científicos de la geología, por ejemplo, nos muestran a la Tierra como el resultado de un largo proceso de formación, en el cual es evidente la intención de alcanzar un tipo de perfección en todas las cosas y todos los seres. Las formas imprecisas y grotescas de las primeras edades del planeta se van perfeccionando durante el transcurso del tiempo, en una sucesión nítida de fases de elaboración singular. Los datos de la antropología nos revelan el perfeccionamiento del hombre en las sucesivas civilizaciones, partiendo de la vida selvática. Los informes que nos brinda la psicología descubren las ansias del alma humana en la búsqueda incesante de trascendencia, de superación de su condicionamiento orgánico material. Las concepciones de la estética revelan el sentido de la belleza, perfección y equilibrio que rige el desenvolvimiento individual y colectivo del individuo y de la especie.

Gustave Geley, en su libro: *Del inconsciente al consciente*, nos propone una visión dialéctica del mundo en que las cosas se transforman en seres y estos avanzan en dirección a la conciencia. Es la misma visión de la teoría dialéctica de Hegel. Oliver Lodge considera al hombre actual como un proceso en desarrollo. El Existencialismo, en sus diversas escuelas, encara al hombre como un proyecto, un vector que se lanza en la existencia tras la búsqueda de la trascendencia. Para Sartre, el hombre se frustra en esa búsqueda y se hace nada en la muerte, se reduce a la nada. Para Heidegger, el hombre se realiza en el trayecto de la existencia y se completa en la muerte. Para Jaspers, el hombre consigue trascender en dos sentidos: El horizontal, en la relación social, y el vertical, en la búsqueda de Dios.

Para León Denis, todo el proceso de transformación se explica por esta frase genial: **El alma duerme en la piedra, sueña en el vegetal, se agita en el animal y despierta en el hombre**. Para Kardec, la trascendencia humana nos lleva al plano de lo angelino, pues los Ángeles no son otra cosa que Espíritus que superaron las condiciones de inferioridad de la humanidad.

Tenemos, de tal manera, al Universo con la multiplicidad de sus mundos desplazándose por el espacio sideral, de sus soles y de sus galaxias, como un flujo permanente de fuerzas en transformación incesante, los que llevan por finalidad la formación de seres y su elevación a condiciones divinas. Solo la hipótesis de Sartre admite la inutilidad como finalidad universal.

Los Espíritus superiores desmienten y rechazan -en sus comunicaciones- esa hipótesis negativa, sustentando en cambio la naturaleza teleológica del Universo. Consideran a la Creación como un gigantesco proceso que solo puede ser definido como el fiat en su fase inicial, cuando la Mente Suprema emite su pensamiento para unir con la emanación de su Espíritu a la materia dispersa.

Después de ese instante creador, desencadénase el tiempo y es en él que el proceso creador se va desarrollando lentamente a través de los milenios. Pero la superioridad de esos Espíritus no es evaluada por medios o métodos místicos, sino a través de verificaciones racionales. Los Espíritus superiores no enseñan solamente a través de las ideas, sino también de los hechos. Prueban, a través de la producción de fenómenos paranormales, que poseen una ciencia superior a la nuestra, un conocimiento del espíritu y de la materia que estamos lejos aun de alcanzar, así como una comprensión de Dios que supera en mucho a nuestras interpretaciones antropomórficas de la Inteligencia creadora. Además, sus previsiones se confirman de una manera rigurosa, demostrando que poseen recursos de futurología mucho más avanzados y seguros que los nuestros. Sus enseñanzas, sin embargo, guardan relación con nuestros conocimientos, desarrollándose en una forma más completa en la medida que nuestro progreso les permite hablarnos al respecto sin provocar dudas o confusiones en nuestra mente.

La relación de Dios con el Universo no nos es ofrecida bajo forma de misterio, sino de una realidad verificable. En la Tierra, el hombre representa el punto culminante del proceso evolutivo. La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios es explicada en términos espirituales, dado que el hombre es el único ser terreno que posee mente creadora, pensamiento productivo y continuo, psiquismo refinado y complejo, capacidad de percepción y de intuición que le permite penetrar en la esencia de las cosas, ultrapasando su apariencia ilusoria. Creado así, como reflejo de la Divinidad, el hombre se liga a Dios no solo por los lazos del acto creador, sino también por afinidad psíquica y espiritual. Es un heredero de Dios y coheredero de Cristo -como expresó San Pablo-, que se prepara para recibir la herencia del futuro.

La relación del hombre con Dios comienza, por tanto, mucho antes que aquél se defina como criatura humana. Desde el momento en que el pensamiento de Dios se une a la materia para modelarla, y en las fases subsecuentes, en que el espíritu y la materia se funden en las formas sustanciales de que trató Aristóteles, la relación de Dios con el hombre se cumple en un progreso constante. Cuando se estructura la conciencia humana en el ser en evolución, la marca de Dios está allí presente, en la ley de adoración, que es el sentimiento innato de su filiación divina y que se ha de manifestar en el sentimiento religioso, base de todas las experiencias religiosas de la humanidad. Tenemos que dividir el concepto de la experiencia de Dios, en el que tanto se apoyan las religiones formalistas, en dos tipos bien definidos de experiencia: La de Dios, que comienza en el fiat, como elemento ontogénico -elemento constitutivo de la propia génesis del hombre-, y la religiosa, que corresponde a las tentativas de una toma de conciencia de Dios a través de formulaciones religiosas, de rituales, institución de iglesias, sistemática litúrgica y sacramental, organización clerical y ordenaciones y elaboración dogmática. Confundir la experiencia genética de Dios con la experiencia formal de la vivencia religiosa es característico del pensamiento superficial que, con facilidad, se acomoda al juego de las apariencias de las instituciones humanas.

Dios, espíritu y materia integran el triángulo fundamental de toda la realidad. La omnipresencia de Dios no implica el misterio de una persona sobrenatural que se dispersa en las cosas, sino que es la participación del pensamiento de Dios en todo, desde la formación del átomo hasta la génesis de la conciencia. Entendiendo que el espíritu y la materia son los dos elementos estructurales de la realidad, comprendemos que Dios esta presente en todas las partículas del Universo, como poder creador, omnisciente, controlador y mantenedor de todo el equilibrio universal. Dios penetra al mundo y está en él, como la savia en el vegetal, pero no se reduce a él, pues permanece inalterable como la fuente de la que todo emanó.

La ciencia actual está llegando muy rápidamente a esa constatación. Decía el físico nuclear Arthur Compton -en su ensayo sobre el lugar del hombre en el Universo-, que descubrimos la energía por detrás de la materia, mas ya comenzamos a percibir que por detrás de la energía existe algo más, que parece ser el pensamiento.

La unidad, la coherencia, la perfección de esa concepción espírita del hombre y del mundo pasan desapercibidas entre el tumulto de las teorías absurdas que -como escribió Charles Richet-, obstaculizan el camino de nuestra ciencia. Mas, parece ya muy próximo el momento en que el camino va a quedar libre de tales obstáculos.

En esa concepción admirable, no hay lugar para el equivoco enfrentamiento, contradictorio y absurdo, de Espiritualismo-Materialismo, en que nos debatimos hasta ahora. Espíritu y materia aparecen siempre unidos, interligados e interactuantes en la dialéctica de la Creación. Y la negación de Dios -como observó Descartes-, es tan absurda como pretender excluir al Sol del sistema solar.

6. La Creación del Hombre

Me concedo el derecho de abstraerme del problema de Dios para examinar la cuestión de la creación del hombre. Los científicos se han colocado precisamente en la posición de admitir la existencia de un proceso evolutivo en el cual el hombre aparece como el resultado de una filogenética fantástica. Desde los animales inferiores hasta los superiores, en un desenvolvimiento progresivo y complejo, las fuerzas naturales han modelado formas sucesivas de vida que dieron como resultado la aparición de la especie humana en la Tierra. La superioridad del hombre ante las especies animales, de las que él procedería, suscitó dudas y debates que se mantienen hasta hoy. Simone de Beauvoir, discípula y compañera de Sartre en el terreno de la concepción existencialista sin Dios, admitió que la palabra especie no puede ser aplicada a la humanidad, que no es una especie animal, sino un devenir, algo en auto evolución constante e irrefrenable. Alfred Russel Wallace -émulo de Darwin en el campo evolucionista-, opúsose al materialismo biológico de este, sustentando una posición espiritualista. De Spencer a Bergson la concepción evolucionista consiguió afirmarse con la más elevada interpretación de la realidad, a pesar de la insistencia de las corrientes dogmático-religiosas y de las irracionistas en combatirla, considerándola una simple teoría metafísica, sin bases científicas.

Después de la Segunda Guerra Mundial y, en consecuencia, de las atrocidades a las que grandes naciones civilizadas fueron conducidas, el pesimismo llevó al hombre a nuevas formas de duda. Se comenzó a hablar de cambios y no de progreso o evolución. Producto del gusto y de la decepción, ese retroceso está siendo superado por el propio avance científico, en el que los procesos de la evolución se confirman continuamente. Kardec ya advertía, en el siglo pasado, que el mal de las interpretaciones humanas radica en la **falta de una visión más amplia y profunda de la realidad**. Los hombres ven apenas un ángulo del cuadro general de la Naturaleza y se apegan a esa percepción restringida para la elaboración de sus pensamientos. Un ejemplo típico de esa restricción mental es la tentativa -hoy renovada- de separar la evolución biológica -considerada innegable- de los demás aspectos del proceso evolutivo universal. Es esa una restricción arbitraria, característica de la orientación analítica de la investigación científica y opuesta a la visión de conjunto de los métodos conclusivos de la reflexión filosófica.

En ciencia, como en todo, tenemos que admitir la oposición de los contrarios. El método analítico es una navaja de doble filo por un lado, nos faculta la precisión objetiva en el conocimiento de una realidad específica, pero por otro, nos impide la visión de conjunto. Fue exactamente por eso que se hizo necesario, después del aparente desprestigio de la filosofía y ante las conquistas innegables de la investigación científica, recurrir a la filosofía de las ciencias a efectos de evitar la fragmentación total del conocimiento. Solo en el plano filosófico se torna posible reajustar las conquistas científicas en un cuadro general de interpretación de la realidad. Pero existe otro factor determinante de la desconfianza científica en relación a los principios espíritas, que es el instinto de conservación, agente preservador de la integridad del hombre y de sus realizaciones. Ese instinto, bien manifiesto en el socio centrismo de las instituciones científicas o de cualquier otra naturaleza, reacciona contra todo lo que pueda modificar el saber reconocido oficialmente. Recientemente, el profesor Remy Chauvin, del Instituto de Altos Estudios de Paris, denunció la existencia en el campo científico de una alergia al futuro, responsable del rechazo radical y sin examen de toda novedad, aun cuando esta fuese sustentada por científicos de renombre. Esa neofobia ha producido muchos mártires en el campo científico y cultural en general.

Poco a poco, sin embargo, y hoy más rápidamente que en el pasado, esa posición cómoda y conservadora va siendo vencida por las mismas exigencias del progreso, de la evolución científica. En nuestros días, el descubrimiento de la antimateria, las investigaciones cósmicas, el reconocimiento de los fenómenos paranormales por medio de la Parapsicología, el reciente descubrimiento del cuerpo bioplasmático del hombre y de todos los seres, el éxito, aun incipiente pero ya significativo, de los

estudios sobre la reencarnación, la constatación de la existencia de otras dimensiones de la realidad, la evolución del concepto de **universos-paralelos por el de universos- ínter penetrados**, la aceptación de la pluralidad de los mundos habitados y de la escala evolutiva de los planetas -propuesta hace más de un siglo por el Espiritismo-, están sacando a las corporaciones científicas de sus cómodos sillones académicos y lanzándolas decididamente en órbita por las rutas giratorias del progreso.

Me recuerdo de un poema de Rainer Maria Rilke, en el que se compara a un halcón que gira en círculos incesantes alrededor de una torre secular, símbolo de Dios. Es una imagen feliz de la evolución, que se procesa en espiral. El retorno a la barbarie en la Segunda Guerra Mundial no representa un retroceso de la evolución humana, sino apenas una curva decreciente de la espiral que alcanzó los residuos bárbaros del hombre -la región subterránea de los instintos animales- para lograr una especie de catarsis colectiva. Pero todo sirve para la investigación de quienes se entregan al comodismo y de quienes aun no lograron desprender su pensamiento de las cosas materiales. La historia de la Matemática nos muestra que el pensamiento de los primitivos era de tal manera sujeto a lo concreto que, en las tribus salvajes, los medios para contar las cosas no pasaban del número de los dedos de las manos, o cuando mucho hasta la suma de los de los pies. La posición de los antievolucionistas actuales se asemeja, guardadas las distancias culturales, a la de los salvajes que calculaban solo con sus dedos. Tenemos la prueba de la evolución en nosotros mismos y en todo lo que nos rodea, más los espíritus sistemáticos y obstinados quieren hallar habas donde no las hay.

El Espiritismo enseña que todo se eslabona en la Naturaleza, en una secuencia constante de relaciones. En el párrafo **540 de El Libro de los Espíritus**, obra fundamental de la Doctrina Espírita, nos encontramos con esta proposición: Todo se eslabona en la Naturaleza, desde el átomo primitivo hasta el arcángel, pues el mismo comenzó en un átomo. Por consiguiente, del átomo nació el mineral, de este el vegetal, y así, sucesivamente, el animal, el hombre, el ángel, el arcángel y cuantas criaturas espirituales quisiéramos enumerar. Y es por tal razón que lo sobrenatural desaparece cuando admitimos el proceso continuo de la evolución. La Naturaleza nos muestra las dos fases de la concepción de Spinoza, con su teoría de la natura naturata y de la natura naturans, equivalentes a los conceptos de mundo sensible y mundo inteligible, del pensamiento de Platón, interligados e interactuantes. ¿Qué podría existir fuera de la Naturaleza? ¿Dios? Ya vimos que la fuente originaria, por el hecho mismo de ser origen de todo, está ligada al Todo y con él consustanciada. Podemos imaginar, como los druidas -los sacerdotes celtas de las Galias-, al Universo formado por tres círculos: El de Gwinfid, en que Dios permanece; el de Abred, en que vivimos nuestras vidas carnales, y el de Anunf, correspondiente a las regiones inferiores del plano evolutivo. Más en la concepción materialista el círculo de Gwinfid no puede existir, dado que Dios ha sido excluido de ella. ¿Como podemos considerar la creación del hombre sin la acción de Dios? Es lo que intentaremos exponer seguidamente.

La unión de dos principios fundamentales: Fuerza y materia, existentes en el caos primitivo, determina la aparición de las estructuras atómicas. Los átomos se aglutinan en formaciones diversas y producen los elementos minerales. Pero estos elementos no están muertos, no son estáticos. En el seno de su aparente inmovilidad los átomos continúan en permanente agitación y producen, cuando las condiciones se muestran favorables, las primeras formas vegetales. En estas formas tenemos el nacimiento de la sensibilidad rudimentaria, que va desarrollándose hasta la aparición de las primeras formas animales. La actividad atómica se transmite a esas formas produciendo la motilidad, la capacidad del movimiento propio, que faculta la traslación a los animales y los somete a las experiencias vitales. La sensibilidad se agudiza y perfecciona a través de los milenios. Los cerebros rudimentarios se desarrollan y enriquecen, el sistema nervioso -desenvolvimiento del sistema fibroso vegetal- se estructura como una red sensible, permitiendo la organización de un aparato cerebral que capta y reelabora los estímulos

exteriores. Los animales evolucionan hasta la aparición de los primates, que señalan el salto cualitativo del cerebro animal al del cerebro humano.

En líneas generales, es ese el esquema superficial del proceso de la creación del hombre. Cuanto más simple es tal esquema, más fácil es de comprender la lenta elaboración de la criatura humana a partir de la noche de los orígenes. Es de suponer que esa criatura grosera, creada a partir del mineral, no tenga ninguna otra experiencia además de las que enfrentó en el proceso de su formación. Pero acontece que el hombre se encuentra dotado de una inteligencia creadora, capaz de desarrollar ilimitadamente su imaginación y -lo que más admira- dotada de un ansia creciente para elevarse más allá de su condición humana y alcanzar una posición superior, de la que él jamás pudo tener una vislumbre. Cuanto más evoluciona, más se acentúa en él el contraste entre su condición primitiva -de bicho de la Tierra, como escribió Camoens- y sus anhelos insospechables de elevación y Comunicación con planos y seres superiores, que él nunca pudo haber visto. ¿De donde le vino todo eso? Los materialistas suponen que se trata de productos de su imaginación, excitada por el miedo, en un deseo natural de sentirse protegido a través de creaciones imaginarias. Mas, ¿cómo explicar la coherencia de esas creaciones arbitrarias con los fenómenos paranormales, cuya existencia está hoy científicamente probada? ¿Que decir de una idea primitiva, como la de un duplicado del cuerpo material que puede proyectarse a la distancia y a la que Spencer atribuyó simplemente al sueño, cuando ese cuerpo se constata hoy por medio de la investigación científica en el campo de la Física y de la Biología e, incluso, por investigadores declaradamente materialistas?

Este es el momento en que tenemos que volver a la idea innata de Dios en la criatura humana -el Ser perfecto de Descartes encontrado en el fondo de su propia imperfección-, a la ley de adoración -señalada por Kardec-, que ejerció un papel decisivo en la orientación del hombre con respecto a su humanización. El acaso, de la concepción materialista, se transforma necesariamente en una inteligencia cósmica que desafía, por su grandeza e innegable sabiduría en la construcción universal, a la miserable inteligencia humana, capaz de atribuir todo a un juego de las fuerzas ciegas en el seno de una nebulosa. No precisamos ni siquiera pensar en las formaciones complejas del hombre o del ángel. Podemos quedarnos en los orígenes, examinando solo la estructura del átomo, la construcción infinitesimal de ese universo microscópico o, mejor dicho, inframicroscópico. Pero si miramos hacia arriba y pensamos en los sistemas solares, en las galaxias y las súper galaxias, lo absurdo de la concepción materialista se tornará simplemente monstruoso. Sentiremos las orejas de Midas trastrocarse, de peludas y agudas, en nuestras delicadas orejas humanas.

¿Que decir, entonces, de la experiencia de Dios, procurada a través de artificios religiosos, después de ese largo trayecto recorrido por la humanidad a través de los milenios, en una experiencia natural y vital en que las fuerzas de la vida van brotando del suelo del planeta y se proyectan en las profundidades cósmicas? Es como si millonarios ensoberbecidos resolviesen reunirse en un cuarto oscuro, de puertas y ventanas cerradas, para contar los níqueles del bolsillo del chaleco con el fin de probar cuanto poseen y tener la experiencia del dinero. Eso es suficiente para mostrarnos la razón de la crisis religiosa actual. **Los hombres han comenzado a descubrir que poseen mucho más de lo que las iglesias les pueden dar.**

Creado del limo de la tierra -según la alegoría bíblica-, arrancado de las entrañas del reino mineral -según la teoría evolucionista espírita-, el hombre está todavía en formación, en desenvolvimiento, madurando con las experiencias que enfrenta en la existencia corporal. El cuerpo es su instrumento de evolución. Un instrumento vivo y activo que él necesita controlar con la fuerza del espíritu. En la proporción en que avanza, el espíritu se impone al cuerpo y lo domina. La dialéctica de la evolución se convierte en él en un proceso consciente. Es él el único responsable por el éxito o el fracaso de su destino. Dios esta en él como un poder mantenedor y orientador, pero no punitivo. Él mismo se castiga ante el tribunal de su conciencia.

Cuando se dispone a progresar, el premio que recibe es la gracia que lo fortalece para poder vencer al mal. Nadie puede perdonar sus errores, o disminuir sus faltas. Dispone de la jurisdicción de si mismo y supera su condicionamiento determinista por las decisiones de su libre albedrío. Juez y reo al mismo tiempo, puede juzgarse con pleno conocimiento de causa.

7. Del Principio Inteligente

Traté hasta ahora de la relación directa del pensamiento de Dios con la materia. Esa relación es necesaria, de la misma manera que es necesaria la relación directa del pintor con el cuadro que él ejecuta y, por tanto, del trabajo que él realiza en la concreción del cuadro, orientado por su pensamiento. En realidad, su pensamiento se proyecta en el cuadro y allí se materializa, pasa del plano intelectual al plano sensorial. Al completar su obra, cesa la relación directa o activa, más permanece la relación pasiva o indirecta. De esta manera vemos que la relación caracteriza al acto de pintar o de crear. Se puede alegar la existencia de intermediarios: Las manos, la paleta, el pincel, la pintura. Pero conviene recordar que todos esos instrumentos son parte de la obra en ejecución, sobre la cual el pensamiento del pintor actúa directamente.

En la acción de Dios sobre la materia el proceso es el mismo. El pensamiento divino aglutina a la materia, dándole estructura, y a través de ella tenemos la verificación del proceso del pensamiento que pasa del plano intelectual al plano sensorial. Usa la división de Platón en este sentido: Lo intelectual es el intelecto divino, y lo sensorial es el plano de lo sensorio, de las sensaciones humanas. De esta manera Dios materializa su pensamiento para alcanzar la sensibilidad del campo material en que el hombre va a ser creado. En el fiat, o acto inicial de la creación, tenemos la acción directa y activa del pensamiento divino estructurando la materia. Una vez formada esa estructura, surge un elemento nuevo que es designado principio inteligente. El pensamiento divino ligado a la materia adquiere autonomía, pero no por ello se desliga de la fuente que lo alimenta. Transfórmase en la mónada, elemento básico y estructural de la materia, del que son compuestas las propias partículas atómicas. La palabra mónada procede de Pitágoras, y fue empleada por Platón como idea y desarrollada modernamente por Leibniz y Renouvier para designar a una sustancia enteramente simple, pura, indivisible y refractaria a cualquier influencia exterior. La mónada está dotada de una fuerza interior que la transforma, de potencialidades que se desarrollan continuamente, así como lo hacen las facultades de percepción y la voluntad. Las mónadas son diferentes entre si en lo relacionado con esas potencialidades íntimas.

Estas correlaciones filosóficas son necesarias para entender lo que es el principio inteligente de la concepción espírita. Se trata, como se ve, del principio básico de toda la realidad, causante de la formación de los reinos de la Naturaleza y del desenvolvimiento de la vida y de todas las facultades vitales y anímicas de los seres. El admirable poder de intuición de los griegos captó no solo la existencia de los átomos, sino también la de las mónadas, que la ciencia actual ya está logrando alcanzar en las profundidades de la misteriosa estructura de la materia, mediante investigaciones sobre las partículas atómicas. La teoría del principio inteligente es explicada enfáticamente en [El Libro de los Espíritus](#). En el [parágrafo 23](#) de esa obra leemos lo siguiente: ¿Qué es el espíritu? -El principio inteligente del Universo. Luego siguen otras explicaciones, en las cuales la inteligencia es definida como un atributo esencial del espíritu. Por lo general se confunde a la sustancia -espíritu-, con la inteligencia, que es su atributo.

Planteado así el problema, se nos muestra clara la razón por la cual los Espíritus superiores no desmenuzaron esa cuestión fundamental. En la misma tradición filosófica, desde mucho antes de la era cristiana, ya disponíamos de los elementos necesarios de intuiciones capaces de brindarnos los datos para una ecuación futura. Nos faltaba, sin embargo, el desarrollo, que sólo más tarde había de ocurrir, mediante las investigaciones científicas hechas en profundidad. En la actualidad ya podemos comprender con más nitidez la dinámica del proceso creador. La teoría filosófica de la mónada, que antes podía ser considerada como una simple hipótesis inverificable, adquiere hoy la condición de una teoría científica al alcance de la comprobación por la investigación. Teorías como la del físico inglés Dirac, por ejemplo, según la cual el Universo está inmerso en un océano de electrones libres, o la de los físicos soviéticos, de que ese océano parece ser una luz violácea proveniente de los orígenes de la Creación, nos muestran las posibilidades

nuevas que las investigaciones espaciales están abriendo en ese campo. Lo mismo se puede decir de la teoría de los campos de fuerzas que inundan todo el espacio sideral.

Es evidente que, frente a esas nuevas posiciones conceptuales, toda nuestra cultura entra en crisis, preanunciando el advenimiento de un mundo nuevo. La inteligencia humana se enfrenta con dimensiones más amplias y profundas de la realidad universal, exigiendo ello la reformulación de conceptos y estructuras culturales envejecidas. No podemos más pensar en Dios como una figura humana, ni desde el punto de vista formal ni del sustancial. Sólo podemos considerarlo como el Ser Absoluto, como la Inteligencia Suprema, pero, aun así, sin atribuirle ninguna de las limitaciones humanas. Los teólogos del Cristianismo ateo, de la Teología Radical de la Muerte de Dios, sienten eso en la propia piel, pero les faltan los datos para una ecuación positiva del problema. Divagan a través de suposiciones amenazadoras y caen irremediabilmente en un torbellino de contradicciones. Si tuviesen la humildad de consultar a la filosofía espiritista -esa piedra rechazada de la parábola evangélica-, encontrarían en ella la piedra angular del nuevo edificio a construir.

El Espíritu al que la Biblia se refiere en muchos pasajes, y que en los Evangelios toma el nombre de Espíritu Santo, es el Espíritu de Dios en su manifestación universal. La Creación se expresa en dos aspectos: El material y el espiritual. El soplo de Dios es el espíritu creado en el fiat, y el hombre de barro, el Adán terreno, es el acto sublime de la creación en los mundos en desenvolvimiento, como la Tierra. El soplo de Dios en el rostro del hombre de barro para infundirle el principio de la vida y de la inteligencia, es la ligación del espíritu con la materia para la formación de la mónada. En el pensamiento divino todo el cuadro de la Creación estaba presente desde el principio. Y todo era perfecto. La perfección del ideal constituía el modelo de la realidad -el mundo de las res, de las cosas-, que debía proyectarse en el infinito. Por eso, las mónadas diferenciadas, con características específicas, serían sembradas en el espacio para la germinación lenta, pero segura y continua, de los contenidos esenciales de cada una de ellas. La mónada es una simiente del ser, de la criatura humana y divina que de ella surgirá en las dimensiones de la temporalidad.

No se puede tener, en nuestra relatividad humana, más grandiosa y perfecta concepción del acto creador. Podemos preguntar ¿por qué Dios, que es el supremo poder, necesita de tiempo para realizar esa obra gigantesca? Mas el Espiritismo nos enseña que nuestra relatividad deviene de necesidades nuestras y no de Dios. Lo que para nosotros son siglos y milenios, para Dios puede ser apenas aquel instante que -para Kierkegaard-, era el encuentro del tiempo con la eternidad. Un instante de profundidad y extensión inmensas que resume para el hombre todas sus existencias en las dos dimensiones del Universo que hoy nos son accesibles: La espiritual y la material.

Sin duda, es espantoso pensar -como Gustave Geley-, que todo cuanto consideramos inconsciente, desde un grano de arena hasta los mundos que giran alrededor de los soles, posee la potencialidad de la conciencia en desenvolvimiento en su íntimo. Pero cuando comprendemos que la mónada -síntesis del espíritu y la materia- es una unidad infinitesimal sobre la cual se apoya toda la realidad, -lo que corresponde a la concepción atómica de la ciencia de nuestros días-, nuestra mente comienza a entrar en un entendimiento superior. Si el poder del átomo nos espanta, la potencialidad de la mónada nos aturdiría. Sin embargo, ambos poderes no son más que fragmentos del poder de Dios. Cuando pensamos en eso, la teoría del principio inteligente comienza a revelarnos la grandeza de la Doctrina Espiritista.

Con todo, sus fundamentos se encuentran en los principios evangélicos, sobre los cuales millares de teólogos, filósofos, místicos y predicadores escribieron y hablaron sin cesar, conformando una catarata de páginas y palabrerías durante el transcurrir de dos mil años. Esa opacidad de la inteligencia humana, ese embotamiento de la capacidad de comprensión podría hacernos descreer de las potencialidades del principio inteligente, si no supiésemos que el instinto gregario del hombre lo lleva a la imitación y a la repetición de los papagayos. Cuando Kardec se atrevió, valiéndose de todos los recursos de la sensatez y

el equilibrio y apoyándose en la cultura del siglo XIX -para no provocar reacciones precipitadas que perjudicarían a su obra- a publicar El Libro de los Espíritus, todos los anatemas de la religión, de la ciencia y de la filosofía cayeron sobre él como las bombas norteamericanas sobre Vietnam. Solamente ahora se abre una perspectiva favorable, en todos aquellos campos reaccionarios, para una posible comprensión de su gigantesco trabajo de ubicar a las cosas en sus verdaderos lugares. Mas ahora aparecen también quienes pretenden reformar, actualizar y tecnificar sus obras en lugar de estudiarlas y profundizar su sentido. Eso nos prueba el tiempo que necesitamos para que la mónada oculta se abra y actualice en nosotros.

Todas las cosas tienen su origen en el mundo de las ideas, como Platón, llevado de la mano de Sócrates, percibió claramente. En los planos superiores del Universo no se usa el lenguaje articulado de las hipóstasis inferiores. Se habla, mediante el pensamiento, un lenguaje de pura esencia telepática. Sócrates descubrió ese lenguaje al encontrar el concepto en el fondo de cada palabra. Podemos concebir, de tal manera, que el lenguaje de Dios sea puramente mental. En la mente divina la idea del Universo se delinea perfecta, pero la proyección de esa idea en el plano inferior de la materia tiene que vencer los obstáculos y las resistencias de la materialidad. Fue lo que Hegel vió y describió con precisión en su teoría de la estética, mostrando la lucha de lo bello para sobreponerse, en el tiempo, a las imperfecciones materiales.

Lo mismo se da con el principio inteligente que, para vencer la opacidad de la materia, para intelectualizarla -según Kardec- tiene que luchar en la temporalidad. Más, podemos preguntar ¿por qué Dios no hizo en condiciones transparentes a la materia, en vez de opacas? El Espiritismo explica que la materia se torna transparente en la proporción en que visualizamos los planos superiores, de tal manera que la confundimos con el espíritu. Y eso nos muestra que la técnica de los contrastes desaparece en aquello que Buda llamó Nirvana y que nuestra apocada inteligencia consideró como la nada. Kant tuvo razón al establecer los límites de la razón humana en el momento en que cesan las contradicciones dialécticas. Pero en ese momento, en esa línea divisoria entre el mundo real y el mundo ideal, comienza la razón angélica. Los hombres transformados en Ángeles, no con alas ni con estrellas en la frente, sino con la mente y el corazón purificados, pasan a ver y a comprender la realidad por medio de la intuición directa y global. En ese momento descubren la perfección del Universo, aquella perfección que, desde el principio, estaba en la concepción ideal de Dios, pero que en las hipóstasis materiales tornábase irreconocible, al igual que la Venus de Milo cubierta de tierra y barro cuando la extrajeron debajo de la superficie terráquea.

El tiempo desaparece en ese momento. No existe más la necesidad del velo de Isis de la temporalidad para encubrir la verdad de las cosas y de los seres. Nos introducimos en lo eterno, que no es estático e inerte como lo suponemos, sino que tiene la dinámica y la lucidez de las que el pensamiento nos puede dar un vago ejemplo. Kardec verificó, en sus investigaciones espiritas, que la esquematización del sensorio humano, con la división de las facultades sensoriales en órganos específicos y rígidamente localizados en el cuerpo, no existe para los Espíritus liberados de las impresiones materiales. Los Espíritus perciben, ven y sienten de una manera global, por todo su Ser, en sintonía con toda la realidad. La desubicación y transferencias de las sensaciones en las prácticas hipnóticas demuestran, en nuestro plano, la veracidad de ese descubrimiento efectuado mediante las investigaciones mediúmnicas. Su “Ensayo teórico sobre la sensación de los Espíritus”, [parágrafo 257 de El Libro de los Espíritus](#), es una pieza de esclarecimiento lucido y didáctico de ese problema.

Los estudios actuales de la Parapsicología, que hasta ahora sólo han podido rehacer el camino recorrido por Kardec, son una confirmación de la validez de las afirmaciones de éste, formuladas hace más de un siglo.

A pesar de ello, y con el exclusivo interés mezquino de la defensa de posiciones sectarias, toda una multitud de falsos científicos se empeña en la tarea ingrata de desmentir al Espiritismo por medio de capciosos argumentos cocidos en la olla de la mentira o en las calderas de la trapacería diabólica. Más nada de eso impedirá que la verdad triunfe, pues la verdad es y existe por si misma, y no pide licencia a ningún censor religioso o ateo para manifestarse como ella es ante los ojos de todos los que se hiciesen dignos de ella.

8. El Cuerpo Bioplasmático

Cuando hablé por primera vez del cuerpo bioplasmático por televisión, una señora extranjera llamó por teléfono al estudio del Canal 13 de San Pablo para hacerme una advertencia. Conceptuaba que el descubrimiento de ese otro cuerpo del hombre, de los animales y de las plantas, realizado por los físicos y biólogos soviéticos, no era más que una nueva treta de los materialistas rusos, en su lucha contra la religión, que tenía objetivos netamente políticos. Decía también que había conocido de cerca las mañas de los soviéticos y sufrido en su propia piel su crueldad, agregando que no quería verme engañado por ellos y sirviendo como un inocente útil a la propagación de sus mentiras en el Brasil. Le respondí, intentando explicar que se trataba de un problema científico y no político, el cual, por lo demás, nos llegaba a través de informaciones universitarias procedentes de los Estados Unidos. Procuré demostrarle que una maniobra de esa naturaleza sería hoy imposible frente a la dinámica actual de la comunicación y de la posibilidad de comprobaciones o desmentidos de los medios universitarios de todo el mundo. Nada de eso convenció a la señora, que insistió de una manera angustiosa en su advertencia. Después de ella, varios telespectadores más, en su mayoría extranjeros, me telefonearon y entrevistaron personalmente para hacerme sugerencias similares. Eso equivale a una prueba de la falencia cultural de nuestro tiempo. No obstante todo nuestro avance científico y tecnológico, la plaga de la mentira en la religión, en la política, en la administración pública y en todos los sectores de las actividades humanas lleva a las personas a dudar de todo, a ver por todas partes el peligro de maniobras con intenciones ocultas.

En el programa de televisión que dio origen a este libro, en el mismo Canal 13, su conductora Xenia insistió en la necesidad de ser sinceros en la consideración de los temas fijados. Llegó incluso a declarar que alguien de quienes estábamos allí debía tener el coraje de decir la verdad sobre el motivo de la crisis religiosa de nuestros días. Según pensaba, esa crisis derivaba de la mentira, sencillamente, como explicó en un programa posterior. En realidad la mentira es uno de los motivos de la crisis, pero no la causa fundamental. Si yo pensase de igual manera no tendría razón alguna para no decirlo. Sucede que las mentiras predicadas por las religiones no siempre son mentiras, sino engaños que devienen de la falta de comprensión de los problemas esenciales del hombre. Sería llevar muy lejos la desconfianza en la naturaleza humana si pensáramos que personas creyentes en Dios organizaran las religiones con la finalidad de mistificar al pueblo. Esa es también una prueba del clima de desconfianza de nuestra época. Encontramos en las religiones muchas personas cultas inteligentes y honestas que creen píamente en las cosas más absurdas para aceptar la infalibilidad de los dogmas y las interpretaciones de las escrituras.

El problema del descubrimiento del cuerpo bioplasmático está ubicado de tal manera dentro del cuadro de los logros actuales de la ciencia, representando incluso una consecuencia lógica de ese progreso que, por tanto no debería suscitar dudas en nadie medianamente informado. El descubrimiento de la antimateria las investigaciones parapsicológicas, el desarrollo de la medicina psicosomática, las incursiones cósmicas de la astronáutica y otras prodigiosas conquistas de nuestro tiempo conducían naturalmente al hombre al conocimiento de su propia naturaleza. Como imaginarnos un mundo en que la ciencia hubiese probado la indestructibilidad de todas las cosas, pero continuase aceptando el dogma materialista de la destrucción total y absoluta del hombre por medio de la muerte. Como imaginarnos la cultura abierta de ese mundo aceptando el pesimismo doliente de Sartre, que predica la nadificación del hombre su frustración total en la muerte y considera a la doctrina de la evolución del pensamiento de Heidegger, como una caída en el misticismo vulgar. La perspectiva del pensamiento sartreano, tan rico en intuiciones filosóficas y tan decepcionante en su conclusión ontológica, ese panorama desorientador de la cultura contemporánea sería la expresión evidente de lo absurdo que ocurre en el ámbito mundial.

El equívoco marxista del materialismo fue ultrapasado por el desarrollo científico y filosófico de nuestro tiempo. No hay más lugar, en la cultura actual, para los dogmas religiosos y los dogmas materialistas. Entre los científicos soviéticos es evidente la existencia de muchos disidentes del oficialismo tipo siglo XIX. El interés actual de la URSS por las investigaciones parapsicológicas es un indicio claro, indicio que es confirmado por la reacción violenta que contra él ejerce la China roja. Todos sabemos que el profesor Raikov y otros investigadores soviéticos se hallan abocados, en la Universidad de Moscú y otras más de la URSS, a estudios científicos de la reencarnación, aunque disfrazándola como una anomalía mental que tiene que ser esclarecida en el campo de la psiquiatría. La verdad se manifiesta en todas partes y, si no es hoy, mañana se ha de mostrar evidente.

La cámara Kirlian, de fotografías sobre campos imantados de alta frecuencia eléctrica, fue descubierta accidentalmente por los esposos Kirlian, y los científicos soviéticos más escrupulosos percibieron luego su alcance. Adaptándola a poderosos microscopios electrónicos consiguieron descubrir, en el interior de los cuerpos vivos de vegetales, animales y hombres, una estructura de plasma físico, constituida de partículas atómicas, que se presentaba como un cuerpo básico sustentador de la vida y de las actividades vitales y psíquicas del cuerpo material. La importancia de ese descubrimiento es de tal trascendencia que no podía ser abandonado, pues representa una verdadera revolución copernicana en las áreas de la Física, la Biología y la Antropología, para solo mencionar a esas tres ramas fundamentales. Pero es bueno recordar de paso lo que él representará en la Psicología, la Medicina, la Psiquiatría y la Psicoterapéutica en general. Es suficiente decir que los soviéticos han llegado a descubrir que el cuerpo bioplasmático ofrece elementos para la verificación del estado general de la salud del cuerpo físico, permitiendo la previsión de dolencias y anomalías en los seres vivos de cualquier naturaleza. Por otro lado, las investigaciones realizadas en los Estados Unidos han confirmado el descubrimiento soviético.

Desde el siglo pasado, varios hombres de ciencia se empeñaron en descubrir medios para probar la existencia en el hombre del llamado cuerpo espiritual, o doble etérico. En 1943 Raoul Montandon publicó en Suiza un curioso libro titulado *De la Bête a l'Homme* (Del Animal al Hombre), relatando estudios psicológicos que muestran semejanzas significativas entre el reino animal y el hominal, así como experimentaciones científicas que prueban la existencia en los animales de un cuerpo energético. Esas investigaciones son relatadas en el capítulo intitolado "Supervivencia animal". Ilustran ese libro varias fotografías obtenidas con filmes sensibles a la luz infrarroja, las que muestran grupos de insectos muertos y eterizados. Junto a los animales muertos se muestra una sombra semejante al cuerpo muerto, mientras que al lado de los que no estaban muertos, sino en estado letárgico, no se observa ninguna sombra. En el capítulo referente a las fotografías psíquicas, obtenidas ocasionalmente o en sesiones medí anímicas experimentales, los anales espíritas ofrecen un impresionante volumen de casos significativos que reúnen todos los recaudos que garantizan la autenticidad del fenómeno.

En el caso actual de las investigaciones soviéticas, con aparatos técnicos de precisión, la demostración de la existencia de ese cuerpo extrafísico -para usar la expresión parapsicológica actual- fue decisiva. Los soviéticos, operando en comisión oficial en la Universidad de Alma-Ata, Kazakhstan, hicieron experiencias con moribundos y lograron verificar el retiro total del cuerpo bioplasmático de los muertos, cuyos cuerpos materiales solo entonces entraban en estado cadavérico. No habiendo sido posible fotografiar ese cuerpo después de su desprendimiento del cadáver, emplearon la técnica de la investigación por medio de detectores de pulsaciones biológicas y verificaron, sorprendidos, que las pulsaciones captadas indicaban la presencia del cuerpo bioplasmático en el ambiente.

Son suficientes esos datos sumarios a los fines del objetivo de este libro. Informes más completos y minuciosos fueron divulgados entre nosotros con la traducción y edición del libro de Sheila Ostrander y Lynn Schroeder*, investigadoras norteamericanas que entrevistaron a los científicos soviéticos en la URSS, y cuyo trabajo fue editado por la Universidad de Prentice Hall, EE.UU., y posteriormente por la editora Bantam Books, de Nueva York. El descubrimiento del cuerpo bioplasmático constituye una confirmación científica, proveniente del campo materialista, de la teoría del periespíritu. Según el Espiritismo, el periespíritu es el cuerpo espiritual del que trató el apóstol Pablo en la Primera Epístola a los Corintios. Su función es servir al Espíritu como instrumento para su manifestación en los planos materiales. Es a través de él que el Espíritu se liga a la materia en el proceso de la encarnación. Durante la vida terrena él es el agente de las funciones orgánicas. Mantiene la vida del cuerpo y sirve de campo padronizador durante el desarrollo de éste, a partir de la fecundación, rigiendo la formación del embrión. En la muerte, el periespíritu se desliga progresivamente del cuerpo material, que sólo es realmente cadáver cuando se produce su desligamiento total. En la mayoría de las personas el periespíritu, después de la muerte, permanece cercano al cadáver por un tiempo más o menos largo, en razón de la atracción que los despojos ejercen todavía sobre el Espíritu. Ese cuerpo es considerado por la Doctrina Espirita como semi material, pues esta constituido por energías materiales y espirituales ínter penetradas. Es el cuerpo de la resurrección, conforme ya lo afirmaba el apóstol Pablo.¹

Todas esas características del periespíritu son confirmadas por las observaciones de los científicos soviéticos, que consideran a ese cuerpo como material e integrado por un plasma físico formado de partículas atómicas. Mas un hecho intrigante se presenta en las experimentaciones soviéticas: ese cuerpo solo puede ser visto y fotografiado mientras esta ligado al cuerpo material. Una vez desprendido de él, no se encuentra más al alcance de la cámara Kirlian. Solamente los detectores de pulsaciones biológicas logran constatar su presencia en el ambiente. La cámara Kirlian, como ya vimos, solo puede actuar sobre campos materiales imantados por corrientes eléctricas de alta frecuencia. Desligado del cuerpo material, el cuerpo bioplasmático, o periespíritu no ofrece condiciones para eso. Nos parece evidente el motivo por el cual él, entonces, se torna inaccesible. No está más revestido de un cuerpo material, aunque contenga en su propia estructura energías materiales. El mismo nombre científico dado a ese cuerpo - bioplasmático- indica su función vital y su naturaleza plasmática. Ese problema, sin embargo, no es físico solamente. En la proporción en que el Espíritu, liberado de la materia, se va integrando al mundo espiritual, su periespíritu se libera de los elementos materiales.

El descubrimiento de ese cuerpo por los materialistas constituye la mayor victoria del Espiritismo y, al mismo tiempo, la conquista más importante de nuestra era científica, pues con ella la ciencia terrena ha dado el primer paso para su futura fusión con la ciencia espiritual. Esta es la más significativa señal de que estamos entrando en la era del Espíritu. Oliver Lodge se refirió al túnel mediúmnico, como una vía de ligación del mundo material con el mundo espiritual, acentuando que ese túnel viene siendo cavado de ambos lados: Por los hombres y por los Espíritus. Cuando los trabajadores de aquí y del Mas Allá se encuentren, el túnel quedará abierto y la comunicación entre los dos planos se hará tan fácil como las comunicaciones entre las distintas regiones de la Tierra. Hasta ahora solamente los espíritas trabajan del lado de acá. De aquí en adelante los científicos también han de brindar su cuota de servicio.

El descubrimiento del cuerpo bioplasmático y los estudios sobre sus funciones y su estructura vienen también a contribuir para que los engaños de las religiones cristianas sean corregidos. Poco a poco la verdad se impone y la mentira va siendo derrotada. La religión, que constituye, al igual que la ciencia y la filosofía una de las grandes vías del conocimiento, esta dispuesta a retomar su lugar dentro del ámbito cultural. Más para eso las religiones sectarias deberán seguir aquella advertencia de Jesús: Perder su vida

¹ * El autor se refiere al libro conocido y publicado en la Argentina con el título La Parapsicología en los países socialistas, A. Peña Lillo Editor S.R.L., Buenos Aires 1.975. [Nota del traductor]

individual para fundirse en la vida colectiva, en un proceso libre, de religiosidad universal, que nos dará la religión en espíritu y verdad. Fue esa la profecía que dio Jesús a la mujer samaritana.

No hay ninguna otra salida para la crisis religiosa de nuestro tiempo. Las teologías artificiales, como la de la Muerte de Dios, son ensayos de vuelo a ciegas en un cielo vacío y nublado por la duda. La realidad es una sola. La confirmación positiva de la existencia del Espíritu por medio de la ciencia, en un desarrollo acelerado, pondrá un punto final a las especulaciones religiosas. Y no hay ninguna otra alternativa en la Tierra para la ejecución de esa reintegración de la religión en el campo cultural, a no ser la obra de Kardec. Los hombres del futuro se han de quedar admirados al ver que tuvimos en nuestras manos todos los medios para hacer esa integración en nuestro tiempo y no logramos hacerla. Tal vez se pregunten que nos habrá faltado para ella, y alguien les responda: **Humildad**.

9. Duda y Certeza

La duda es una encrucijada en los caminos de la razón. Cuando el pensamiento se lanza a la búsqueda de un objetivo y enfrenta dos caminos divergentes, puede mostrarse indeciso. Esa indecisión es la duda. Para Sexto Empírico la duda es la hesitación entre afirmar o negar, lo que equivale a decir entre aceptar o rechazar. Descartes hizo de la duda la condición primera para la búsqueda de la verdad, considerándola como una suspensión del juicio para verificar si este está cierto o errado. Para John Dewey la duda nace de una situación problemática que estimula la investigación. De esa manera, Dewey confirma la posición de Descartes, que inició la filosofía moderna con la práctica de la duda metódica. Pero como la duda creó muchas dificultades al pensamiento dogmático, las religiones dogmáticas concluyeron por condenarla como de origen diabólico. La frase de Tertuliano: Credo quia absurdum (**creo aun cuando absurdo**), tuvo una larga aplicación durante el combate realizado a las herejías. Como los dogmas eran considerados de origen divino, puntos fundamentales de la revelación hecha por Dios a los hombres, estos no tenían el derecho de dudar, aun cuando los dogmas fuesen aparentemente absurdos.

Esa posición es común en numerosas sectas y religiones, incluso entre personas cultas. Se alega que la sabiduría humana es locura para Dios -como afirmó Pablo-, lo que equivale a decir que la sabiduría divina puede parecer locura a los hombres. En el Espiritismo la duda es considerada como condición necesaria para la búsqueda de la verdad. Kardec la aconseja como método de control de las manifestaciones mediúnicas y del estudio de los principios doctrinarios. Habiendo demostrado que los Espíritus son seres humanos desencarnados, liberados del cuerpo material por la muerte, y que muchos de ellos se manifiestan sustentando opiniones erradas que compartieron en la Tierra, ello aconseja el análisis constante y el examen atento de las comunicaciones, que deben ser rechazadas cuando revelaren conceptos absurdos.

La crítica se convierte, de esta manera, en un elemento básico de la filosofía y la práctica espíritas. Pero es evidente que debe ser ejercida por personas que tengan condiciones de cultura y buen sentido para criticar. Descartes afirmó que el buen sentido es la cosa más bien repartida del mundo, más advirtió que el empleo del buen sentido depende de la buena orientación del entendimiento. Kardec ofrece, en toda su obra, instrucciones y ejemplos para el uso del buen juicio y aconseja la consulta, en casos de dificultad, a personas reconocidamente capaces de resolver problemas con lucidez. No habiendo en el Espiritismo dogmas de fe, todo puede ser apreciado y discutido en términos de buen sentido o de buena razón. Descartes aconsejaba el evitar dos elementos peligrosos para el raciocinio: El preconceito y la precipitación. Kardec agrega a ello la necesidad de la vigilancia en lo relacionado con la vanidad humana, que lleva a personas cultas o incultas a considerarse capaces de reformulaciones doctrinarias con la única base de sus opiniones personales.

Estableciendo el consensus gentium, de Aristóteles, como regla para la aceptación de revelaciones espirituales, no lo hizo en el sentido aristotélico del término, sino en sentido espiritual, con el nombre de consenso espiritual. La aplicación de ese consenso no implica la aceptación de la expresión vox populi o de la opinión de las gentes como verdad, sino solo la coincidencia de comunicaciones mediúnicas sobre el mismo tema, por Médiums distintos, desconocidos entre si, en lugares diversos y en el mismo tiempo. Es este un medio de control que debe ser usado a los fines de la verificación racional del tema y de la confrontación del mismo con los conocimientos adquiridos en el medio espírita y en la cultura en general. Con ello se puso una barrera infranqueable a la autoridad individual de un médium aislado que, por más famoso y seguro que haya sido en sus actividades de mediador, no por eso estará libre de dejarse conquistar por ideas erróneas. De un criterio de verdad que era evidentemente de naturaleza opinable, Kardec extrajo una norma innegablemente válida para facilitar el uso del buen sentido por los espíritas.

La necesidad de la certeza en la orientación del conocimiento en un mundo en que todo ocurre en el plano de lo relativo, exige un criterio científico de evaluación de los datos obtenidos en la práctica doctrinaria. Al no aceptar la revelación espiritual de una manera simplista, sino sometiéndola al control de la razón, Kardec no violentó la intención de los espíritus superiores, que deseaban de él, precisamente esa actitud. Tal es así, que desde el comienzo lo estimularon en ese camino, esclareciendo que la humanidad terrena había logrado la madurez suficiente para liberarse del ciclo de las revelaciones personales y locales, ocurridas siempre de una manera mística, por medio de un maestro, profeta o Mesías, en una determinada región y a un determinado pueblo. La última de esas revelaciones había sido la de Cristo, que, a pesar de ser personal y local ya se abría ostensiblemente hacia lo universal, escandalizando a los judíos apegados a un socio centrismo milenarista. La Tierra entraba en una fase nueva de su evolución, las civilizaciones aisladas debían fundirse a través de procesos más amplios y eficientes de comunicación, el mundo greco-romano llegaba al punto máximo de su desarrollo y un largo y doloroso proceso de fusión de sus conquistas en el campo del pensamiento, del derecho, de la justicia y de la espiritualidad deberían iniciarse en la caldera de la historia que fue la Edad Media -según la concepción de Dilthey-. De esa fusión resultaría en la edad de la razón, el Renacimiento, preparando con ello el camino hacia la era de la ciencia y la tecnología, que llevaría al mundo a un progreso más acelerado. La influencia del cristianismo impregnaría todas las latitudes del planeta, arrancando de la apatía nirvánica a las grandes civilizaciones orientales y obligándolas a seguir los padrones occidentales. Era necesario que la pasividad mística fuese sustituida por la actividad racional, en la lucha de los hombres en busca de la comprensión de sus propias responsabilidades para mejorar la vida humana.

Cumplida esa programación, la Tierra ya estaba, en pleno siglo XIX, en condiciones de recibir las luces renovadoras de una doctrina de unificación espiritual, capaz de guiarla a los objetivos más elevados de su integridad en la comunidad cósmica. Muchas inteligencias terrenas, aturcidas con las inquietudes de nuestro tiempo, con las crisis amenazadoras de una fase de transición acelerada y, por tanto, violenta, indagan si no estamos equivocados al aceptar esa previsión histórica. Lo mismo aconteció en la fase de desenvolvimiento del Cristianismo. En realidad, la Tierra no parece aun preparada para dar el salto cósmico que se aproxima a ejecutar. Más podemos notar, a lo largo de la historia, que la técnica divina parece apoyarse en un principio de tensión máxima para hacernos avanzar. La indolencia humana, la tendencia hacia lo cómodo, el apego a la vida como ella es, sólo pueden ser removidos por medios compulsivos. Los latigazos del templo tienen que ser aplicados contra los mercaderes que lo transforman en mercado, que no piensan en Dios, sino sólo en el dinero. Solo por el impacto del dolor el hombre se liberará de sus lacras para encontrar la vida en abundancia de que Jesús habló. Los años, los siglos, los milenios pasan rápidos en dirección hacia la eternidad sin límites. No podemos fermentar en la Tierra indefinidamente, como lo haríamos si las leyes divinas no nos forzasen a buscar con mayor rapidez los objetivos verdaderos de nuestra existencia.

Todas las religiones actuales están superadas por el avance general de la cultura terrena. Todas las estructuras sociales de nuestro mundo están perimidas. La misma cultura, que nos parece tan adelantada, se arrastra todavía amarrada a los conceptos de un pasado muerto. La mayoría de la población del planeta sufre el suplicio de Tántalo. La miseria y las enfermedades diezman a millones de personas, mientras grupos de privilegiados dilapidan fortunas colosales. Los gastos de armamentos succionan el sudor y la sangre de los pueblos. El egoísmo no fue erradicado de los corazones y el ejemplo de Cristo es encarado como una simple leyenda mitológica. La idea de Dios se apaga ante la enormidad de las amenazas y de las calamidades que azotan a las naciones, incluso a las más civilizadas. Sería absurdo pensar que esa situación infernal ha de proseguir indefinidamente. El principio de la tensión máxima está en función y hemos de ser forzados a avanzar hacia situaciones más dignas.

Kardec vio todo eso con una extrema lucidez, como podemos constatarlo mediante la lectura de sus obras. Por eso no convirtió al Espiritismo en una nueva religión estática, según el concepto de Bergson, sino que lo relacionó con todos los campos de la cultura para que pueda actuar como una religión dinámica, aquella religión en espíritu y verdad de la que Jesús habló a la mujer samaritana. No hay ninguna razón para que la religión continúe como un departamento estratificado y aislado, condicionado por sistemas arcaicos y marginalizada en el campo cultural a favor de intereses sectarios. La religión es uno de los sectores vitales de la cultura y debe integrarse a ésta plenamente. Sus principios no pueden mantenerse ajenos al progreso general. Por eso el Espiritismo fundó la ciencia del Espíritu, que ahora viene siendo confirmada por las conquistas más recientes de las ciencias de la materia. Llegamos tarde a la complementación del fiat de la creación, mas estamos ahora en el momento en que el Espíritu se une a la materia en el terreno de las concepciones humanas.

La certeza, en nuestro mundo, nunca puede llegar a ser absoluta. Ella, también, es relativa, pero le corresponde un máximo posible de exactitud. Y ese máximo es indispensable en todos los campos del conocimiento. No podíamos quedarnos en el terreno de las hipótesis inverificables al tratar de asuntos tan graves como es el del origen del hombre, su naturaleza íntima y su destino dentro del orden cósmico. Kardec, al igual que Descartes, puso en duda todo el conocimiento religioso. Los fenómenos espíritas, como el mismo observó, estaban de moda. Invitado por amigos que conocían su capacidad científica, se negó al principio -pues dudaba de la veracidad de esos fenómenos-, más concluyó aceptando la invitación, compareciendo a una reunión. Allí constató su realidad, pero no aceptó la interpretación de ser de índole espiritual. Intentó explicar la llamada danza de las mesas como posible efecto de fuerzas conocidas: La electricidad, la gravedad, el magnetismo, un supuesto poder emanado de las personas reunidas para aquel fin, y así por el estilo. Pero no se detuvo en las hipótesis. Se dedicó a investigar. Su encuentro con las niñas de la familia Baudin, una de catorce y otra de dieciséis años, Médiums excelentes, le permitió una serie de experiencias decisivas. Fue con ellas que recibió gran parte del texto de El Libro de los Espíritus. Por las manos de esas dos jovencitas fue naciendo el Espiritismo. Y renació Allan Kardec, el druida de las Galias antiguas, para sustituir al profesor Hippolyte Leon Denizard Rivail -su verdadero nombre-, el discípulo emérito de Pestalozzi y sucesor del maestro en el desarrollo de su pedagogía Filantrópica.

De ahí en adelante, en una secuencia de quince años, de los cuales doce se realizaron en la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, por él fundada y dirigida, las investigaciones prosiguieron. En ese lapso de quince años Kardec elaboró los cinco volúmenes de la codificación del Espiritismo, tres obras más de introducción a la Doctrina, un manual de introducción a la práctica medianímica, numerosos artículos para la prensa y doce tomos de la Revista Espírita, conteniendo cada uno un promedio de cuatrocientas páginas.

En todos esos trabajos él fue siempre orientado por los Espíritus superiores, como se puede observar en los escritos que constan en Obras Póstumas. Sus aptitudes de investigador fueron resaltadas por el mismo Charles Richet, el fisiólogo del siglo, que disintió con las conclusiones de Kardec, pero reconocía en su Tratado de Metapsíquica, el mérito del hombre que iniciara las ciencias psíquicas en Francia y en el mundo. Partiendo de la duda, Kardec llegó a la certeza psicológica de la supervivencia del alma después de la muerte corporal. Richet realizó un camino paralelo, el de su especialidad científica, para llegar a la certeza fisiológica de los fenómenos admirables de materialización. Después de él, muchos otros más comprobarían su descubrimiento, pero no quedarían en mitad del camino. Avanzarían como Crookes, Schrenck-Notzing, Zollner, Ochorowicz, Geley, Osty y Aksakof, hasta la certeza final lograda por Kardec. Quedaba, así, abierta en las ciencias la frontera de la inmortalidad. En adelante, quienes pretendiesen reducir al hombre a huesos y cenizas lucharían sin cesar -incluso en las mismas religiones- contra la mayor y más fecunda certeza científica de la cultura terrena.

Del Espiritismo nacieron todas las ciencias de lo paranormal, hasta la Parapsicología contemporánea. Mas los enemigos de la certeza continúan aún, en nuestros días, ante la evidencia fulminante de los últimos descubrimientos científicos -físicos, biológicos, psicológicos y astronáuticos- insuflando con sus absurdas y extravagantes hipótesis el fantasma superado de la duda antimetódica. Fingen no percibir que ese fantasma es un globo aerostático con su tela deteriorada y su mecha apagada.

La superación de la duda en el Espiritismo no se produjo a través de los métodos subjetivos de la meditación religiosa o del éxtasis místico, sino por el método científico de investigación. Fue lo que Richet reconoció y valoró en Kardec, como se lee al comienzo de su Tratado de Metapsíquica. Integrado en la tradición de la búsqueda metodológica, que venía del siglo XVI, con la revolución científica de Bacon y Descartes, Allan Kardec encaró el problema espiritual de manera objetiva y, en una posición típicamente existencial, creó el método apropiado a la investigación de los fenómenos espíritas. Al contrario de lo que alegan hoy sus contradictores, demostró de manera exhaustiva que los fenómenos espíritas pueden ser repetidos cuantas veces fuese necesario para la confrontación de los resultados experimentales, como los grandes científicos de la época irían a comprobar inmediatamente y como las experiencias parapsicológicas actuales comprueban y demuestran nuevamente.

Esa subversión metodológica en el campo del conocimiento espiritual, hasta entonces sometido a los principios de la fe, despertó una violenta reacción que aún hoy no se ha extinguido. Kardec partía del hombre vivo, del hombre en el mundo, de la criatura de carne y hueso para elevarse a Dios a través de la inducción lógica, despreciando los procesos deductivos de la tradición. Se atrevía a investigar el Espíritu de los muertos y de los vivos con la misma naturalidad, sustentando que el alma no era otra cosa que un Espíritu que anima a un cuerpo. Y osaba dar una nueva explicación del Génesis, que incluía a la creación del hombre por Dios como un hecho natural, dialécticamente explicable.

La muerte perdía el aspecto misterioso alimentado por las religiones, y los videntes y profetas fueron considerados seres a quienes una facultad humana natural-la mediumnidad-, se había desarrollado en una forma más intensa. Pacientes e incesantes investigaciones -y no revelaciones místicas- llevaron a Kardec al descubrimiento científico de la naturaleza espiritual del hombre. Y la prueba de esta afirmación fue ofrecida posteriormente por las investigaciones científicas desencadenadas en todo el mundo y hoy ratificadas, hasta por el mismo avance de las observaciones materiales, por científicos modernos que ensanchan los dominios de las ciencias. Es así como la duda sobre la continuidad de la vida después de la muerte fue vencida por la certeza en el campo de los estudios espíritas. Las religiones que ignoren ese hecho culminante de la evolución humana en la Tierra acabaran asfixiadas por la falta del oxígeno de la verdad, en sus círculos estrechos de fanatismo y exclusivismo.

No hay solamente crisis en las religiones, hay señales evidentes de agonía.

10. Magia y Misticismo

El hombre primitivo no vela el mundo, sino la magia de la Naturaleza. No teniendo aún el pensamiento desarrollado y el raciocinio metodizado, no podía siquiera concebir al mundo. Tenía más sensaciones que emociones y más emociones que ideas. Sus sentimientos germinaban en el plano larval de los instintos. Y los instintos animales lo dominaban, sin dar lugar a los instintos espirituales. Era más cuerpo que alma. Kardec señala la existencia de dos seres en la estructura humana: El ser del cuerpo y el ser espiritual. En el hombre actual esos dos seres se equilibran y su psicología puede ser medida por la predominancia de uno o de otro o por su paridad. Las personas en que predomina el ser del cuerpo están más próximas del primitivismo. Aquellas en que los dos seres se equilibran se apegan más a las cosas materiales y tienen dificultades en concebir la realidad del Espíritu. Las personas en que predomina el ser espiritual dan más importancia a las cuestiones espirituales. Las primeras están apegadas al pasado, las segundas a la pragmática del presente y las terceras tienden hacia el futuro. Mas entre una y otra de esas posiciones evolutivas existen numerosas variaciones que pueden ser clasificadas en fases intermedias de múltiples facetas. La "Escala espírita", de *El Libro de los Espíritus*, parágrafo 100, nos ofrece un cuadro psicológico general de esas innumerables variaciones tipológicas.

La percepción mágica del mundo -restringida al ambiente tribal o clan- llevó al hombre primitivo a las prácticas mágicas. Su pensamiento se desenvolvía en la experiencia, revelándole progresivamente las relaciones existentes entre las cosas y los seres. Podemos suponerlas, como simples datos ejemplarizantes, de esta manera: Vida-alimento, animal-malo, pez-agua, ave-cielo, fruta-árbol, flecha-caza-enemigo, hombre-mujer-niño, día-sol, noche-oscuro-Luna. Esas relaciones primarias le daban la posibilidad de actuar con eficiencia en el medio físico. Por medio de ellas comenzó a desenvolverse instintivamente en el plano espiritual y nació la magia simpática o simpatética, el arte incipiente de alcanzar al enemigo por medio de reproducciones de su figura en barro o madera y de evocar a las fuerzas benéficas por medio de símbolos correspondientes a ellas. Nació, así, el hechizo y, consecuentemente, el hechicero. Y de ambos nacerían más tarde los ídolos, los sacramentos, los sacerdotes y las religiones con sus rituales.

Esos procesos rudimentarios arrancaban al hombre de la selva y de la indiferencia y lo lanzaban en dirección de la civilización. Un largo camino a recorrer en el perfeccionamiento de esas técnicas primitivas a través de los milenios. Pero los hombres no estaban solos ni abandonados a sí mismos en ninguna de esas etapas. La idea de Dios se mantenía oculta en el fondo nebuloso de sus experiencias filogenéticas y la ley de adoración los llevaba a reverenciar el misterio de la tierra, de las aguas, del cielo estrellado, de las montañas coronadas de nubes. Del fondo oscuro de los bosques surgían el bien y el mal, las fuerzas y los seres benéficos y maléficos. Muchos de esos seres tenían la consistencia de las criaturas de carne y hueso. Aparecían y desaparecían como las llamas nocturnas de los fuegos fatuos.

Unos los auxiliaban y eran considerados dioses bienhechores. Otros los amenazaban, por lo que eran tenidos por dioses malhechores. Espíritus buenos velaban por las tribus y orientaban a sus jefes. Pages y hechiceros tenían el don de evocarlos y consultarlos. Como en las ciudades cósmicas de la Grecia arcaica -de que trató Durkheim-, hombres y dioses convivían en una especie de ínter mundo. Esa situación perduró en las civilizaciones agrarias, en el ciclo de las grandes civilizaciones orientales y en el mundo clásico, generando las religiones mitológicas con sus oráculos y sus pitonisas. En el Judaísmo y en el Cristianismo tenemos su continuidad, lo que se puede verificar por los textos bíblicos y evangélicos.

Ya en el Paganismo encontramos las prácticas místicas de los llamados misterios, con rituales específicos para llevar a los iniciados a su relación directa con el mundo espiritual y especialmente con Dios. En el Egipto antiguo y en las religiones de los imperios americanos de los aztecas, mayas e incas se utilizaban zumos vegetales, que originarían las drogas actuales como la mezcalina y el ácido lisérgico, para la producción del estado de éxtasis, que es el fenómeno central de esas prácticas. Por el éxtasis,

provocado o espontáneo, el místico se desliga de toda la realidad sensible, del mundo material, y penetra en el inteligible, en el mundo espiritual.

El misticismo tiene sus orígenes remotos en los éxtasis de los pajes o hechiceros que, en medio de las selvas, procuraban el contacto directo con los Espíritus protectores de las tribus. Las prácticas místicas en las eras civilizadas son el intento posible de los humanos por superar a los sentidos y a la razón y obtener el conocimiento superior en las fuentes divinas. Tales prácticas conducen al hombre a una fuga de la realidad. En el Espiritismo las prácticas místicas son condenadas por dos motivos fundamentales:

1. Porque el hombre está en el mundo para vivir en él con el fin de desarrollar su experiencia en la vida de relación y sus potencialidades internas; y

2. Porque la ligación del hombre con Dios se hace por medio del amor al prójimo, en la práctica de la caridad -que es el amor en acción- de una manera natural, sin la necesidad de prácticas rituales o del empleo de excitantes de ninguna especie.

Las personas que consideran al Espiritismo como doctrina mística confunden a la fenomenología mediúmnica con las prácticas del misticismo. No saben que la mediumnidad -como hoy está demostrado por las investigaciones parapsicológicas- es sencillamente una facultad humana natural que permite a todos el ejercicio de la percepción extrasensorial. El misticismo nació de las manifestaciones naturales de esa facultad y de la falta de condiciones culturales para su estudio racional. La mística experiencia de Dios de las religiones dogmáticas depende de las prácticas místicas y de una concepción antirracional del mundo y de la vida.

Por eso Ranzolli propone la limitación del vocablo misticismo a las filosofías religiosas, sustituyéndolo en el campo filosófico general por expresiones como irracionalismo, intuicionismo o sentimentalismo. El Cristianismo -que los árabes llamaron religión del libro-, en su origen se valía de la mediumnidad, mas su posición frente a las religiones anteriores fue nítidamente racionalista. Todas las enseñanzas de Jesús, aun aquellas con las que él se refería a Dios, llamándolo Padre, son racionales. Su condenación del irracionalismo judío fue siempre seguida de explicaciones racionales por medio de ejemplos en forma de parábolas extraídas de la misma vida diaria del pueblo. Al tratar del dogma judaico de la resurrección, él se refería a nacer de nuevo, usando ejemplos históricos como el regreso de Elías reencarnado en Juan el Bautista. Sus referencias a las potencialidades divinas del hombre eran ejemplificadas por los fenómenos por él mismo y por sus seguidores. Nunca habló de su resurrección como un hecho privilegiado, sino ligándola a la resurrección de todos. El apóstol Pablo se encargó de formular la teoría racional de la resurrección, no de la carne, sino del espíritu, explicando que el cuerpo espiritual del hombre -hoy descubierto y nominado por la ciencia cuerpo bioplasmático- es el cuerpo de la resurrección de las personas.

Ese racionalismo fue posteriormente perjudicado por las influencias paganas y judaicas del misticismo, que alcanzarían en las iglesias cristianas un refinamiento intelectualista paradójal, oponiéndolo realmente al mismo intelecto. Todo el esfuerzo de Jesús combatiendo a la mitología fue anulado por los teólogos, que lo convirtieron a él mismo, en un nuevo mito, haciendo de su naturaleza humana una especie de simple manifestación pragmática de su divinidad. El Espiritismo retoma la tradición racionalista del Cristianismo primitivo, y, de la misma manera que los antiguos cristianos, prueba en la práctica las enseñanzas teóricas de Jesús a través de las manifestaciones espíritas y ofrece la prueba concreta de las materializaciones y de las apariciones tangibles -como la de Jesús a los apóstoles en el cenáculo-, así como la de los fenómenos de voz directa -como el de la voz directa que se produjo en el espacio en el momento del bautismo-, y de los casos comprobables de la reencarnación, puestos hoy en el tapete por la investigación científica mundial. Nada de todo eso se refiere al misticismo, a las prácticas místicas a través de procesos mágicos de excitantes específicos y de tentativas antinaturales de transformar al hombre vivo en un muerto-vivo que niega al mundo para vivir como espíritu desencarnado,

desligado de los procesos necesarios para la razón. El hombre es Dios en potencia, no en acto, y no debe querer anticipar su futuro huyendo a los compromisos y experiencias de la vida terrena. Sus deberes están aquí, en este mundo, por ahora, y sus posibilidades de evolución, de trascendencia, no se hallan en su alineación, en su fuga, sino en su integración consciente en sus tareas sociales.

El tiempo de las iglesias está llegando a su fin, como le llegó a los misterios en la Antigüedad. Ellas fueron necesarias y tanto han servido como perjudicado a la humanidad, revelando en sus estructuras imperfectas las mismas fallas de que adolecen todas las obras de los hombres. En vano se han arrogado investiduras divinas. La mente humana se abre hoy hacia nuevas dimensiones y las iglesias no reúnen los elementos necesarios para acompañarla en ese avance. La lucha sin tregua que sostuvieron y aún sostienen contra el Espiritismo, y en especial contra la mediumnidad, probó su incapacidad para enfrentar a los tiempos nuevos. La dinámica de la concepción espírita se opone a la mecánica ritual de las iglesias como la Física moderna se opone a la Física del pasado. En la medida en que los Espíritus retrógrados de la población terrena van siendo apartados del planeta, en la sucesión inevitable de las generaciones, aumenta el vaciamiento de las iglesias y los seminarios van siendo cerrados por falta de alumnos. Fue lo que aconteció con las religiones mitológicas del mundo greco-romano.

Para poder sobrevivir, las iglesias tienen que desiglesiarse, suprimiendo el profesionalismo sacerdotal, sus dogmas absurdos y las liturgias vacías de sentido. Antes que puedan pagar ese precio demasiado elevado, las fuerzas de la evolución las erradicarán de la faz de la Tierra. Esto no es una profecía espírita, sino una profecía evangélica de Jesús que consta en el episodio con la mujer samaritana. Que nadie me acuse de responsable por esa previsión que ellas mismas, las iglesias, por dos mil años han hecho leer en el Evangelio en sus cultos sin lograr entenderla. Tampoco han entendido la cuestión de las muchas moradas de la casa del Padre, ni la del bautismo espiritual, ni la del nacer de nuevo, ni la de la condenación de las exigencias rituales de los fariseos. Por tanto, ¿qué pueden esperar o reclamar ahora?

Respetables pensadores religiosos, reconocidamente cultos, no consiguieron aun liberarse de la magia de las selvas, cuyos residuos impregnan de misticismo a las religiones en estado de agonía. Ese apego les impide el socorrer a las instituciones religiosas en este momento crucial. Desesperados acusan al Espiritismo y a los espíritas de incapaces para comprender las sutilezas de la fe y de exigir pruebas materiales de lo que no es material. Incluso hasta llegan a considerar una profanación la investigación espírita de los fenómenos mediúmnicos. En otras ocasiones acusan al Espiritismo de prácticas primitivas, confundiéndolo con las formas de sincretismo religioso afro-brasileño. El materialismo -proclaman- lleva a los espíritas a querer materializar Espíritus.

Pierden la perspectiva cultural de nuestro tiempo y se sumergen en el pasado, acusándonos de una posición retrógrada en el campo del espiritualismo. Nuestras ligaciones con la selva, en realidad existen, y son las mismas que constatamos en las religiones en agonía, más hay una diferencia fundamental entre nuestra posición y la de ellos: La reelaboración de la experiencia. Esa reelaboración no fue hecha por las religiones, que se limitaron a retirar las prácticas salvajes y cubrirlas con el barniz de la civilización. Hasta la tentativa de someter a la Divinidad al poder misterioso de los pages sobrevive en los sacramentos de las iglesias, dando a los sacerdotes el poder -que fue negado a los ángeles- de obligar al mismo Dios a materializarse en sustancias materiales del culto, así como el poder de obligar al Espíritu Santo a manifestarse en los adeptos para el bautismo del Espíritu.

En el Espiritismo, lo que sobrevive de las selvas es el fenómeno, el hecho natural de la manifestación de los Espíritus a través de la mediumnidad, como todos los fenómenos físicos y químicos, botánicos, biológicos y psíquicos sobreviven obligatoriamente en las ciencias. Pero el Espiritismo no permanece apegado a las supersticiones de la experiencia salvaje, sino que reelabora esa experiencia a la luz de la cultura y descubre sus leyes para poder usarla en función del progreso.

La capacidad humana de conocer no tiene límites y la división absoluta entre espíritu y materia ya fue superada por las experiencias físicas.

El materialismo caduca por la falta misma de la materia -como afirmó Einstein-, y las religiones agonizan, como podemos observar, por la carencia del espíritu. Hay más apego a la materia en las prácticas y en los conceptos de las religiones en agonía que en los ritos salvajes, pues en estos la creencia ingenua e instintiva se manifestaba naturalmente, mientras que en aquellas es puro artificio, tentativa de racionalización psicológica de herencias.

11. La Cura Divina

Para las clases pobres de la población y la gente simple de los barrios elegantes, donde la ignorancia camina sobre alfombrados lujosos, el Espiritismo no es más que una secta de terapeutas oscuros, de curanderos estúpidos. Se cree que la única finalidad del Espiritismo es la de curar por medio de procesos mágicos. Pero la cura divina no es privilegio de nadie. La encontramos en todas las religiones y sectas religiosas del pasado y del presente. Y más aun la hemos de encontrar en el futuro, pero entonces ya reconocida como un proceso científicamente explicable y no más sujeto a la explotación de misioneros por cuenta propia que hoy, en las grandes ciudades, se enriquecen amparados por la ignorancia ilustrada y la miseria analfabeta, y tienen por patrono el orgullo infundado de la alta medicina y la complacencia criminal de la burocracia de los órganos oficiales de asistencia social.

Enciendo la radio a las cuatro de la madrugada y oigo al locutor anunciar el programa de un misionero de cura divina. El misionero se presenta declinando su título auto conferido. Su voz y sus expresiones revelan el tipo de ignorancia radiofonizada. Es un ex trabajador manual que descubrió en sí mismo el medio de superar su condición inferior. Habla en nombre de Jesucristo y hace desfilar ante el micrófono a varias personas de barrios humildes, quienes relatan las curas divinas con que fueron agraciadas por medio de él. El lenguaje de todos es pintoresco y emocionante. Revela, al mismo tiempo, la penuria cultural y la fe ingenua del pueblo. Algunas personas se curaron mediante el programa de radio, otras con el disco de oraciones del misionero, y están las que lo fueron en las reuniones tumultuosas de la iglesia, así como quienes llevando piezas de ropas de ciertos enfermos al recinto sagrado consiguieron sanarlos.

Es un desfile impresionante de sufrimiento y miseria, de ignorancia y credulidad por los canales de comunicación de la tecnología moderna. A veces eso acontece también en la televisión, aunque en programas eventuales, lo que acentúa el contraste de los desniveles culturales de nuestra época. No se puede condenar esa revelación natural de la realidad en que vivimos. Lo más chocante es que no se puede ni siquiera condenar a esa industria y comercio de los misioneros astutos que, bien o mal, atienden las necesidades de millares de personas desamparadas.

La cura divina -hoy llamada más propiamente cura paranormal- es una realidad innegable en todo el mundo. Incluso hasta los científicos de cabeza-dura reconocen su realidad y procuran explicarla por medio de los procesos psicosomáticos, de la influencia de energías psíquicas sobre el físico. Esa influencia pertenece, según el Espiritismo -y ahora según las investigaciones parapsicológicas y el descubrimiento del cuerpo bioplasmático por los físicos y biólogos soviéticos- a la propia estructura psicofísica del hombre. La vida se manifiesta ante nuestros ojos y en estos días, como el resultado de la acción del espíritu sobre la materia, y eso en todas sus expresiones, como quedó ya demostrado en el capítulo sobre el cuerpo bioplasmático. No se trata de nada excepcional o sobrenatural, sino, por el contrario, de un hecho sencillamente natural. Y precisamente por eso el problema de la cura divina exige atención inmediata y urgente de parte de la ciencia, para que ella no sea realizada por manos inexpertas y generalmente mercenarias de los misioneros por cuenta propia. Si eso no fuera hecho, si los científicos no tomaran el asunto en serio y los médicos y sus asociaciones profesionales no pusiesen de lado sus preconcepciones, enfrentando valiente y dignamente el problema, serán vanas todas las tentativas represivas por medios policiales y acciones judiciales. Un hecho debe ser encarado como hecho y no como superstición o leyenda. Tenemos que usar la cabeza y liberarnos de la estúpida pretensión de superioridad cultural en un área que no conocemos.

La terapéutica espírita existe y vive en lucha incesante en dos frentes. Por un lado es atacada por asociaciones médicas y por el otro lo es por las iglesias. La estupidez y el interés profesional están presentes en estos dos frentes. Sin embargo, la terapéutica espírita no se apoya en supuestos ingenuos ni

se vale de los procesos del curanderismo. Sus bases teóricas son científicas y sus métodos psicoterapéuticos -como demostró Jean Ehrenwald- superan a los de la psicoterapia científica de la actualidad. Lo que la perjudica ante los ojos de los especialistas no está en ella, sino en ellos: Es el preconceito, la negación apriorística y, por tanto, anticientífica de la interferencia de influencias extrañas en el psiquismo humano. Ese tipo de influencias ya no puede ser negado por nadie, después de los avances científicos de nuestro tiempo. Solamente personas desactualizadas científicamente pueden todavía insistir en la negación de realidades demostradas objetivamente y aceptadas en los medios universitarios más conceptuados del mundo.

Muchos de los casos relatados en el programa de radio del misionero al que me refería a pesar de las circunstancias simplistas en que se dieron, son perfectamente encuadrables en la terapéutica paranormal, admitiéndose o no que el misionero sea un sujeto paranormal. Otros casos se explican por las mismas teorías de la psicoterapéutica científica, sin necesidad de recurrir a los informes de la paranormalidad. Kardec se valió muchas veces de la contribución de los médicos para la verificación de casos ocurridos con la llamada mediumnidad curativa, como se puede observar a través de sus relaciones con el doctor Demeure, relatadas minuciosamente en la Revista Espirita. La médium observada por el médico, en su clínica, era una joven que curaba por los procesos típicos del curanderismo más grosero, por medio de brebajes preparados con hierbas, pero bajo la orientación de Espíritus que la asistían. El propio Kardec fue médico y ejerció en París, como se puede ver en la reciente biografía de Andre Moreil. Se discute el problema de su graduación en medicina -que no se consiguió probar-, pero su contemporáneo Henri Sausse, que fue también su primer biógrafo, afirma que él defendió brillantemente su tesis doctoral. Lo que no se puede negar es que conocía profundamente las ciencias médicas, enseñándolas en París.

La terapéutica espírita no pretende superar a la medicina, sino contribuir, solamente, para hacerla más eficiente. El número de hospitales espiritistas existentes en nuestro Brasil y su constante aumento, a pesar de las restricciones y de la mala voluntad que se encuentra en los poderes oficiales, es una prueba de ello. Los hospitales espiritistas no son construidos por una iglesia poderosa ni conforme a un plan nacional o provincial. Son iniciativas de pequeños grupos o instituciones doctrinarias, generalmente carentes de recursos financieros, que actúan con absoluta autonomía. El móvil de esas iniciativas es el de extender a todos los recursos de la terapéutica espírita en forma solidaria con la medicina. Es emocionante observar ese empeño en tal sentido, cuando se sabe que los médicos no espiritistas, llamados a trabajar en hospitales espiritistas, crean dificultades a su funcionamiento y las autoridades oficiales prohíben los simples pases, y hasta las oraciones, en las dependencias hospitalarias. En el caso de los hospitales psiquiátricos, lo que sucede merecería un largo estudio. El oficialismo médico y gubernamental, aunque consciente de las deficiencias de la medicina para curar a la mayoría de los enfermos, se cierra en una rigidez irracional, negando a los espiritistas el derecho de socorrer a los enfermos con sus recursos propios, que, a lo sumo, serían inocuos. Las alegaciones teóricas en contrario no resisten al gran volumen de hechos favorables a los espiritistas y, particularmente, a las conquistas actuales de las ciencias en lo relacionado con la realidad espiritual.

La finalidad del Espiritismo no es terapéutica, sino cultural. En su aspecto científico, en el campo específico de la ciencia espírita, lo que importa es el descubrimiento de las leyes naturales del espíritu, que no están al alcance de las investigaciones materiales ni de las indagaciones teológicas. Descubrir esas leyes por medio de la investigación espírita y los procesos de su relación con las leyes de los fenómenos materiales es un objetivo que hoy se impone como necesidad del mismo desenvolvimiento científico.

El descubrimiento de la antimateria por los físicos mostró la existencia de otro mundo ligado al nuestro por un sistema evidente de interpenetración. El descubrimiento del cuerpo bioplasmático demostró que ese mundo antimaterial puede ser habitado por seres humanos dotados de cuerpos diferentes

de los nuestros. Las investigaciones parapsicológicas han constatado, particularmente por medio de los fenómenos theta -relacionados con la muerte y las manifestaciones espiritas-, la existencia de relaciones entre esas dos poblaciones. El Espiritismo anticipó un siglo el estudio sobre esos problemas que son de interés vital para toda la humanidad.

La terapéutica Espírita resulta naturalmente de ese conocimiento anticipado, al cual solamente ahora las ciencias están encontrando acceso. Ella, por tanto, no deviene de supersticiones, hipótesis o prácticas tradicionales de cura rodeadas de misterio y sustentadas por la credulidad popular. Sus fundamentos son racionales y científicos. Es una prueba de ignorancia lamentable el que se confunda la terapéutica espírita con el curanderismo o con las prácticas religiosas que se apoyan solamente en los estímulos de la fe irracional. Ya vimos que la propia fe encuentra en el Espiritismo una explicación y definición muy distinta a las que les son dadas por la cultura materialista y la cultura religiosa. La fe no obra en los casos de cura como un poder actuante, sino como una base sobre la que se apoyan los poderes del Espíritu para proceder con eficacia. El conocimiento de los factores generadores de la dolencia y el descubrimiento de las leyes que permiten la aplicación de los procesos curativos eficientes son los elementos esenciales de la terapéutica espírita. Justamente por eso es que ella debe complementar a los recursos médicos, como la experiencia secular lo viene demostrando.

Veamos un caso típico de contribución espírita en un terreno concreto. Richet, fisiólogo y médico, premio Nóbel de su especialidad, descubrió el ectoplasma de los procesos de materialización. Geley, también fisiólogo -y espírita- continuó las investigaciones de Richet. Ambos comprobaron, secundados por otros científicos eminentes, entre otros Crookes y Zollner, que el ectoplasma es una emanación del cuerpo del médium con forma de un plasma lechoso. Schrenck-Notzing, en Alemania, consiguió porciones de ectoplasma, recogidas en sesiones mediúnicas experimentales, y las sometió a examen histológico en laboratorios de Berlín y Viena, comprobando su naturaleza orgánica. Varias Manifestaciones espíritas aludieron a la posibilidad de una aplicación terapéutica de ese elemento para la reconstitución de tejidos vivos afectados o destruidos por procesos cancerosos. Experiencias realizadas en la actualidad en sesiones de materialización dieron resultados alentadores. Lamentablemente ellas no fueron realizadas en instituciones científicas. Pero los médicos participantes de esas experiencias entienden que, si investigadores serios se avinieran a tratar el asunto responsablemente, se ha de abrir una nueva era en el tratamiento de las recuperaciones consideradas imposibles.

Pietro Ubaldi, quien a pesar de ser médium no era espírita admite en sus obras que el ectoplasma puede ser un ensayo de una nueva forma de reproducción de la especie, un nuevo sistema biológico en desarrollo que podrá sustituir el medio animal de reproducción sexual. Todas las personas vinculadas a esas dos hipótesis están dotadas de cultura científica y ninguna de ellas apeló a explicaciones sobrenaturales del fenómeno.

Las campañas clericales contra el Espiritismo, apoyadas muchas veces por las corporaciones científicas, alimentaron el preconcepto antiespírita en una sociedad cerrada cuya cultura, rígidamente estructurada, no admite incursiones extrañas, ni aun cuando ellas sean realizadas por exponentes de esa misma cultura. La lucha de Pasteur contra los cabeza dura de su tiempo es suficiente para mostrar las barreras que se levantan cuando una novedad aparece en el campo científico. Más hoy esas barreras fueron de tal manera derrumbada, dentro de la misma fortaleza científica, que podemos albergar cierta esperanza. Parece no estar lejano el día en que el sueño de Kardec se convierta en una realidad: **La conjugación armónica de las ciencias, el espíritu y de la materia.**

Estamos en el umbral de una revolución cultural decisiva. La terapéutica espírita ejerce una fascinación creciente sobre los científicos y los médicos progresistas, de mente abierta hacia todas las posibilidades nuevas. ¿Qué harán las religiones dogmáticas frente a las transformaciones radicales que ya conmueven sus viejas estructuras? ¿Continuarán aferradas a sus dogmas envejecidos o fluctuarán en el

vacío de las reformas teológicas basadas en sofismas de un aparente brillo? ¿Cuál será la doctrina, que concepción del mundo ofrecerá esas condiciones generales de unificación del conocimiento y ampliará las dimensiones de la vida y del hombre, además del Espiritismo?

El problema de la experiencia de Dios y el de la cura divina se confunden, tanto en su origen como en su desarrollo histórico, en su formulación como en su práctica. Sus raíces se entrelazan en el terreno de las herencias atávicas, pues ambas tienen la misma procedencia remota, además de derivar de las fórmulas mágicas y pasar por los mismos procesos de elaboración mística en las coordenadas del tiempo y del psiquismo en desenvolvimiento. Fundan su eficacia en la fe ingenua que brota del sentimiento religioso intuitivo -o instinto espiritual-, y requieren posturas corporales específicas y elementos materiales como vehículos de la gracia celeste. Las religiones formulistas se acomodan en ese proceso de la tradición milenaria, olvidando que el hombre ya superó el uso de instrumentos rudimentarios en sus relaciones con Dios.

El complicado aparato de las religiones mágicas, que auxilió en el pasado al pensamiento humano a desprenderse de las entrañas de la tierra, actualmente impide a ese mismo pensamiento el alcanzar la autonomía que necesita para elevarse libremente a los planos superiores de la verdadera vida espiritual. Mientras los clérigos ilustrados retengan a sus adeptos en la maraña de las prácticas rituales, imposibilitándoles la verdadera comprensión de los principios evangélicos, los misioneros por cuenta propia capitalizarán hábilmente los resultados de esa retención indebida por medio del comercio de esa cura divina. Es una especie de confabulación inconsciente, de la que unos y otros no tienen una noción clara y, cuyos resultados, útiles en el plano específico de la práctica, son, sin embargo, perjudiciales al proceso general de la evolución humana.

Cautivar el psiquismo de las capas sociales ingenuas de la población, llevándolo al campo hipnótico de los mitos, por medio de excitantes emocionales, es lo mismo que incentivar el uso de psicotrópicos con el pretexto de auxiliar a los desesperanzados de la vida. Los clérigos actuales -una especie social en vías de extinción- encuentran en la misma Biblia la lección horrorosa de Moisés, que prefirió pasar por el filo de la espada a los israelitas apegados a la idolatría y a la magia egipcias con el fin de no comprometer el futuro espiritual de Israel. Hoy no necesitamos de esa violencia asesina, pues es suficiente con un poco de buena voluntad y raciocinio para que se comprenda que las raíces amargas del pasado pueden ser extirpadas con enseñanzas y ejemplos de renovación mental.

El sentimiento religioso del hombre actúa mediante el impulso de trascendencia que las filosofías existenciales son unánimes en reconocer en el devenir humano, en el instinto evolutivo de la especie. El cumplimiento de la ley de adoración, testimoniado por las investigaciones antropológicas, lo confirma. No hay más tiempo, pues, para perder con formalismos ya superados.

12. El rito y la palabra

El formalismo de las iglesias se caracteriza principalmente por sus rituales. Pero todo rito implica el uso de la palabra. Se trata de una conjugación de dos sistemas complementarios de Comunicación. A ellos se une el instrumento, en la explicación clásica de la evolución humana. Fue gracias al rito y a la palabra que el hombre ascendió del primate al sabio. Mas para dar más alcance al proceso de comunicación, el hombre tuvo que inventar el instrumento. El fuego, la humareda, plumas de aves en los árboles y estacas enterradas en el suelo fueron los precursores de todos los medios de comunicación a distancia, de los que hoy nos enorgullecemos. Pero poca gente sabe que los animales también se valen de ritos, e incluso hasta de palabras, en sus procesos de comunicación. En lo relacionado con los instrumentos, ellos los poseen en sus propios cuerpos, lo que no impide que animales superiores se valgan también de instrumentos naturales, como piedras y maderas. Remy Chauvin, biólogo y entomólogo francés de actualidad, en su libro *Les sociétés animales* nos ofrece abundantes informaciones sobre este tema.

La teoría de la evolución creadora, de Henri Bergson, nos propone la tesis de la infiltración del impulso vital en la materia en dos direcciones: Una que lleva al desenvolvimiento de los insectos sociales y otra que resulta con la aparición de las sociedades humanas. Chauvin llega aun a referirse a la civilización de las abejas, advirtiendo naturalmente que se trata de una civilización de insectos y no humana. Ortega y Gasset disiente con el uso del término social refiriéndose a los insectos, pero Chauvin, que investigó el problema a fondo, no encuentra explicación para el hecho de no haber alcanzado los insectos sociales el plano del pensamiento creador. Llega incluso a suponer que tal vez en otro planeta lo hayan logrado. Todo eso puede ser poco lisonjero para el orgullo humano, más no por eso deja de ser significativo para los estudiosos de la evolución humana en la Tierra. Chauvin es director de investigaciones del Instituto de Altos Estudios de Paris. Mencionó ese dato de su ficha para mostrar sus cualidades científicas.

Lo que nos interesa en este problema es verificar, a través de datos científicos, que el formalismo religioso, como el social y el de las llamadas sociedades ocultas, no proviene de una revelación divina, sino del impulso vital que, pasando a través de las especies animales, se proyectó y desarrolló en el hombre. El sacerdote que se ornamenta para una ceremonia religiosa, el masón que viste sus símbolos para una sesión de su logia, el universitario que inviste su beca en el acto de recibir su título, tal vez no sepan que repiten costumbres antiquísimas -evidentemente refinadas por la tradición humana- que proceden de ritos animales de millones de años antes de la aparición del hombre en el planeta. Eso puede contrariar a nuestra vanidad, pero servirá para recordarnos la humildad. No somos seres privilegiados en la Tierra. Somos los últimos retoños de una evolución multimilenaria de aquello que, en el Espiritismo, se llama principio inteligente, el espíritu que estructura a la materia y a través de ella se desarrolla, despertando sus potencialidades ocultas y haciéndolas pasar de potencia a acto, de posibilidad a realidad.

En un trabajo curioso sobre el origen de los rituales en la Iglesia y en la Masonería, Helena Blavatsky explica la procedencia agraria de los ritos principales de las religiones y de las órdenes ocultas. Los estudios de James Frazer, Francois Berge, Rene Hubert y otros más, muestran la relación directa de los ritos humanos con los ritmos de la Naturaleza: La sucesión de los días y de las noches, de los años, de las estaciones, de las generaciones. Esos ritmos naturales parecen reflejarse en los mecanismos de la vida en formación y de la inteligencia en desarrollo. El instinto de imitación produce los ídolos grotescos de las tribus y más tarde las imágenes artísticas de las iglesias, enriquecidas por la imaginación creadora. Pestalozzi tenía razón al dividir a las religiones en dos categorías: Las animales y las sociales, que corresponden a las primitivas y las civilizadas.

En las primeras, todavía imperan los instintos animales, en las segundas, las fuerzas centrípetas de la aglutinación social, generando el socio centrismo de las culturas antiguas. Todas esas religiones son de elaboración telúrica, ligadas a los ritmos de la tierra. Mas Pestalozzi, maestro de Kardec, admitía una religión superior, desligada de los elementos materiales, a la que denominaba solamente moralidad, para diferenciarla de las anteriores. Esa era la religión espiritual que su discípulo iría a formular, con la base de la revelación de los Espíritus. En ella, por ser espiritual, no hay ritos ni mitos, ni sacerdotes ni altares, ni siquiera dogmas de fe, pues la religión espiritual se fundamenta en la razón y se libera de los ritmos telúricos que impregnan a la emotividad humana. Bergson ubicó de la misma manera este problema en su estudio sobre las fuentes naturales de la moral y de la religión.

Pasar del rito a la palabra es girar en un mismo círculo. Ambos pertenecen al campo del lenguaje. Cuando hablamos de lenguaje abarcamos todas las formas de expresión. Si preguntamos como nació el lenguaje, la respuesta nos ha de llevar al mismo origen del mito. La diferencia es solo de forma. Mientras el rito pertenece al campo de la mímica, de la gesticulación y, por tanto, de las expresiones por medio de señales corporales, la palabra pertenece al campo del sonido, de la voz articulada. Por tal razón, a partir de las investigaciones de Pavlov sobre psicología animal y de la formulación de la teoría de Watson sobre la psicología del comportamiento -behaviorismo- predominó la tesis del lenguaje corporal, según la cual no hablamos sólo con palabras, sino también con los movimientos del cuerpo. No obstante, la palabra conserva el dominio de la expresión del pensamiento, teniendo a la mímica y a la gesticulación como elementos accesorios de la expresión. No importa que la mímica o la actitud de quien habla puedan modificar a menudo el verdadero sentido de la palabra. En el centro del proceso de comunicación permanece la palabra como su elemento esencial.

El problema del origen de la palabra se confunde con el del origen del rito y de la mímica. Si señalamos con un dedo un objeto nos estamos refiriendo a él. La palabra hace lo mismo: Se refiere a un objeto. Surgió, por tanto, con el desenvolvimiento de la inteligencia y la necesidad de la comunicación. Cada palabra es un signo, una señal, un gesto oral. No apareció milagrosamente en la Tierra, sino por el esfuerzo del hombre en la elaboración de sus instrumentos de comunicación.

Las religiones formalistas dan a la palabra un carácter divino y consideran a los textos religiosos como la palabra de Dios. Pero es evidente que Dios, el Ser Absoluto, no necesita de los medios relativos de comunicación que nosotros necesitamos. En el Espiritismo se considera que el lenguaje de los seres superiores es sólo mental. Los Espíritus hablan por telepatía. El lenguaje telepático es el del pensamiento puro que acostumbramos a traducir en palabras. Tal es el caso, que la palabra telepática no significa solo transmisión mental de palabras, sino transmisión del pathus individual de cada uno, de sus pensamientos y de sus emociones, de todo su estado psíquico en un momento dado. Basta eso para mostrarnos la riqueza del lenguaje telepático. La palabra de Dios, es decir, su forma de expresión, tendría que ser incluso mucho más compleja y rica. Psicológicamente podemos figurarnos así el mecanismo de la palabra: Tenemos una sensación provocada por un estímulo exterior o interior, y esa sensación produce en nuestro íntimo, en nuestra afectividad, una emoción, y en nuestra voluntad una volición, un impulso de expresarla que provoca en la mente una idea de aquello que sentimos, un concepto que se traduce en uno o varios sonidos articulados que constituyen una palabra. Si quisiéramos grabar esa palabra tendríamos que recurrir a la letra de un alfabeto. Nos servimos, de tal manera, de un lenguaje oral y de un lenguaje escrito para decirnos algo. El pensamiento fue traducido en sonidos y luego en letras. ¿Como podemos aceptar que la palabra de Dios este en un libro? Eso equivale a someter a Dios a nuestro condicionamiento humano.

Por otro lado, acostumbramos decir que la palabra es creadora, que tiene el poder de crear. Por eso se piensa que Dios creó al mundo por la palabra. Se trata de una alegoría, de una imagen, pero las iglesias exigen que aceptemos esa imagen como realidad. La imagen es bella y podemos aceptarla como imagen: Dios dijo: Hágase La Tierra y ella se hizo.

Pero si tomamos eso al pie de la letra caemos en lo absurdo. Dios habla en nuestra conciencia y en nuestro corazón, más no habla por medio de palabras ni de ninguna otra forma de expresión humana. Habla con su lenguaje divino, con su lenguaje de Dios. ¿Podemos comprender eso? Si, si prestamos atención a la voz de Dios en nosotros, que nos habla por intuiciones, presentimientos, emociones. Él toca nuestras teclas internas y sonamos como un piano. Pero, ¿quién podrá escribir lo que Él nos dice? Nosotros no lo podríamos hacer.

Muchas personas ilustradas, doctoradas, ordenadas en ceremonias religiosas no comprenden eso. Esperan la voz de Dios como la de alguien que hablase el lenguaje humano. Pueden oír una voz que les hable en el silencio, como millones de personas oyen diariamente. Las investigaciones actuales relacionadas con la telepatía muestran que eso es posible e incluso hasta natural. Podemos recibir comunicaciones telepáticas de seres vivos y de personas que han muerto. Y si esperamos la voz de Dios como una voz humana, llegaremos a aceptar que Dios nos habló. Ese es el peligro de quienes procuran comunicarse con Dios por medio de procesos artificiales. Dios nos habla naturalmente cuando estamos en condiciones de oír su voz. Más solo Él sabe cuando estamos en esas condiciones. Los que quieren oír la voz de Dios con obstinación generalmente terminan pagando el alto precio del fanatismo o de la obsesión por una voz de Espíritu inferior. Una experiencia de Dios que puede mandarnos al infierno de las perturbaciones aquí mismo, en la Tierra.

Pero si estamos pensando en Dios, preguntará el lector, ¿cómo podemos ser asediados por voces intrusas? Cuando pensamos en Dios con pretensiones desmedidas, deseando ser mejores que los demás, separarnos de la convivencia con los impuros, nos arriesgamos a quedarnos solitos. Los fariseos orgullosos oraban en el templo y en las esquinas de las calles juzgándose los privilegiados de Dios, pero Jesús los llama hipócritas, sepulcros blanqueados y llenos de pudrición por dentro. Dios no hace preferencia de personas.

De nada valen los rituales pomposos que solo nos recuerdan a las épocas del falso esplendor de los hombres que se decían ungidos y coronados por Dios. De nada vale la lectura de los libros sagrados para nuestra salvación personal, ubicándonos cómodamente en la situación particular de los elegidos. Dios no quiere la fidelidad forzada de los hijos que Él creó para la herencia divina, a través de las experiencias de la vida. Su plan se muestra evidente en el espectáculo del mundo. Pasan las generaciones y las civilizaciones por las fantasías de las ilusiones, más Dios espera paciente por cada uno de nosotros. Necesitamos comprender que somos criaturas en evolución y que si Dios nos colocó en el mundo no fue por el pecado ingenuo de Adán y Eva, sino porque necesitamos evolucionar por medio de las experiencias de la vida. Todos nosotros fuimos hechos del mismo barro, según la alegoría bíblica que el Espiritismo explica de una manera tan clara y tan lógica. Somos parte de la obra de Dios y no fuimos destinados a la perdición, sino a la salvación. Pero no es a través de ritos y de palabras que podemos liberarnos de nuestros errores. **Tenemos que acertar y corregimos, pues Dios nos espera.**

No debemos extraviarnos en las ilusiones de la Tierra, a efectos de no retardar nuestra evolución hacia Dios. Entre esas ilusiones están la de la santidad fácil, la de la hipocresía que nos lleva a considerarnos mejores que los demás, la de la pretensión de podernos pasar a través de los ritos y sacramentos al mundo de los elegidos, a la audacia de querer oír la voz de Dios en forma particular, mientras ella suena en el mundo para que todos la oigan. El mayor pecado es el de la fuga de la vida, rehuendo a las experiencias que nos desafían. Nacemos para vivir la vida y necesitamos vivirla sin apego a las cosas del mundo, más sin rechazar al mundo, que es también obra de Dios. Ese difícil equilibrio es el objetivo de nuestra gimnástica existencial.

Jesús prefirió a Zaqueo y a Magdalena antes que a los doctores del templo; no condenó a la mujer adúltera ni la envió a los jueces del Sanedrín, aconsejándole solamente apartarse de la vida desarreglada. No adelanta buscar a Dios a través de largas meditaciones, renunciando al camino que Él nos señaló para ir a su encuentro: El de la vida honesta y llena de amor y comprensión hacia nuestros hermanos de la existencia terrena. La Tierra es la nave celeste que Dios nos dio para alcanzar las muchas moradas de la casa del Padre.

13. La Revolución Cósmica

A mediados del siglo XIX se inició para el hombre una apertura cósmica en todo sentido. Tres siglos posteriores a la revolución copernicana -que comenzó a demoler el geocentrismo de Ptolomeo-, Kardec rompía el órgano centrismo de la concepción científica del hombre, que contaba con el apoyo de la tradición judeocristiana. Nicolás Copérnico había escrito en latín su tratado *De revolutionibus orbium caelestium* -De las revoluciones de los orbes celestes- que solo fue publicado en 1543, después de su muerte, y condenado por el papa Paulo V. Kardec publicó *El Libro de los Espíritus* en 1857, el cual tampoco escapó a la doble condena de la Iglesia y de la ciencia.

La concepción de la vida como inherente a las estructuras orgánicas fue el último refugio del geocentrismo. Ya que la Tierra no era el centro del Universo, el hombre sustentaba su vanidad y su orgullo considerándose el centro de la vida. Eso es evidente todavía hoy, pues se trasluce a través de la lucha desesperada de las religiones contra la concepción espirita del hombre y en la empeñada resistencia de las ciencias ante la evidencia resultante de sus propias conquistas. En la América y la Europa de hoy las declaraciones positivas de Rhine, Soal, Carington y otros más, sobre la existencia de un contenido extrafísico en los seres humanos y de su supervivencia a la muerte orgánica, son combatidas tenazmente y calificadas de ridículas. Es un curioso espectáculo en la arena intelectual, en que vemos al hombre luchando, con orgullo, por el afán de demostrar que no es más que polvo y ceniza.

Podrán los clérigos argumentar que en las religiones no ocurre lo mismo, dado que los principios religiosos sustentan la concepción metafísica del hombre. Sin embargo, se puede aplicar a las religiones la advertencia de Descartes en cuanto al peligro de hacerse confusión con respecto al alma y el cuerpo. Mientras para el Espiritismo el alma es el Espíritu que anima al cuerpo, existiendo una nítida distinción entre uno y otro, las religiones admiten la unidad sustancial del alma y el cuerpo, de tal manera que la resurrección se verifica en el propio cuerpo. La compleja teoría de materia y forma, de Aristóteles, dio mucho paño para la manga en la teología medieval, resultando en la doctrina de la forma sustancial, en que forma es sustancia y sustancia es forma. En consecuencia, materia y forma se confunden y no se logra saber como explicar al hombre sin su estructura orgánica de materia, pues se llega incluso a sustentar que el hombre es polvo y en polvo se revertirá con la muerte.

Oponiéndose a esa posición restringida, que reduce al hombre a la condición de bicho de la tierra -según la expresión de Camoens-, el Espiritismo lo reintegra a la dignidad de su naturaleza espiritual y ubica su imagen dentro del panorama cósmico. La manifestación de los muertos, demostrando que continúan vivos y actuantes en otra dimensión de la vida, y siguen siendo lo que eran a pesar de no poseer más el cuerpo material, no deja ninguna posibilidad de duda sobre la diferencia entre el cuerpo y el Espíritu. La confusión entre forma y sustancia se resuelve con la demostración de la estructura trina del hombre: el Espíritu es la sustancia, la esencia necesaria, el ser del primado óntico de Heidegger; el periespíritu -cuerpo espiritual o bioplasmático- es la forma de la hipótesis aristotélica, el padrón estructural de los biólogos soviéticos; y el cuerpo es la materia que nos da el ser existencial. Esa es la tesis espirita de los dos seres del hombre: El ser del Espíritu y el ser del cuerpo.

Y el no-ser -como quería Hegel-, no es un ente específico y autónomo, opuesto al ser, sino que es inherente al ser de relación o existencial, ligado a él en la existencia como una imitación, determinado por la oposición de la existencia al ser. Es lo que vemos en el problema de la relación Dios-Diablo, en que la figura del Diablo sólo es tomada en sentido mitológico, nunca como real, sino como personificación de las fuerzas del pasado que pesan sobre el ser existencial, embarazando su desenvolvimiento. El no-ser es lo que no quiere ser, no quiere actualizarse en la existencia, sino permanecer en lo que era, apegado a los residuos de las fases anteriores al ser. Una de las funciones del ser es la de absorber al no-ser para llevarlo al ser, según la tesis de la transición del inconsciente al consciente, del doctor Gustave Geley.

Es así como el hombre se reintegra, por la concepción espirita, a la realidad cósmica. No es más un ser aislado en la Creación, privilegiado por la inteligencia y despreciable por la muerte; no es más aquella pasión inútil de Sartre que el tiempo consume y conduce a la nada. El hombre es la síntesis superior producida por la dialéctica de la evolución creadora de Bergson en los reinos inferiores de la Naturaleza, partiendo de las entrañas de la misma Tierra. En el curso de millones y millones de años, a partir de la mónada oculta en la materia cósmica, impulsado en la ascensión filogenética de las cosas y de los seres y pasando por la metamorfosis de una ontogenia asombrosa, él alcanzó la conciencia y descubrió la marca de Dios en si mismo. Heredero de Dios y coheredero de Cristo -según la expresión del apóstol Pablo-, el hombre no está condenado a la frustración de la muerte, sino destinado a la vida en abundancia en la plenitud de su Espíritu.

No es fácil a la mentalidad necrófila -desarrollada por las religiones de la muerte bajo el peso agobiador de la escatología judaica y de la tragedia griega- comprender esa visión nueva del hombre como ser cósmico. Por esa razón se acusa al Espiritismo de reactivar antiguas supersticiones y volver a la concepción de la metempsicosis egipcia concebida por el genio de Pitágoras. Pero no percibe esa mentalidad que la teoría pitagórica de la metempsicosis se imponía en el sistema del filósofo por una intuición de su propio genio y por la necesidad lógica. El hombre pitagórico anticipó al hombre del Espiritismo en la medida posible de las grandes anticipaciones históricas. Era un hombre cósmico por ante visión, tan integrado y entrañado en la realidad universal que no podía escaparse del círculo vicioso de las formas si no despertase en su íntimo los poderes secretos de la monada. El concepto del hombre en Pitágoras es infinitamente superior al de las religiones actuales y al de las filosofías de la desesperanza y de la muerte de nuestro siglo.

Cuando Pitágoras hablaba de la música de las esferas no se sumergía en las supersticiones, sino abría la mente de sus discípulos hacia una visión real del Cosmos, que solo en nuestro tiempo habría de mostrarse accesible para todos. Mas tarde, Jesús también anunciaría las muchas moradas que hay en el infinito y enseñaría el principio de la resurrección y de las vidas sucesivas, asustando con ello a un maestro de Israel -Nicodemo- que no sabía de tales cosas. Ya en una fase más adelantada de la evolución humana, Jesús no se refería a la metempsicosis, sino a la palingenesia del pensamiento griego, a la transformación constante de los seres y de las cosas en el desenvolvimiento del plan divino. En ese mismo tiempo, en las antiguas Galias, los celtas, quienes para Aristóteles eran un pueblo de filósofos, divulgaban esos mismos principios por la voz de sus bardos, poetas-cantores de las tríadas sagradas. Y entre ellas, como un druida, Kardec se preparaba para su misión futura en la Francia del siglo XIX.

Vemos, de tal manera, dos ideas paralelas en la filogenética humana: De un lado tenemos la evolución del principio inteligente a partir de los reinos inferiores de la Naturaleza en los cuales la monada, la simiente espiritual depositada por el pensamiento divino, desarrolla sus potencialidades en una secuencia natural en que podemos distinguir las siguientes etapas: El poder estructurado en el reino mineral, la sensibilidad en el vegetal, la motilidad en el animal y el pensamiento creador en el hombre. A este esquema lineal tenemos que unir la idea del desenvolvimiento simultáneo de todas esas potencialidades, en un crecimiento incesante y en un proceso dialéctico de un dinamismo tan intenso, y complejo que mal podemos imaginarlo. Fue eso que llevó, al doctor Gustave Geley -el grande sucesor de Richet- a considerar la existencia en todas las cosas de un dinamismo-psíquico-inconsciente que rige en toda la evolución. Que abismo entre esa concepción de la génesis universal que el Espiritismo ofrece y la génesis alegórica de las religiones e incluso en relación con la génesis científica, podemos observar la superioridad de la concepción espirita, que no se limita a la idea de un proceso dinámico de las fuerzas que actúan en el plano superficial de la materia, sino que penetra en las entrañas del fenómeno para descubrir el nómeno, la esencia determinante del proceso y los objetivos graduales y conscientes que son

accesibles a nuestra percepción y comprensión. La creación del hombre, su naturaleza y su destino se nos muestran, de esta manera, inteligibles. Edipo descifra los misterios de la esfinge.

Con todo, existen personas que acusan al Espiritismo de doctrina simplona, de burdo abecé del espiritualismo, de curso primario de iniciación en los conocimientos superiores de la realidad universal. Se engañan con el lenguaje sencillo de las obras de Kardec, por medio de las cuales el maestro francés colocó al alcance de todos -gracias a un proceso didáctico difícilísimo de lograr y aplicar-, los más graves problemas que los sabios del futuro tendrán que enfrentar, como ya los están enfrentando en estos momentos. La sencillez de Kardec es tan engañosa como la de Descartes. Al igual que el Discurso del Método, El Libro de los Espíritus es un desafío permanente a la agudeza intelectual y el buen sentido de los sabios del mundo. Esos dos libros nos recuerdan la sencillez aparente de las enseñanzas de Jesús, que los teólogos enmarañaron con interpretaciones confusas, no comprendiendo su sentido profundo e impidiendo a los simples comprenderlas.

Más volvamos a las dos líneas paralelas de la filogénesis humana, para tratar de la segunda. En la primera tuvimos el proceso natural del desenvolvimiento de las potencialidades del principio inteligente, que podemos comparar con el crecimiento del niño, con los primeros cuidados y con su educación. Tenemos que aguardar el desarrollo orgánico de la criatura para que sus posibilidades mentales se manifiesten. Tratamos entonces de orientar sus disposiciones naturales para la etapa escolar. Lo que observamos en la primera línea paralela fue exactamente ese proceso. Cuando las potencias de la monada lograron el desarrollo necesario a su individualización definitiva como criatura humana y la conciencia se mostró estructurada, comenzó entonces su proceso de maduración y aprendizaje. El clan, la tribu, la horda, la familia y las formas sucesivas de civilización representan las etapas de la segunda línea paralela, en la que se realiza el desarrollo cultural. La inteligencia, ya formada, será cultivada en un largo lapso a través de sucesivas generaciones. Las diferenciaciones monádicas intuitas por Leibniz, como las diferenciaciones en la constitución atómica verificadas por la Física actual, responden por las características diversas y diversificadoras de las criaturas humanas en sustancia y forma. Esas diferenciaciones no son solo individuales, sino también grupales, determinando por afinidad los grupos familiares y raciales. Los elementos de la Naturaleza, del medio físico, y las miscigenias, las mezclas raciales y culturales, contribuirán a acentuar las diversificaciones durante el transcurso del tiempo. Se nota la existencia de un dispositivo protector de las razas y las culturas en desarrollo, en las primeras fases del proceso, mediante el aislamiento de los grupos afines en los continentes. Pero ese dispositivo no es artificial, pues encaja naturalmente en el proceso evolutivo, en el que todas las condiciones necesarias devienen de las variantes evolutivas. Son propias del proceso.

Cuando los diversos grupos maduraron suficientemente y lograron un grado relativamente elevado de civilización, se inicia la etapa de las conquistas, de la dominación de los grupos más poderosos sobre los más débiles en una larga y penosa elaboración de nuevas condiciones de vida y cultura. Kerchensteiner ubica el problema de la cultura subjetiva y de la cultura objetiva poniendo a la primera como correspondiendo al plano de las ideas, de elaboración intelectual, en tanto que a la segunda la pone en el plano de la práctica, del hacer, de las realizaciones materiales.

Ernst Cassirer muestra como la cultura objetiva conserva en sus obras materiales, grabadas en los objetos, las conquistas subjetivas de una civilización muerta. El Renacimiento, por ejemplo, revela como las conquistas espirituales del mundo clásico greco-romano fueron arrancadas de las ruinas y de los archivos, aparentemente perdidos, y reelaboradas por el mundo moderno. Dewey, a su vez, acentúa la importancia de la reelaboración de la experiencia en las generaciones sucesivas.

Más, aun cuando hemos llegado al punto en que hoy nos hallamos, dispuestos para un salto cultural de naturaleza cualitativa, todavía no podemos considerarnos como obra concluida. Como observó sir Oliver Lodge, el hombre aun no está acabado, sino en vías, tal vez, de ser acabado. Sí, tal vez, porque

nuestro optimismo y nuestra vanidad pueden engañarnos al respecto de nuestro grado de actual madurez. La misma situación de la Tierra, aislada en el espacio y sólo ahora intentando la expansión cósmica, debe advertirnos de que todavía no estamos preparados para ingresar en la comunidad de los mundos superiores. Somos todavía un oscuro y grosero suburbio de la ciudad de Dios, y sólo a la distancia podemos vislumbrar el esplendor de la luminosidad celeste en la inmensidad cósmica. Nuestros propios medios de penetración en el espacio sideral son demasiado rudimentarios y precarios. Nuestros cuerpos animales no nos permiten vivir en condiciones superiores a las de la Tierra. El desarrollo de nuestras facultades psíquicas están todavía comenzando y nuestra capacidad mental, condicionada por un cerebro de origen animal, no va mucho más allá de los procesos inductivos y deductivos y apenas arañando dificultosamente el mundo esquivo de la intuición. Como señala Remy Chauvin, ni siquiera hemos conseguido establecer una organización social superior, permaneciendo aun en un plano de barbarie estructurado sobre principios ilógicos que devienen de la selva, puesto que revelan el predominio de la fuerza sobre el derecho

No obstante, estamos avanzando mucho más rápido que nunca. Y si nuestra vanidad y nuestro egoísmo no nos cegasen por completo, si fuésemos capaces de reconocer en el Espiritismo a la doctrina que contiene todos los lineamientos del futuro, la plataforma espiritual, política y social del nuevo mundo que tenemos que construir en el planeta -no más a hierro, fuego y sangre-, sino apelando a los recursos de la inteligencia, la comprensión y la fraternidad, entonces podríamos decir que hemos alcanzado la madurez humana. En caso contrario volveremos a la selva, recomenzaremos de nuevo el aprendizaje desde el principio, reiniciaremos el curso desperdiciado de las instrucciones superiores, y no tendremos más la compañía de quienes supieron vencer, pues a ellos les habrá correspondido el derecho de iniciarse en los cursos universitarios de la ciudad de Dios, en los que el Padre los matriculará certeramente. El elegir nos corresponde, nuestra es la decisión. Dios nos concedió, con la conciencia, el derecho y el deber de las opciones.

Kardec sabía lo que hacía cuando evitaba que se confundiera al Espiritismo con las religiones dogmáticas y formalistas, sin negarle, no obstante, su aspecto religioso. Tuvo incluso el cuidado de no cortar drásticamente las ligaciones de la Doctrina con la tradición religiosa, pues sabía que la evolución podía sufrir, con esa solución de continuidad, graves peligros. El principio espírita del encadenamiento de todas las cosas en el Universo estaba presente en su mente. Pocas obras revelan una comprensión tan clara y profunda de la naturaleza orgánica del Cosmos como la Codificación Espírita. Es por eso, y no por fanatismo o sectarismo, que no podemos hacer concesiones al pasado en el campo de las actividades doctrinarias. Avanzamos hacia un nuevo mundo que solo el Espiritismo puede modelar, pues solo el revela condiciones para ello en su estructura doctrinaria. Más si no procuramos comprenderlo en toda su grandeza, es indudable que podremos reducirlo a una secta fanática de creyentes oscurantistas. Evitemos ese regreso al pasado, por nosotros y por todo el género humano. Tengamos el coraje de avanzar sin muletas y sin ningún temor a la civilización del Espíritu.

14. El Problema de la Violencia

Llamamos civilización del Espíritu a aquella en la cual los valores espirituales regirán la vida social. Para eso es necesario que la sociedad esté constituida por seres morales, criaturas formadas en los principios de la moral-consciencial. Esa moral corresponde a lo que Hubert considera las exigencias de la conciencia. No se trata, pues, de un concepto de moral metafísica, de una formulación utópica de soñadores. Aun cuando lo fuese, la definición que de la utopía hizo Karl Mannheim nos socorrería con respecto a su validez. Si las utopías son -como dice Mannheim- percepciones anticipadas de realidades futuras -posibilidad probada por las investigaciones parapsicológicas-, resultaría que no estamos tratando de hipótesis carentes de sentido. Mas cuando aludimos a la conciencia, estamos pisando sobre la tierra y no pensando en el cielo. La conciencia es un dato positivo, una realidad antropológica y social que nadie puede animarse a negar. Ella influye sobre nuestra vida, sobre nuestro comportamiento en las relaciones humanas y, por eso, se proyecta de una manera innegable en el plano de lo sensible.

Sabemos que la conciencia varía de grados en lo relacionado con su estructura y su coherencia. Y sabemos también cuales son los peligros concretos de una conciencia inmadura, aun no suficientemente definida, y, por tanto, indolente o incoherente, contradictoria, que puede producir catástrofes en el ámbito de su influencia o de su dominio. Las variaciones de la moral entre los grupos humanos y las mismas civilizaciones devienen más del grado evolutivo de la conciencia dominante en la sociedad que de los factores mesológicos y sus consecuencias económicas. En el plano religioso, la conciencia es un factor determinante de la realidad religiosa. La conciencia judaica de Saulo de Tarso hizo de él un perseguidor sanguinario de los cristianos primitivos, el lapidador cruel de Esteban. Más, al reaccionar su conciencia ante los principios cristianos, él se transformó en el Apóstol de los Gentiles y en el mayor propagador del Cristianismo.

Las exigencias de la conciencia son siempre las mismas en todos los hombres. Las variaciones de grados y de coherencia son consecuencia del proceso de maduración y de las condiciones del medio y de la educación. La conciencia madura en la proporción en que las experiencias van revelando al Espíritu su ansia latente de trascendencia. La voluntad de poder -de Nietzsche-, es el primer impulso que lleva al hombre, todavía en la selva, a querer sobrepasar a los demás, elevándose por encima de las condiciones generales del medio. Ese impulso se prolongará en el proceso evolutivo. El hombre se envanece de su capacidad de subyugar a su prójimo, de mandar, de imponer miedo, respeto, sometándolo todo a su voluntad. Su conciencia se abre en el plano individual, más, encerrándose en si misma. Es el reconocimiento de su poder que, naturalmente, lo embriaga y lo conduce hacia excesos peligrosos. Pero en la proporción en que las ligaciones del clan se desarrollan, el parentesco, la simpatía y las afinidades se manifiestan, la embriaguez del poder va siendo atenuada, contenida por el influjo de los límites inevitables. Luego, el agotamiento progresivo de las fuerzas físicas y el peligro a las enfermedades, a la competición con iguales o más fuertes que él, y, por fin, a la certeza de la muerte irán abatiendo su arrogancia. En las reencarnaciones sucesivas esas experiencias se renuevan, pero el impulso de trascendencia se acentúa, llevándolo a procurar otros medios de superación: El poder social, la hipocresía, la estrategia de las posesiones materiales y de las posiciones de mando. Sólo lentamente, durante el transcurso del tiempo, aprisionado por las reacciones que lo enredan en situaciones difíciles, muchas veces torturantes, su conciencia comienza a abrirse hacia el respeto de los derechos de los demás. La interacción social, en la reciprocidad de las obligaciones y de las necesidades, en la transformación de los instintos en sentimientos, irá poco a poco despertándolo hacia nuevas dimensiones de consciencia.

La Violencia del hombre civilizado tiene sus raíces profundas y vigorosas en la selva. El homo brutalis tiene sus leyes: **Subyugar, humillar, torturar, matar**. Su valor esta siempre por encima del valor de los demás. Su creencia es la única valida. Su modo de ver al mundo y a los demás hombres es el único

certero. Su dios es el único verdadero. Sólo lo que es bueno para él es bueno para la comunidad. Los que se oponen a sus designios deben ser eliminados por el bien de todos. La violencia es su método de acción, justificado por su valor personal y por su capacidad única de juzgar. Teje el mismo la trama de fuego de su futuro en las encarnaciones dolorosas que tendrá que enfrentar. Las religiones de la violencia han hecho de Dios una divinidad implacable y los libros básicos de sus revelaciones están llenos de homicidios y genocidios practicados en nombre de Dios.

No obstante, mézclanse con las ordenes violentas extraños preceptos de amor y bondad. Son las lecciones de conciencias desarrolladas luchando por despertar a las que, endurecidas y apegadas a si mismas, asfixian los gérmenes del altruismo en las garras del egoísmo. Es un espectáculo dantesco el que ofrece un alma vigorosa, dotada de un intelecto capaz de comprender sus propias limitaciones y empeñada en rebajar su condición humana, descendiendo hasta los brutos en lugar de buscar la elevación moral a la que está destinada. En los momentos de transición, como los que estamos viviendo, la violencia desencadenada exige la oposición vigorosa y el sacrificio de quienes ya han alcanzado el desarrollo consciencial de la civilización. La complicidad con las prácticas de la violencia, por parte de las conciencias esclarecidas, retarda la evolución colectiva y rebaja a los cómplices a posiciones indignas. Lo mismo acontece en lo relacionado con la aceptación de los principios erróneos por conveniencia. El Espíritu se coloca entonces en lucha consigo mismo, negando su propio desarrollo consciencial y encendiendo en si mismo la hoguera de los remordimientos futuros.

La civilización del Espíritu se convierte, de tal manera, en el resultado de un parto doloroso. Mas, como todos los partos, él tiene que realizarse. Y si fuera posible el aborto, la civilización se cerraría en si misma y todos los responsables se sumergirían con ella en las tinieblas de la miseria moral. Las etapas de transición, en la evolución de los mundos, son también etapas de juzgamiento individual de los seres que los habitan. Esa es la razón del mito del juicio final, en el que todos serán juzgados. Pero no habrá un tribunal divino en las nubes, dado que ese tribunal esta instalado naturalmente en la conciencia de cada individuo. La presencia del juez es omnimoda y fatal, porque cada cual será quien se juzgue -inevitable e implacablemente- a sí mismo.

La agonía de las religiones es la agonía de un mundo. Por eso la Tierra entera participa de esa misma agonía. La caída de los dioses mitológicos del mundo clásico fue también la caída de los grandes imperios. En vano Cesar intento desligarse de Júpiter y aceptar al Dios único. La conversión del Imperio fue su propia muerte. La Edad Media procuró restablecer el reino de la violencia en nombre de Jesús. Eso duro un milenio, pues la integración de los bárbaros con el Cristianismo exigía una reelaboración lenta y un reajuste penoso de las contradicciones culturales. El Renacimiento señaló el advenimiento de lo que parecía ser, en realidad, una civilización cristiana. Mas los residuos de la violencia volvieron a fermentar en las nuevas estructuras socio-culturales. La prueba histórica de que la carga de violencia era enorme está hoy ante nuestros ojos, en la explosión de violencias en todos los niveles del mundo contemporáneo. Nuestra esperanza es la de que esta explosión sea la catarsis final. El homo brutalis va a desaparecer. Pero para eso es necesario el despertar de nuevas dimensiones en la conciencia actual. No será sustentando y justificando a las estructuras religiosas envejecidas y sumisas a las ordenaciones del pasado bíblico como facilitaremos el advenimiento de la nueva era. Mucho menos por la negación de la misma esencia del hombre, tarea esta que cumplen las ideologías materialistas. La búsqueda de la intimidad personal con Dios, en términos fantasiosos, o la negación de Dios en nombre de una razón ilógica son formas contradictorias que asfixian a la conciencia. El rechazo del Evangelio o el sostenimiento de una interpretación sectaria equivalen, igualmente, a la negación de los valores espirituales del hombre. La estructura moral de la conciencia esta delineada de una manera indeleble en las páginas de la enseñanza moral de Jesús. Tenemos que profundizar su estudio y tratar de aplicarlo en nuestra vivencia social. La civilización cristiana va a salir ahora del tubo de ensayo y pasará a consolidarse en la forma verdadera de

una civilización del Espíritu, en la que los principios espirituales encarnarán en las normas de conducta, en las expresiones del comportamiento del Hombre Nuevo.

El problema de las relaciones humanas, colocado bajo la forma de etiqueta en las viejas estructuras nobiliarias de Oriente y Occidente, formalizado extremadamente en los tiempos feudales y convertidos en protocolo de conveniencias en el Mundo moderno contemporáneo, tendrá que volver al punto de partida de las enseñanzas y de los ejemplos de Jesús. La regla áurea del amor prevalecerá en un Mundo regido por la moral consciencial, dado que la primera exigencia de la conciencia humana es la del amor al prójimo, despreciada y ridiculizada en las sociedades mercenarias, al punto de inducirnos a su contrario: El odio, esa ceguera del Espíritu que alimenta a la violencia en el Mundo.

El pragmatismo de las sociedades contemporáneas cosificó al hombre, lo que equivale a decir que lo nadificó en el plano moral. Peor que la nadificación mediante la muerte -de la teoría de Sartre-, es esa nadificación en vida que reduce a la criatura humana a un objeto de uso. El hombre vuelve a la condición de los instrumentos vocales de Cicerón, un instrumento que habla. Puede ser incluido entre los útiles manoseables, de Heidegger. El public-relations de hoy es el fámulo o sirviente medieval, renovado por la técnica, domesticado para sonreír y reverenciar en toda ocasión, pues lo que importa es siempre el lucro; lo que vale es la relación social en términos de ventajas, siempre que fuese posible, pecuniarias. Ese envilecimiento total del hombre abrió las compuertas a la violencia, contenida débilmente por los diques artificiales de la civilización. Como lo estamos viendo en el panorama mundial de la actualidad, con ejemplos estruendosos diariamente divulgados por todos los medios de comunicación, el animal feroz de las selvas destrozó las jaulas convencionales y acecha amenazante sobre la fragilidad humana.

Contra esa realidad exasperante de nada valen los sermones, las predicaciones, los rosarios y otras oraciones labiales. El mismo individuo que se inclina frente a las imágenes en los templos suntuosos, regresa a su puesto de mando para ordenar torturas canibalescas. Está seguro de que Dios lo aprueba, pues actúa en defensa de la civilización cristiana, humillando a aquellos por los cuales Cristo murió, según recordó Stanley Jones. A comienzos del siglo, León Tolstoi ya advertía que estamos en una era de nueva antropofagia, ahora perfeccionada por las técnicas modernas. Hoy, en la era tecnológica, los instrumentos de opresión, tortura y aniquilamiento del hombre lograron un alto grado de refinamiento diabólico. Todo eso, ¿por qué? Porque la deformación de la mente y el envilecimiento de la conciencia deshumanizó al hombre.

Sería locura responsabilizar únicamente a las religiones por esa calamidad. Pero sería hipocresía eximir las de culpa. Ellas se apegaron a la materia en nombre del espíritu y asfixiaron a este en sus estructuras pragmáticas. Por lo menos, les cabe la mitad de la culpa, puesto que se constituyeron en maestras y orientadoras de la civilización, participando activamente en los mayores desmanes cometidos a través de los siglos, cuando no eran quienes los dirigían. Estatizándose o no, todas ellas trocaron el mandato divino por los poderes de Cesar. Y si no se aniquilaron mutuamente, no fue por piedad, sino porque jugaron hábilmente su suerte sobre la túnica del Crucificado y los dados romanos favorecieron a todas ellas. A pesar de esa voracidad mundana, almas valientes como la de Lutero, humildes y piadosas como Francisco de Asís, irreductibles como la de Juan Huss, límpidas como la de Maria de Agreda se sacrificaron para intentar salvarlas e insuflarles la savia cristiana de sus bellos ejemplos.

Los mártires de la fe no fueron sólo perseguidos y lacerados por los impíos. Dentro de sus propias confesiones religiosas, en los calabozos que reflejaban el infierno en la Tierra, y hasta en el mismo Mundo moderno, a pesar de los trágicos ejemplos históricos, en naciones marcadas profundamente por el fuego del fanatismo religioso, millares de mártires continuaban sufriendo las amenazas y los castigos del Dios bíblico implacable, del que eran ejecutores temibles y extraños torturadores. Lamentablemente, aun no surgió el genio que realice, en el campo de la Psicología, el análisis asombroso de los complejos sin

nombre del misticismo, del sadismo y la barbarie, de los que Freud apenas trató en sus investigaciones sobre la libido. Será ese un balance apocalíptico de la escatología de las religiones de la violencia.

No expongo estos problemas en tono de acusación, sino de análisis. Los mayores mártires, en realidad, fueron los mismos verdugos, que se envilecieron primero ellos mismos, condenándose frente al tribunal de sus conciencias y cuyas auto sentencias brotan como llamaradas de las propias entrañas del criminal, digno de piedad y perdón, como toda otra criatura humana. Mi intención es sólo prevenir, sacudir y recordar a quienes continúan errando con la vanidosa ilusión de una investidura supuestamente divina y si contraria a los principios fundamentales del Evangelio. La inmortalidad del Ser es su propia e irreversible condena ante las leyes de Dios, grabadas en su conciencia. La ventaja del Espiritismo, entre todas las doctrinas filosóficas de nuestro tiempo, es la de ubicar los problemas del hombre, incluso en el campo religioso, en términos de racionalidad y naturalidad, eliminando así los residuos de lo sobrenatural, que pesaron abrumadoramente sobre el pasado, sin caer, no obstante, en el escepticismo y en el agnosticismo. Esa posición sui generis del Espiritismo le permite preparar al hombre actual para una existencia normal y digna en el futuro, siempre y cuando los espíritas, tan sobrecargados de herencias religiosas deformantes, no vayan a caer en las mismas nefastas ilusiones de la investidura divina y de la institucionalización jerárquica de las religiones de la violencia. No escribí este ensayo con fines proselitistas, pues una doctrina abierta, sin fines salvacionistas, fundamentada sobre los métodos científicos de observación y experimentación -como el mismo Kardec afirmó- no es cazadora de adeptos. Lo que le interesa no es combatir a las religiones o alejar de sus filas a quienes en ellas se sienten cómodos, sino sólo ofrecer a los hombres de buen sentido una visión realista y, por tanto, más amplia y más profunda del hombre y de su destino en el espacio y en el tiempo. Sólo esa comprensión racional y superior del Universo, en la que el hombre aparece integrado con las leyes naturales, podrá modificar la mentalidad confusa y contradictoria de nuestro tiempo y prepararnos para la Era Cósmica, en la cual la Tierra sólo podrá ingresar mediante la civilización del Espíritu. En esa civilización, que será la única digna de tal calificación, la única civilización auténtica, los hombres estarán investidos del único mandato realmente divino -considerando a lo divino como una categoría superior a lo humano-, el que deviene de las exigencias de su conciencia moral.

René Hubert concibe a la educación, en su *Traite de Pedagogie Generale*, como un proceso que tiene por finalidad establecer en la Tierra la solidaridad de las conciencias, de la cual resultará una estructura política y social que él denomina República de los Espíritus. Es esa República en que la res no se limita a las cosas materiales, sino que se relaciona sobre todo con las conciencias proclamando el primado del Espíritu en el planeta, al que el Espiritismo pretende alcanzar mediante el trabajo y la comprensión de los hombres. Ello porque la tarea es nuestra y no de entidades mitológicas de ninguna especie.

Si insisto en resaltar el Cristianismo no es por menosprecio a las demás corrientes del pensamiento religioso, sino porque la experiencia histórica, a pesar de todos los obstáculos anteriormente señalados, prueba que solamente él se ha mostrado capaz de reformular al mundo en su globalidad. Las energías espirituales y la orientación racional de la enseñanza moral de Cristo, encerradas en el complejo de los mitos del Evangelio son, según yo lo entiendo, los elementos que únicamente pueden orientar, como ya lo están haciendo, sobre el futuro de la humanidad terrena. Lo importante es llegar a ese futuro por los medios adecuados, con el mínimo de conflictos criminales y el máximo de comprensión racional de nuestros objetivos. Como observó Gandhi en su Autobiografía, los medios que nos pueden llevar a la verdad y a la dignidad solo pueden ser verdaderos y dignos. Esos medios no necesitan de la justificación de los fines, pues se justifican por si mismos.

Índice

Introducción - Tiempos de agonía.....	13
1.-La agonía de las religiones.....	19
2. - La religión como hecho social.....	26
3.-La experiencia de Dios.....	33
4.- La experiencia en el tiempo.....	41
5.-Dios, espíritu y materia.....	47
6.-La creación del hombre.....	53
7.-Del principio inteligente.....	59
8.-El cuerpo bioplasmático.....	65
9.-Duda y certeza.....	71
10.-Magia y misticismo.....	78
11.- La cura divina.....	84
12.-El rito y la palabra.....	91
13.-La Revolución cósmica.....	97
14. - El problema de la violencia.....	105

Ficha de Identificación Literaria

J. HERCULANO PIRES nació el 25 de Septiembre de 1.914, en la antigua provincia de Avaré, zona Sorocabana, y desencarnó el 9 de marzo de 1.979 en San Pablo. Hijo del farmacéutico José Pires Correa y de la pianista Bonina Amaral Simonetti Pires. Hizo sus primeros estudios en Avaré, Itaí y Cerqueira Cesar.

Reveló su vocación literaria desde que comenzó a escribir. A los 9 años de edad compuso su primer soneto, un decasílabo sobre el Lago São João, de su ciudad natal. A los 16 publicó su primer libro, *Sonhos Azuis* (cuentos), y a los 18 años su segundo libro, *Coração* (poemas libres y sonetos). Ya poseía seis cuadernos de poemas en un cajón de su escritorio y colaboraba en periódicos y revistas de su tiempo, de la provincia de San Pablo y de Río. Le fueron publicados varios cuentos con ilustraciones en la *Revista da Semana* y en el *Malho*. Fue uno de los fundadores de la Unión Artística del Interior, que promovió dos concursos literarios, uno de poemas, por la sede de la UAI en C. Cesar, y otro de cuentos, por la sección de Sorocaba.

Mario Graciotti lo incluyó entre los colaboradores permanentes de la sección literaria de *A Razão*, en San Pablo, que publicaba un poema de su autoría todos los domingos. En 1928 transformó el periódico político de su padre en semanario literario y órgano de la UAI. Se mudó a Marília en 1940, contando 26 años de edad, donde adquirió el órgano de prensa *Diario Paulista*, dirigiéndolo durante seis años. Con José Geraldo Vieira, Zoroastro Gouveia, Osório Alves de Castro, Nichemja Sigal, Anthol Rosenfeld y otros más promovió, a través del periódico, un movimiento literario en la ciudad y publicó *Estradas e Ruas* (poemas), que Érico Veríssimo y Sergio Millet comentaran favorablemente. En 1946 se mudó a San Pablo y lanzó su primera novela, *O Caminho do Meio*, que mereció críticas elogiosas de Afonso Schmidt, Geraldo Vieira y Wilson Martins. Fue reportero, redactor, secretario, cronista parlamentario y crítico literario de los *Diarios Associados*. Ejerció esas funciones en la calle 7 de abril, cerca de treinta años. Es autor de ochenta libros de: Filosofía, Ensayos, Historia, Psicología, Parapsicología y Espiritismo, varios en colaboración con Francisco Candido Xavier, el popular médium Chico Xavier. En sus últimos años había lanzado la serie de ensayos *Pensamiento de la Era Cósmica* y la serie de novelas de *Ficción Científica Paranormal*. Manifestaba sufrir de grafomanía, pues escribía día y noche. Su único objetivo era comunicar lo que consideraba necesario y de la mejor manera posible. Graduado en Filosofía por la Universidad de San Pablo, publicó una tesis existencial: *O Ser e a Serenidad*.

J. Herculano Pires y su trabajo como Filósofo espírita
Por Humberto Mariotti

Ahora que J. Herculano Pires se transformó en un ser invisible, ahora que abandonó su cuerpo físico, lo que ocurrió el 9 de marzo de 1979, es conveniente ensayar una demostración para confirmar que fue el más destacado filósofo espírita de los tiempos actuales. No debe olvidarse que fue él quien ubicó en América -tal como deseaba Kardec- al Espiritismo en la vía filosófica a fin de evidenciar los valores filosóficos y religiosos que posee, pues Herculano reconoció que la profundidad espiritual de la Doctrina Espírita se reconocerá estando en esta vía filosófica a la que se refiere Kardec. Por eso, como filósofo nato que era, realizó una obra que aun hoy no ha sido valorizada como merece, pues mientras el pensamiento ontológico y antropológico se debate entre las oscuridades de los más variados materialismos, la obra de J. Herculano Pires permanecerá incomprendida por la crítica, a pesar de la dinámica conceptual que posee.

Ya hemos expresado que este pensador brasileño, a la par de otros destacados filósofos iberoamericanos, había dado fundamento a lo que hemos denominado Kardecología, siendo uno de los más eruditos kardeciólogos contemporáneos. Una prueba de ello la encontramos en las páginas introductorias que escribió para El Libro de los Espíritus de Allan Kardec, las cuales consideramos como un documento filosófico que justifica la profundidad gnoseológica de la Doctrina Espírita (véase la edición de esta obra en castellano hecha por la Editora Argentina 18 de Abril, Buenos Aires, 1970 y sucesivas publicaciones).

En esta introducción intitulada Noticias sobre la obra, nuestro filósofo expone con singular erudición doctrinaria los fundamentos acerca de la realidad de la existencia de una filosofía espírita, no obstante el papel impersonal que se le quiera atribuir a la tarea filosófica. Mas J. Herculano Pires demostró que la filosofía es una confirmación de la verdad y que no nos resta otra cosa sino aceptarla, venga de donde viniere. Él pensaba que en el ámbito de la cultura espírita sólo está en juego la conquista de la verdad, que ha de conducir indefectiblemente a la unidad del conocimiento. Y en esto su pensamiento coincidía con el del grande filósofo espírita español Manuel González Soriano (ver su magnífica obra El Espiritismo es la Filosofía), así como con toda la pléyade de pensadores espíritas que lo seguían al sustentar que el Espiritismo daría al hombre una ciencia única y universal. Es decir, la esencia espírita contenida en El Libro de los Espíritus de Allan Kardec anularía la división del conocimiento para establecer una universal unidad gnoseológica. Esto mismo expresó Herculano con precisión metafísica en toda su labor filosófica, razón por la cual su pensamiento desvirtúa cuanto se diga contra la jerarquía espiritual que posee el Espiritismo.

En la concepción filosófica de J. Herculano Pires se resumen los tres campos del conocimiento: El científico, el filosófico y el religioso en una magnífica síntesis que desemboca en el concepto esencialmente unitivo del conocimiento. Por eso no olvidó la importancia que posee el método dialéctico para llegar a esa ciencia única y universal que brillantemente elaboraran los filósofos espíritas españoles hacia fines del siglo pasado.

El método dialéctico, que viene desde la más remota antigüedad griega, encuentra en el Espiritismo la explicación y el fundamento de su proceso trino. Herculano comprendió ampliamente este aspecto al expresarse sobre la dialéctica espírita, razón por la cual pensaba en traducir para el portugués el libro Espiritismo Dialéctico, de Manuel S. Porteiro, por quien sentía una profunda admiración.

El Espiritismo, entrando en la vía filosófica, como señalara Kardec, se convierte en la luz que se proyecta sobre el conocimiento de todas las edades. El filósofo brasileño comprendió, con León Denis y Gustave Geley, que la dialéctica es el mejor método ético para comprender lo intrínseco y extrínseco de la ley de causas y efectos en el proceso evolutivo y moral de los Espíritus. Poseía una cosmovisión espírita

emanada de la imponente Codificación Kardeciana. En todo percibió una divina teleología que supera los delineamientos materialistas del hombre y del Universo.

El problema religioso estuvo constantemente en su pensamiento. El Evangelio de Jesús significaba para él el resumen de la más elevada sabiduría moral, y fue por eso que, con valentía sustentó la tesis de la religión espírita, al comprender que el hombre es un ser imperfecto y sólo sintiendo a Dios en su naturaleza es que podrá encarar las “contradicciones existenciales” a que lo somete el proceso de la reencarnación. Para Herculano Pires la religión espírita tenía su base fundamental en la ley de adoración (ver el párrafo 649 de *El Libro de los Espíritus*). En esta ley, que está tanto dentro del hombre como fuera de él, descubrió la realidad espiritual y existencial de lo religioso. La religión espírita, advertíanos J. Herculano Pires, no es un opio para los pueblos, como se dijo refiriéndose a la confesional y dogmática. La religión espírita es la resultante de la esencia espiritual y divina que mueve y sustenta a todo lo existente. Es, diríamos nosotros, una religión fuera de la religión, un llamado del alma a su Creador, de quien espera siempre una respuesta consoladora. Por consiguiente admitía, con nuestro modesto criterio, la realidad existencial de la oración.

Creía profundamente -sabía decirnos en sus cartas- en una religión espírita, puesto que el Espiritismo no es sólo una ética ni tampoco el simple análisis de un fenómeno paranormal. El Espiritismo, al ser consecuencia de la revelación de los Espíritus se convierte, por imperativo de la lógica, en una manifestación religiosa de verdades trascendentes y divinas. La ley de adoración, al estar dentro de la ley natural, determina en el ser encarnado y desencarnado un estado de reverencia a Dios y a la divina majestad de todo lo creado. El hombre, al reconocer la existencia de Dios, lo adora tanto dentro de una iglesia como fuera de ella. Por consiguiente, el hombre -opinaba Herculano- es un ser religioso que no puede prescindir de lo que es causa de tantos efectos universales.

Un filósofo como J. Herculano Pires es capaz de comprender la parte débil y falible del conocimiento; por eso su espíritu penetró en los sistemas más intrincados de la filosofía moderna y contemporánea con el fin de constatar las lagunas que presentan en lo que dicen respecto a la verdadera espiritualidad del hombre y de la Naturaleza. Con nosotros aceptaba que la teoría del conocimiento sólo se completará realmente mediante las realidades mediúnicas. Sin una relación con el saber mediúmico, todo intento de conocer la verdadera esencia de los Espíritus quedará limitada a meras hipótesis y suposiciones, expuestas siempre a ser denegadas por las realidades del mundo material.

En su hermoso libro *O Espírito e o Tempo* (El Espírito y el Tiempo, próximo a ser editado en castellano por esta Fundación Espírita Allan Kardec), dice que el fenómeno mediúmico es un hecho que se opera en el proceso de las razas como un fenómeno psíquico, por lo cual puede considerarse como una antropología espírita. En este libro, Herculano nos muestra los variados horizontes de la mediumnidad y como ella se desarrolla a través de los distintos estados: Tribal, agrícola, civilizado, profético y espiritual. Muéstranos, además, que el proceso histórico está íntimamente relacionado con las manifestaciones del mundo invisible.

Este hecho mediúmico, relacionado con los diversos períodos de la evolución social, nos hace ver que los “movimientos” del Cosmos no son debidos a fuerzas puramente materiales, sino originados en el mundo invisible, tal como lo describe la Codificación Kardeciana. Es decir, la parte visible de la humanidad es la resultante de la parte invisible de la misma, en cuyo centro se encuentra la presencia activa de los Espíritus desencarnados. Así es como vio Herculano a la historia en su relación con el suceder de los tiempos.

Su libro *El Espírito y el Tiempo* es como una réplica a obras como *El Ser y el Tiempo*, de Martín Heidegger, y *El Ser y la Nada*, de Jean-Paul Sartre, en las que el concepto nihilista es el único sustento del proceso existencial del hombre. Lo mismo ocurre con su notable monografía: *Introducción a la Filosofía Espírita*, en la cual establece las bases de la legítima metafísica acerca de la realidad de una filosofía

espírita. El conceptuado filósofo brasileño demostró la realidad ontológica de la filosofía espírita, no obstante el criterio adverso de la filosofía oficial. Para él el verdadero ente de la filosofía está en el Espíritu, pero no en un espíritu abstracto, imaginario. Para Herculano la esencia de la filosofía radica en el Ser espiritual como entidad comunicante con el hombre. En este nuevo espíritu es en el que está, para él, la esencia y raíz de la filosofía. En consecuencia el Espiritismo, siendo una de las más vivas demostraciones del Espíritu inmortal, es la base más sólida para establecer la verdad filosófica.

Con el saber espírita la filosofía se hace realidad en el hombre y en la sociedad y establece una comunicación permanente entre el filósofo y la esencia de la filosofía, cuyo contenido, está en el Mundo de los Espíritus. Nuestro admirado pensador llegó a delinear el esquema de una teología espírita, diciendo: “La Teología es la más alta de las ciencias, dado que es la ciencia de Dios”, agregando: “La Teología espírita nació en el momento en que Kardec preguntó a los Espíritus: **¿Qué es Dios?** Y ellos le respondieron: **“Dios es la inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas”** (ver “La Religión Espírita” en el Anuario Espírita en castellano, 1.972), Además, su concepción religiosa del Ser está expuesta con claridad escatológica en su libro O Ser e a Serenidad, volumen que traza nuevas orientaciones a la filosofía iberoamericana.

Como es evidente, J. Herculano Pires percibió en los temas espíritas notables relaciones con los principios clásicos de la cultura occidental, no fue en vano que se destacó con su actuación al desempeñar, en la Pontificia Universidad de San Pablo, Brasil, a la que concurrió respondiendo a una invitación de sus autoridades, a efectos de participar en el análisis del tema: El conocimiento del hombre contemporáneo.